

POEMAS

RICARDO GUTIÉRREZ

Nació en Arrecifes el 10 de Noviembre de 1836. Cursó estudios de medicina en la Universidad de Buenos Aires, y a poco de terminar su carrera tomó parte en la guerra del Paraguay, en el cuerpo de sanidad militar. Terminada la campaña emprendió viaje a Europa, desde donde envió interesantes correspondencias científicas y literarias. Alcanzó grandes prestigios como facultativo, especializándose en la medicina infantil; se debe a su iniciativa el Hospital de Niños, de que fué director.

Desde la juventud fué estimado como poeta lírico, difundiéndose muchas de sus composiciones caracterizadas por una suma sencillez de la forma puesta al servicio de una honda riqueza sentimental.

Sus obras poéticas más importantes son los poemas "Lázaro" y "La fibra salvaje", y las dos series de poesías líricas tituladas "El libro de las lágrimas" y "El libro de los cantos"; complementan su producción un poema en prosa titulado "Cristián" y numerosos escritos menores, en prosa y verso, que aún no han sido reunidos en una colección de sus obras completas.

Ricardo Gutiérrez falleció en Buenos Aires el 25 de Septiembre de 1896.

"LA CULTURA ARGENTINA"

RICARDO GUTIÉRREZ

Poemas

LA FIBRA SALVAJE — LÁZARO

Precedidos de un estudio crítico por

JUAN ANTONIO ARGERICH



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1915

RICARDO GUTIÉRREZ

I

La obra de este verdadero poeta, digno de ser leído y amado por las nuevas generaciones argentinas, se encuentra en la edición de *Poesías escogidas*, publicadas por Biedma, en 1878, que abarcan *La fibra salvaje* y *Lázaro, El libro de las lágrimas* y *El libro de los cantos;* en el folleto que contiene el poema en prosa, *Cristián;* por fin, en una abundante colaboración en diarios y revistas, que puede considerarse inédita: *Raquel, Carlota, Perdón,* varios *Nocturnos* y *Paisajes.*

En un libro arreglado por el poeta, que he tenido en mis manos, se conserva parte de esa producción; y no dudo de que se hará, cuidadosa e inteligente, la completa edición de las obras, base de toda crítica.

En el Hospital de Niños, cuya fundación sugirió desde Europa, y cuya obra realizó, dedicándole lo mejor de su vida,—sin que le hayan sido perdonadas del todo algunas genialidades, pues es duradero el rencor femenino; en la sala que lleva su nombre, —se ha puesto el cuadro que simboliza más intensa-

mente la vida de este noble patricio; cuadro que Gutiérrez había encargado a Europa y llegó a Buenos Aires, el día mismo de su muerte. Es el Cristo de Max, acaso el de la hermosa leyenda de Eça de Queiros... "Jesús está lejos. Nuestro dolor está con nosotros. Sin duda, el Rabí que lee en las sinagogas nuevas, no escucha las quejas de una madre de Samaria, que sólo sabe ir a orar como antaño a la cima del monte Gerazim". El niño, con los ojos cerrados, pálido y moribundo, murmuró el nombre de Jesús... Y la madre decía llorando: "¿De qué me serviría hijo, partir y buscarle? Largos son los caminos; corta la piedad de los hombres. Viéndome tan pobre y tan sola, los perros saldrían a ladrarme a las puertas de las casas. Seguramente, Jesús ha muerto; y con él ha muerto, una vez más, toda la esperanza de los tristes". Pálido y desfallecido, el niño murmuró: "¡Madre, quiero ver a Jesús de Galilea!" Entonces, abriendo suavemente la puerta y sonriente, Jesús dijo al niño:—"Aquí estoy".—Tal es el cuadro, con leves variantes. Erguido y fuerte, lleno de divinas irradiaciones, pone Cristo la mano en la frente del hijo del pueblo. En la mirada de la madre, donde se confunden el desencanto y la esperanza y la congoja arraigada, hay un inmenso poema. Nadie conoció, como Gutiérrez, toda la profundidad de esa expresión y toda su verdad; feliz hallazgo del artista que, en aquella sala, a médicos y a profanos, recordará siempre los altos títulos del fundador del asilo. Médico genial, de un

prestigio único en nuestro país, su dedicación a los niños desvióle del arte. En esa lucha de adivinación con las enfermedades de las criaturas, que debían nacer sólo a la felicidad, (misterio espantoso, la muerte de un niño que no sabe explicar lo que sufre) cayó del todo "la sombra del pesar sobre su frente".

En el único trabajo publicado, digno de tal nombre y de tal hombre, en ocasión de su muerte, encuentro palabras que deben recogerse para el biógrafo y crítico futuro: "Exquisito compuesto de sensibilidad y pasión, ha dicho el señor Manuel Láinez, mezcla de energías y desfallecimientos, de altiveces y ternuras, de tristezas y alegrías, adusto y familiar, grande a la distancia, y extraño y confuso de cerca; con todos los lineamientos y todas las luces y las sombras que caracterizan a los hombres de excepción, cuyos contornos conserva la biografía, apuntando sus alternativas, como se estudia el proceso de las grandes almas humanas, casi siempre en rebelión con el medio ambiente en que desarrollaron su vida. Su aspecto físico era tan sorprendente y extraño como su espíritu... Nadie pasaba por su lado sin notarle; atraía y confundía la amalgama de rigidez y ternura de su fisonomía: el conjunto de sus facciones guardaba una inmutable compostura, la completa despreocupación de lo que le rodeaba; pero sus ojos, de incierta y cambiante luz, de mirada buena y afable, denunciaban

que el habitante valía más que la fachada de aquella morada humana.''

Pasó en siembra de consuelos y cosecha de bendiciones. Murió pobre: consecuencia de la idea grandiosa y abnegada que tenía de su carrera. ¡Lástima que no haya escrito el poema de la enfermedad, de la agonía o de la salvación del niño, dejándonos el más punzante y el más hermoso de los cantos! Nunca alcanzó a tener la impasibilidad que muchos ponderan como don esencial del médico; y, seguramente, en su imaginación desmedida, sufrió dolores inexplicables, que exasperaron muchas veces su sensibilidad. Consideráronse simples extravagancias las retiradas imprevistas al campo, con abandono completo de la clientela: ¡Era la fuga del vencido! ''Nada podemos contra las fuerzas que rigen la vida y la muerte'', decía. Acaso al resistirse a toda meditación, en sus últimos momentos, envolvía, una vez más, a la profesión amada y absorbente, en el concepto de ''la infinita vanidad del todo'' del verso de Leopardi.

II

El doctor Gutiérrez, en el medio convulsivo que siguió a la caída de Rosas y precedió a la batalla de Pavón, hizo sus primeros ensayos literarios, completando después, fragmentariamente, su obra grande y pura. Fué el poeta de la tristeza y de la piedad; nunca se dirá del juicio pronunciado por

los contemporáneos: *ad pœnitendum prosperat, cito qui judicat.* En son de reproche, si Gutiérrez no hubiese dedicado su vida a luchar contra las enfermedades ¿se le podría decir con el maestro: "no es lícito sacar la nave a la orilla y exclamar *invenii portum* después del primer viaje"? Pienso que no, aunque, repito, la más alta producción de Gutiérrez pertenezca a la primera juventud. Es la obra de un lírico excelso; y, en la monotonía que algunos le achacan, hay admirable unidad de inspiración. Para ese primer viaje, llevaba ya la carga pesada de la pena. El tiempo era azaroso. Trajo de él un libro lírico que, como el libro sagrado de las suertes, llevado a través del Anio por la sacerdotiza de Tibur, nunca sería mojado por las aguas del río!

En su producción es necesario distinguir entre los poemas que el autor, por primera inspiración, llamó *Cantos*—según se desprende de la carta que el doctor Miguel Cané, padre, le dirigió en 1860, la cual figura al frente de su libro; y las poesías líricas, imponiéndose al estudio separado de *La fibra salvaje* y *Lázaro* que, no obstante las creencias generales, tienen menor vitalidad como obras de conjunto. No por ello ha de perder la fama del poeta. Nunca se salva toda la obra de un hombre. No es una excepción el caso de Publius Syrus, autor cómico de quien, en el naufragio de su teatro, sólo sobrenadaron unos centenares de sentencias profundas, con las que surgió para nosotros una especie de suave y optimista La Rochefoucauld romano.

Carecía Gutiérrez del dón "objetivo" de la vida, de la facultad soberana de plasmar seres humanos; y aunque *La fibra salvaje* y *Lázaro* se muevan en el mundo indeciso de la leyenda, no satisfacen la trama y el mecanismo de sus acciones. Faltan cohesión y ductilidad. Es forzado, hasta el movimiento mismo de las personas, en el drama. En *La fibra salvaje*, Ezequiel ama a Lucía:

¡El la soñó para el hogar sereno
Donde el ideal de la ilusión se anida,
Y la encontró, para su hogar perdida,
En el sagrado del hogar ajeno!

Huye en seguida, dejándola presa de fatales presentimientos. En el canto tercero, Ezequiel aparece convertido en monje:

Monje de los altares
Muy larga es tu oración. La noche avanza
¿Velas en ella, tú, cuando descansa
De recuerdos el alma y de pesares?
¡Muy larga es tu oración! Pasó la hora
Del rezo y la plegaria;
La campana sonora
Apagó ya su lamentable acento,
Y en la tranquila celda del convento
¡Reina la triste noche solitaria!
Extraña es tu plegaria;
Y el claustro helado y lóbrego y desnudo
No es tampoco un altar: tú no te humillas,

No ruegas de rodillas,
¡Y estás de pie reconcentrado y mudo!
. . . .
Nadie a afrontar su intimidad se atreve,
Su gesto es como el bote de una lanza,
¡Y hay algo en él que revelar parece
Que aquella tempestad le arrulla el alma!

Allí se encuentra una noche con el marido de Lucía, vendida por aquél después de una orgía (en el canto segundo, *La fuerza del destino,* Lucía hizo esa confidencia a Ezequiel, en un encuentro sumamente casual). Julio se confiesa y gime, y Ezequiel le dice:

¡La sombra del pesar está en mi frente!
¿Por qué, entonces, tu alma envilecida
Cree que no alcanzo la pasión demente
Que agita aún las horas de tu vida?

Ezequiel mata a Julio (el cuadro tiene sombría majestad) y se fuga. En el canto cuarto, convencido de que Lucía ha muerto, se incorpora a las fuerzas de San Martín y, combatiendo en nombre de la patria, muere por la eterna libertad.

No basta decir con el bondadoso Cané, padre, que este poema evoca " las endechas de Gulnara y los acentos del Corsario" para que la crítica admita su excelencia. Es la tendencia romántica pura, la inverosimilitud más acabada, cuadros desasidos sobre fondo opaco, y las figuras, exceptuando la de

Ezequiel, ni contorneadas aparecen: argumento a saltos, cuyos recursos son de trivialidad desesperante, en espíritu tan grande. Pero, hechas estas salvedades, que al mismo Gutiérrez muchas veces presenté, tomemos *El alma errante*, la desolada *Carta a Lucía, La venganza*. En el llanto, en el grito, en el rugido, hallaremos la revelación de un gran poeta, que, por medios sencillos, con una forma personalísima, sin necesidad de la rima de los modernos diccionarios de botánica y mineralogía, sin recurrir a la mayúscula para todo substantivo, como hace el "arte moderno", ha escrito páginas que vivirán cuanto viva nuestro idioma:

¡Te amé! ¡La lengua humana
A definir no acierta
Este vago deliquio de ternura;
Este secreto arrullo
De insólito murmullo
Que con tu nombre al corazón despierta;
Este insondable afán que—el alma loca-
Me lleva sin reflejo de esperanza.
Donde la fibra de tu carne toca,
Donde tu luz de pensamiento alcanza!...

Lázaro sugiere idénticas consideraciones; y no creo que se puedan estimar irrespetuosas para con uno de los hombres a quien más he querido y admirado en la vida. La dedicatoria, hondamente desolada, revela que, en el poema, hay un cierto simbolismo; que nació en medio de desvelos y penas de

amor; que se llenaron, para unos ojos pensativos, las páginas sombrías de esa historia en que "la desgracia de la vida entera, cruza el corazón como una espada":

¡Yo vivo en el hogar de mi destierro,
Sin misión, sobre el mundo, en mi caída!
¡Solo, con la desgracia de la vida,
Entre mi propio corazón me encierro!
. . . .
¡Canto para que sepas que, en mi frente,
No se rebulle el alma de un idiota,
Aunque vencida y agobiada y rota
Se abisme en su ansiedad, tan hondamente!

En el castillo de Roca, noble español, suena el estruendo magnífico del festín, alzándose el castillo sobre campos que riega el Paraná. Hombres de aristocrático linaje y mujeres de fantástica hermosura, asisten al banquete, y cruzan por los salones pajes y servidores. Elegante es la descripción; pero no nos equivoquemos: estamos en una Arcadia cualquiera, en un mundo cualquiera del ensueño inseguro. "Contra el pilar del ángulo sombrío", alguien se destaca, sin tomar parte en un festín; y es un gaucho americano, cuyo traje se describe estupendamente y cuya alma aparece, de entrada, indecisa, huraña, contradictoria con la premisa que el poeta estableciera, desde que, en resumen, ¡sólo encontramos allí sublevaciones de esclavo! Lázaro está enamorado de la hija de Roca y, oscilante entre la fe

y la duda, llega, en un monólogo retórico, a divagaciones imposibles y decisiones estrafalarias, que deshace, alcanzando a Lázaro en plena fuga, un paje, a quien todo será perdonado por haberle traído a cantar la trova, que luce cual chispa saltante al partir las grandes piedras:

El hondo pesar que siento
Y ya el alma me desgarra,
Solloza en esta guitarra
Y está llorando en mi acento.
Como es mi propio tormento,
Fuente de mi inspiración,
Cada pie de la canción
Lleva del alma un pedazo;
Y, en cada nota que enlazo,
Se me arranca el corazón! (1)

Concluída la trova divina, vibrante en el salón, Dolores Roca coloca una flor en el pecho de Lázaro,

(1) En un folletín de diario, escrito muchos años antes, sobre Gutiérrez, que coincide en todo, con el presente trabajo, encuentro el siguiente párrafo: "Es un poeta popular: conoce la vía del corazón. Quiero traer un recuerdo. Cierta noche nos encontramos, por casualidad, con Miguel Cané y otros amigos, en un circo. Atracción: la curiosidad malsana de ver a "Juan Moreira". Espectáculo raro el de aquella barraca de Montevideo y Cuyo, circo de saltimbanquis, donde, según algunos, se echaban los cimientos del teatro nacional; espectáculo insoportable, que se desenvolvía en medio del aire atónito del abundante elemento culto y de las regocijadas salvajes del público de las gradas. De pronto con voz cascada soponcial alguien acompañándose de una guitarra, empezó así: "El hondo pesar que siento"... Nos miramos. Era la décima divina. Una luz pasó. En el alma de aquel gentío, por un instante, hubo una mejoría: la fuente parlera de Castalia, manaba eternamente fresca; y la verdad del dolor — blanca luz — "al atravesar el alma del poeta, de mil facetas distintas, producía el arco iris de la poesía"...

que parte, como una sombra, llevado al desierto, por el capricho del corcel. Empieza la muchacha a experimentar filantrópicos y humanitarios sentimientos por el esclavo, cuando de pronto reaparece Lázaro, el payador; y nace en ella, al fin, el amor, dulces coloquios que el castellano clausura con una paliza. El amante es expedido al virrey, en un crucero español, a recibir pasaporte para el viaje más largo. Los presos se sublevan, matan a la tripulación entera y, después de una serie de peripecias, —la primera es el ataque al palacio de Roca, a quien asesinan,—vemos a Dolores, enloquecida, en un cuadro atado por hilos invisibles. Muerta aquélla, su Lázaro desaparece, perdiéndose en campo abierto, sobre el potro salvaje, perseguido por salvajes pesares. La conclusión es un desarrollo del "motivo" inicial, encerrado en la "Dedicatoria", de que antes hablé.

A nadie como a los grandes, se debe toda la verdad áspera. No sé si porque estamos tan distantes de la época en que las páginas se escribieron o por tener muy limitado el campo de la visión, ese poema, con bellísimos fragmentos líricos, parece hoy de estructura artificial; y su ficticia decoración no puede apasionarnos, ni deleitarnos siquiera. El ciclo romántico fué también americano:—el carácter de la leyenda, arraigada en la verdad y en la lógica, que son a su vez leyes de lo sobrenatural en el arte, fué reemplazado por la invención sin trabas, ni proporción.—Tan sencilla distinción explica el

abismo que existe entre la mayor parte de las *Orientales* de Hugo y *La leyenda de los siglos,* donde hasta los mismos decadentes beben todavía. Puede que de aquí a largos años, cuando hayamos perdido la noción de lo que era nuestro Paraná, en la época de los virreyes, y la vida campestre argentina en esos tiempos, desaparezca la impresión que nos produce el fondo en que se envuelve el poema. Pero siempre se mantendrá firme la impresión contraria al argumento y débiles recursos dramáticos y, lo que es más serio, a la idealización del gaucho, que no fué esclavo. Este, en la realidad histórica, fué solamente un tipo retardado en el progreso argentino. Gutiérrez frasasó en su tentativa de introducir en el arte nacional,—aunque sea muy apreciable, en tal sentido, su empeño,—el tipo del gaucho, en quien muchos han creído ver un compendio o simbolismo del alma nacional. ¡No, pues! Del inmigrado español nació a veces progenie mestizada, en que se confundieron los instintos de dos razas; pero en la mayor parte de los casos, el gaucho fué sólo, por todos lados, el descendiente de europeo, sin freno en la vida montaraz y en la batalla con la naturaleza virgen; elemento arreado e inapreciable, en las luchas de la independencia; elemento terrible en la formación de la nacionalidad, igualmente dispuesto a no tener voluntad o a perder la cabeza detrás del rojo trapo del caudillo, al extremo de que, casi toda nuestra historia, ha sido una batalla de la ciudad contra el llano y contra el monte. No

comparto tantos y tantos lugares comunes que circulan, como por ejemplo "la noche del año 20", cuando aquella llamada "disolución" era la plena formación de una nacionalidad, en embrión; pero me parece que la poetización de los instintos rebeldes del gaucho es la apoteosis de la barbarie, y es injusto decir que el porvenir argentino se cifrara nunca en el fatalista y holgazán tomador de mate y tocador de guitarra. Es contrario a la civilización ensalzar a quien ni supo labrar la tierra, aunque se diga que no lo hizo porque no la necesitaba; y es crimen la apoteosis del gaucho malo, alzado contra la autoridad, aunque a veces se destaque con relieves de salvaje poesía.

Rafael Obligado que, en la lucha de Santos Vega y Juan Sin Ropa, en su *Muerte del payador,* ha desempeñado a un tiempo funciones de sepulturero y de creador, protestará, con muchos otros, contra estas palabras mías; pero le presento de testigo y argumento con él. Fuera del partido que los artistas puedan sacar de la vida de tal o cual gaucho bravío. merece recogerse de lo que se llama genéricamente el "gaucho", la esencia misma de su poesía triste; pero sin entrar en el terreno de las mistificaciones, desde que, de 1810 a 1850, siempre fué más argentino el hombre del pueblo que el habitante del campo, en cuya afirmación o regla son admisibles todas las excepciones que se produzcan. De esa poesía embrionaria, tenemos una tradición, que es y será riqueza de nuestro arte; y, una vez más, digo que

Rafael Obligado, al desechar las tentaciones malsanas que pudieron arrastrarle por pésimos caminos, es el único que ha sabido recogerla, en su *Santos Vega*, agigantado hasta el mito, admirable y simpático en su carácter legendario, como representante simbólico de la poesía de las llanuras argentinas. La lucha de razas y castas, en que Gutiérrez cimentó el *Lázaro*, no es verdadera;—y es de deplorar que, en vez de acertar con el tipo y la fuente honda de inspiración, alma tan grande de poeta nos hiciera un cuento de *out-law*, de castillos, trovadores, pajes y piratas, con desenlace melodramático; cuento de extrañas tierras y extrañas aguas, cuyos detalles soberanos,—la descripción del desierto, la trova genial, empapada en profunda melancolía,—el canto tercero, el ¡adiós! de Dolores, no pueden suplir lo que falta en él: la intuición del drama, que es vida, lisa y llanamente.

III

Hechas estas salvedades, que nadie, que sepa, ha presentado al público, podemos decir que había en Gutiérrez un poeta lírico muy personal y muy grande. Fué por excelencia, el poeta de la tristeza, de la angustia y de la piedad. "¿Por qué siempre tu canto es un gemido de angustia?". Así, y quito al verso sus alas, pregunta Magdalena, a las puertas del pecado, en el trémulo poema de Gutiérrez. El artista nos contestaría como el amado, en el poema

inmortal: "Porque todo lo vemos a través del llanto, cuando se pierde la esperanza". La poesía de Gutiérrez es una visión, empapada en lágrimas, de la vida pasajera; deleita con sus tristezas, envuelve en dulces y amplias vibraciones, despierta nobles y profundas simpatías por las penas y sufrimientos humanos. Al través de una lágrima se dibuja en sus versos la existencia; en íntimo consorcio destácanse de sus estrofas el hastío y la piedad, y nadie, como él, con recursos tan sencillos de expresión, ha sabido encontrar notas limpias, convertidas en seguro asilo de almas perturbadas, y remontar el vuelo, en ocasiones, hasta la sublimidad misma, de lo que es ejemplo *La Oración*, sincera, llena de claridades crepusculares, de gemebunda y deliciosa inspiración:

Alza la frente que la angustia vana
Abisma en el imperio de tu suelo,
—¡Oh criatura humana!—
¡Y oye ese canto que te llama al cielo!

Los hombres del "arte nuevo"; los que el día menos pensado imprimirán con colores distintos las palabras de un verso, como avisos de farmacia, para mayor sugestión; los que hacen ondear el símbolo como estandarte de gloria y la decadencia como signo de fuerza, han formado el vacío alrededor de la obra de Gutiérrez y han dejado a los filisteos, amantes de su país, la tarea del elogio justiciero. La ingenua belleza, la nota clara y sincera, la inspi-

ración no son para su teoría condiciones apreciables, sino infecundas manifestaciones de un arte pasado de moda. En nombre de la inocencia literaria más grande, zumban las avispas y se exhibe una clase de mandarines, cuyo grave pecado es ignorar que ayer, hoy y mañana el hombre será siempre el mismo; que el arte, sublime y vana y dolorosa función, vive de claridad y de sinceridad. *Semper ego auditor tantum?* — decía Juvenal. No es prudente monopolizar el elogio. Además, como consuelo, recuerden que Shakespeare ha dicho en *Antonio* y *Cleopatra*: "¡Oh! el hombre vegeta y languidece, sin producir nada, cuando el soplo violento de la censura no le agita con sus sacudimientos. El relato de lo malo que de nosotros se dice, hace en el alma lo que el arado en la tierra: la destroza y la fecunda". Para conquistar las cumbres, no basta sonar extrañas teorías; ni para ser Byron basta salir con rengueos de Byron. El vocabulario torturado no basta, sólo, para dar una originalidad. No es anhelo legítimo la formación de una nueva Bohemia; ni se dice nada con recordar que Villón fué un vagabundo; ni se nos da ejemplo, con afirmar que Verlaine tenía el alma como Job tenía el cuerpo, ¡aunque brotasen grandes rosales al borde de su estercolero! Embriagados con la idea de una nueva poética, consistente no en expresar sino en sugerir sensaciones, olvidan que Anatole France ha dicho: "Es desgracia para ellos que todo el mundo no pueda leer dormido". "¡No me hables por medio de enigmas!", decían,

en són de reprimenda, los personajes de una tragedia de Sófocles. Para producir páginas de melodía o de colorido infinitos que venzan, a las más intensas, no es necesario revolver con el dedo los colorinches de la paleta, y pasar, en seguida, el dedo sobre el papel. Acaso, sin salvar fronteras, podríamos encontrar desde Sarmiento acá, páginas comparables con cualesquiera de las más acabadas; y puede que, en día no lejano, tenga ocasión propicia de entrar más hondamente en esto que, hoy por hoy, me limito a insinuar.

Esperando la obra—poderosa y noble—de la nueva escuela, que justifique entre nosotros todas estas vanas disputas de palabras, volvamos a nuestro asunto. Filósofo sin doctrina precisa, paradojal y audaz, dueño de una desmesurada imaginación, apartado de todos los cenáculos, Gutiérrez solía desparramar en sus charlas el lirismo que era la substancia de un ser. Como si el retraimiento absoluto, que se impuso desde la muerte de su madre, diese mayores bríos a la fantasía; como si ese cerebro no pudiese retener todo lo que en él se acumulaba, salía a veces de su usual parsimonia de palabras y llegaba, en la conversación, a la lucidez misma del genio. En los días de la revolución de julio de 1890, cuando se oía el rumor, entre gemido y rugido, de un pueblo derrotado, desenvolvía con su voz profunda el tema de que el niño no conoce la piedad. Por brusca transición, salió de los labios del poeta, un eco colosal de los sucesos: "*¡Ah! no*

levantes canto de victoria,—en el día sin sol de la batalla!... La guerra secular, el atavismo sanguinario que nos llega de la caverna primitiva, aparecían cual espectros enormes y monstruosos; y, en la penumbra, el poeta, con sus voces grandiosas y graves, dejaba, iluminado, estallar aquella fulminación, aquella elegía, aquel canto, el más soberano de los que produjo en la vida. El ensueño había hecho de él un solitario, lleno de savias fecundas. ¿Y, por qué, si tenemos el derecho de dar los reflejos de la impresión que producen las obras escritas, se nos ha de negar el derecho de traer la nota de la impresión directa y complementaria, cuando lo mejor de la vida mental no pasa a los libros?

Impresionista que anota sensaciones; profesor que no ha encontrado hasta ahora una teoría de conjunto del arte de escribir, sino dogmas o generalizaciones empíricas, contra los cuales bregó diez años en la cátedra, aunque reconozca, con Herbert Spencer, la necesidad de reducir a cuerpo de doctrina los preceptos esparcidos en las retóricas, entrego al público estas observaciones ya largas, abandonando a espíritus doctos la tarea de la clasificación y de la crítica y determinación del sitio que al poeta corresponde en la literatura nacional, donde, durante largos años, tuvo influencia tan considerable.

El lenguaje de Gutiérrez suele ser deficiente en ocasiones. Indudablemente, el lenguaje es un obstáculo para el pensamiento, siendo al propio tiempo

su instrumento indispensable. Estas palabras son de un maestro, que sentó la verdad de que "considerado el lenguaje como combinación de signos para transmitir el pensamiento, podemos decir que en él, cual una combinación mecánica, cuanto más sencillas y bien ligadas sean las partes, mayor será el resultado". El vocabulario de Gutiérrez no suele ser muy abundante; repite palabras y repite imágenes, no sólo en una misma composición, lo que podría pasar como procedimiento o manera, sino en diferentes poesías; y esto fué en él defecto imperdonable, desliz evidente, que pudo borrar en un cuarto de hora de recogimiento sobre sus obras. Pero, en general, el lenguaje encierra con soltura su melancólica inspiración. En un volumen selecto de sus poesías tendréis el realce de un poeta eminente, original por la entonación y la forma. Acaso Guido haya encontrado mayores exquisiteces de dicción; seguramente Andrade, gran descuidado, tiene una imaginación plástica, de que carece Gutiérrez: el dominio evocador de las razas muertas y de los grandes lineamientos físicos, el dón imaginativo que se impone con la soberanía pintoresca de las obras; seguramente, Rafael Obligado, cuyo estilo castigado es modelo de corrección, — ¡y ojalá fuese un poco más inciso y crudo! — ha sabido, como ningún otro, recoger el detalle, la línea recta y grave, el colorido y la poesía de la Pampa. Pero hay algo en que ninguno de ellos ha podido rivalizar con Gutiérrez: la dulce unción del canto quejumbroso; el vago pen-

samiento y la profunda congoja, de todo lo cual se suele desprender una nota pura y sin mácula. Como las voces que vienen a nuestra alma, en los crepúsculos serenos, esa nota detiene, por un momento, el curso de nuestras ideas, blancas o negras, en el gran éxtasis de las cosas hermosas:

¡Soledad, soledad! sobre tu mundo
Cruza veloz la brisa pasajera,
Leve como el aliento estremecido
Que arranca el estertor al moribundo.
Parece que dijera
"¡Silencio!" a la creación con su gemido.
Entonces, en la bóveda azulada,
Abre como las flores el lucero,
Y allá, sobre su límpida mirada,
En el cénit del orbe,
Vaga armonía suena
Que el espíritu absorbe
¡Y con sublime adoración le llena!

Nada más remoto del concepto impecable del arte lírico parnasiano, donde sonetista famoso quiso, por medio de combinaciones de la vocal i, dar la impresión del trabajo de cincel con que Benvenuto inmortalizaba su genio; — nada tan distante de ese concepto del arte, como la sentida y melodiosa poesía de Gutiérrez, condensada en la *Carta a Lucía*: algo que se siente muy hondo; algo que no sé explicar; algo que quizá sea tan sólo verdad en el sentimiento y sinceridad en la expresión, con acompa-

ñamiento de un prolongado fenómeno de armonía, en que la lengua de la música, la vaguedad misma de las combinaciones del pentágrama, nos causan una cierta inconsciencia, que arrastra a las almas en movimientos temblorosos y puramente pasionales. Creo que tuvo escasos estudios de los llamados clásicos. En el vocabulario de sus obras, sólo una vez he encontrado una palabra que sugiera imágenes de las letras antiguas: la palabra *Marte;* y no sé si esto es defecto o cualidad del lirismo. Dada la manera de pensar de Gutiérrez, los problemas que le preocuparon, el giro idealista de su pensamiento y de su carácter, su anhelo de encerrarse en el mundo que cada cual lleva en sí, su forma respondió a esas necesidades. Retrovertió el artista la visión al interior del alma, cosa curiosa en hombre de ciencia tan docto y perspicaz, para ver en ella únicamente el juego de las pasiones propias, y cantar lo que en el santuario se escondía, condensado en la lágrima, símbolo supremo del dolor y la piedad.

Prescindiendo de la tendencia filosófica de algunos de sus cantos, como ser *Cristo, El Misionero, La Hermana de caridad,* que no escapan a la regla general, sus poesías no revelan un alegre o uno de esos seres que reciben los contratiempos de la vida con ácidas bufonadas. Fué un triste. Alguna tarde bebió, en el misterio vespertino, y en medio de una esperanza transitoria, la majestad que levanta al cielo, lleno de adoración el espíritu absorto; pero ese mismo canto es un paréntesis, y en sus líneas

armoniosas y de celeste serenidad de un momento, hallamos el dejo de la sempiterna nostalgia de la dicha, que sólo conoció el niño, en el arrullo de la madre cariñosa. Contra este mágico cantor que supo de armonías y dolores, se adujo que había dado formas reflejas a las tendencias de un romanticismo trasnochado, todo porque a menudo lloró y dijo que había llorado. La inspiración es en unos, sonriente, como en La Fontaine; en otros, crispada, como en Juvenal; en otros, severa, como en Vigny; en otros, tierna, como en Lamartine. Pidamos al poeta que sea únicamente lo que es, y no discutamos a Gutiérrez su idiosincrasia y su temperamento. Si la lágrima se convierte en lugar común, si no pasa de un recurso de retórica, es fastidiosa e indigna; pero cuando, en un espíritu alto, se reconcentran todos los sufrimientos humanos y de esos sufrimientos resulta la honda simpatía; cuando, codiciando recuperar el bien perdido o alcanzar el bien imposible soñado y, muerta la esperanza, no sube al labio la blasfemia; cuando todo ello arranca una lágrima al hombre viril, ¡bendito sea el llanto, que es consuelo, y bendito el poeta que, con él, triunfa y hace llorar! Algunos discípulos suyos, es cierto, soltaron el llanto a voluntad, a ríos. Pero, no confundáis! Poeta de los muertos y del amor, alma que marchó con perpetua aspiración a la luz, nadie que se asome a su libro podrá decir: "Llamé a la puerta de tu hogar en vano." Sus defectos han sido defectos de lo más externo de la obra de arte, repeticiones, caí-

das de forma, que son la negación misma de todo rebuscamiento. Sin embargo, distó mucho de ser un artista completo. No es un elogio para él recordar que el artista mayor es aquel que, con honda raíz en la naturaleza humana, se muestra capaz de todos los estilos; nos hace ver, en cada jornada, nuevos misterios de almas y mundos, y nos deja en seguida, como el Mantuano al Gibelino, sin otro pesar que el encuentro con nosotros solos, en las encrucijadas de la existencia.

. . . .

IV

Ricardo Gutiérrez fué el poeta de las congojas y de las penas, reconcentrado y alto, prestigioso como un misterio, acuñado con el sello que la naturaleza pone en almas soberanas; nacido para el bien y el sacrificio y que, ya subiendo a las cumbres claras del arte, o ya bajando a las profundidades obscuras de la enfermedad del niño — "que no se sabe explicar" — conoció todos los horizontes del pensamiento y todas las limitaciones de la ciencia. Tuvo las aparentes rudezas de los concentrados, en la vida cuotidiana y de simple relación. Amó y sufrió, sufrió mucho. Se replegó, al fin, sobre sí mismo, vivió en sí, considerándose un vencido, cuando era un triunfador y un civilizador; y, convencido de que la ingratitud, el acaso o la necesidad — que nos despistan a cada momen-

to, como guías traidores — le habían impedido ser y dar todo lo que pudo ser y dar, para gloria bien grande de la patria, apartó, con un gesto bondadoso, el medicamento que le ofertaban sus discípulos preferidos y — con ese acto de descreimiento — el admirable poeta del amor y del pesar, rodó para siempre por el plano inclinado, cuyo término no conocemos...

De mármol, bien blanco, será la estatua que espera el cantor de la Cruz; y el símbolo de su adoración pronto extenderá en la tumba los brazos de amparo, gracias a la acción de sus admiradores y amigos. En el zócalo, como una plegaria, cantará su gloria aquella estrofa de la *Oración,* que todos conocen de memoria y que puede rivalizar con las más sugerentes melodías del arte.

Todo lo merece, por cierto. Le veo, con el reloj en la mano, escudriñar junto al niño, con sus ojos inolvidables, como mirando lejos, muy lejos y cerca, muy cerca, a un tiempo, las fuerzas de destrucción. Le veo, con su alta figura y perfil mefistofélico, al pasar en el hospital, de sala en sala, entre el respeto, casi religioso, de médicos, hermanas de caridad y practicantes, dejar caer la palabra decisiva, casi siempre, junto al lecho del niño desválido, el enfermo que más amaba aquel aristócrata del pensar y del sentir. Le veo, en las noches de la revolución del noventa, hacer la fulminación de la guerra de los hombres, en un yambo encendido, como jamás le modularan igual labios

humanos, llegando hasta el fondo mismo del alma, cual si en su dicción estuviese difundida la esencia del espíritu de Jesús. Le veo, en múltiples ocasiones, en horas de abandono y de confianza sin límites, entre sus bronces y sus cuadros y sus libros, en la casa que era un templo, decir de esperanzas y alegrías, decir de su fe en el arte y en la ciencia y en la vida; alzar la voz siempre noble, para preconizar los mejores instintos; y puedo afirmar que ni sus *Cantos,* ni sus *Lágrimas,* ni sus páginas mejores, dan una idea de lo que fué real mente aquel sèr fundido en un molde de excepción. Queda de él obra sagrada, en la ciencia, y obra fecunda, en el arte. Fué jefe de escuela, en el hospital y en la poesía. Pero, por sobre todo eso, resta en los hogares — miles de hogares, que visi tó como una providencia — y en las almas — miles de almas, que iluminó con su luz fecunda — una santa y civilizadora tarea de varón. Pocos fueron como él; y, por muchos años, en la tradición de padres a hijos, y, por siempre, en sus cantos inmortales, quedará el recuerdo de aquella gentileza y de aquella altura, de todos los rasgos característicos de la subyugante personalidad, que nos legó su espíritu, y su gloria, al rodar su cuerpo — para siempre también — por el plano inclinado, cuyo término no conocemos...

JUAN ANTONIO ARGERICH

LA FIBRA SALVAJE

« Hay vidas que se parecen a la yerba solitaria que nace en medio de las arenas abrasadas por el sol ».

CORA, por Miguel Cané.

AL DOCTOR MIGUEL CANÉ

Eminente literato

Autor de: Esther, Cora, El Traviato, Laura, La Semanera, La noche de Boda, El Corsario, La familia Sconner, Dos pensamientos, Impresiones de viaje, etc.

En señal de respeto y gratitud, su discípulo y amigo.

Ricardo Gutiérrez.

1860.

PRÓLOGO

Señor Don Ricardo Gutiérrez.

MI QUERIDO AMIGO:

Empiezo a escribirle, saboreando todavía el último verso de su *Fibra Salvaje,* como le sucedía a Jácopo Ortis con el último beso de su Teresa. ¿Por qué ha llamado Vd. *canto* a una obra que por sus condiciones y por su desarrollo es un verdadero poema? Sea éste el primer reproche que me permito hacerle, porque la modestia no tiene el derecho de cambiar el nombre de las cosas, por mucha y apreciable que sea la que ha impelido a Vd. a cometer una adulteración.

No sé en qué parte he dicho — hablando de un poeta querido, que nos abandonó en la lucha por la libertad de la patria, dejando la tierra para subir a la morada del genio, — que los poetas eran la gracia y el encanto de la vida, y que su desaparición de entre nosotros era como el enmudecimiento de la lira o como el deshoje de las flores. La aparición de uno nuevo, será entonces el canto de la lira o el aroma de las flores que abren su cáliz

cargado de perfumes, buscando los nobles y delicados sentidos de la inteligencia que deben comprenderlo y apreciarlo.

A Vd. le ha regalado la Providencia esas dotes que no regala sino a sus predilectos; pero la tierra, casi siempre en lucha con los favores de la divinidad, impone al poeta, que es el genio, la obligación de ser grande, sufrir, callar y perseverar en su misión. El poeta, como el genio, puede pisar la cabeza de los hombres, porque está colocado sobre ella, pero no puede nunca inclinarse a besarla, porque para el genio no hay tolerancia: Vd. ha recibido la misión de iluminar, pero Vd. es hombre, y sólo a los astros del cielo les es dado prescindir de la crítica o de la alabanza de los mortales. Persevere Vd., sufra y calle, porque ésa es su misión, como fué la de Dante, Alammagni, Tasso y tantos otros de los que brillan hoy en el cielo de la inteligencia, después de haber sido las víctimas de sus épocas y de sus contemporáneos.

Las primeras palabras de esta carta le demuestran a usted, en síntesis absoluta, cuál ha sido la impresión que ha hecho su obra en mi espíritu. Todavía se vienen a mis labios, impelidos por el entusiasmo de mi alma, muchos de los trozos que Vd. ha colocado en la boca de Ezequiel y de Lucía; y me sucede con sus versos lo mismo que me sucedió, allá en los dulces años perdidos, cuando las fibras sensibles de mi espíritu gozaban profundamente de los encantos de lo bello, a la lectura de

las endechas de Gulnara y de los acentos del Corsario. Ha galvanizado Vd. a un cadáver y mi crítica podría reasumirse en una sola palabra: Gracias, Gutiérrez.

Yo pienso, con Florencio Varela, que vano y estéril sería el trabajo del poeta, si la filosofía no formara el fondo de la obra que la imaginación embellece. Bien, pues, Vd. ha dispuesto el fondo de su cuadro con la naturalidad y la lógica con que lo habría hecho el Reni o el Rubens, y ha dado a sus versos aquella forma suave, incisiva, imperecedera, que no le es dado emplear sino a los maestros del colorido. Hay en el fondo del poema toda la verosimilitud y toda la profundidad que requieren las obras de una imaginación verdaderamente reflectiva, sin que esto le quite a la forma el encanto y la armonía que hace repetir, aun sin quererlo, las frases de Rossini y los versos del Tasso. Puede Vd. firmar con todo su nombre y apellido eso que Vd. llama *canto* y yo llamo *poema,* sin temor de que la crítica inteligente e imparcial le eche al rostro su amor propio.

No es extraño que en medio de estas pasiones prosaicas que absorben a nuestra sociedad, y que en el choque de los rencores que distraen a la noble e inteligente juventud de Buenos Aires, su obra pase como un artículo de diario o como un capricho de la moda; pero el poeta tiene que sufrir, que callar y perseverar, y a la *Fibra Salvaje* le toca soportar la fatal sentencia del tiempo en que vivi-

mos: pero ella es la resurrección de una época, ella es la estrella precursora de un cielo nítido y bello para la Patria, que se poblará, como el firmamento, de nuevos astros, en el día sereno, hermanos o satélites de la *Fibra Salvaje.*

Reciba mi gratitud y mis más sinceros cumplimientos.

MIGUEL CANÉ.

Buenos Aires, Enero 27 de 1860.

CANTO PRIMERO

El alma errante

I

¡Es triste y suave tu fulgor, viajera
de la fúnebre noche solitaria!...
¡Intima es tu plegaria,
oh brisa pasajera,
que vas de rama en rama sollozando
el lastimero adiós de tu partida!...
¡remedo de la vida,
que entre flores y espinas va cruzando,
los recuerdos llorando
de la inocente juventud perdida!
Tú, dulce brisa, la invisible huella
que hasta el confín de tu natal desierto
guía tu rumbo incierto,
¿no vuelves a cruzar? ¿En él acaso
mueres tal vez como la vida, y ella
como tú, su camino
sigue también que la marcó el destino?

¡Quién sabe al fin, oh brisa pasajera,
quién sabe al fin si le cortó en el suelo,
y tu vuelo y su vuelo
son soplos de una ráfaga precaria!...
¡Es triste y suave tu fulgor, viajera
de la fúnebre noche solitaria!...
¡Oh! ¡cuántas veces, silencioso guía
del peregrino errante,
en su breñosa vía
las sombras disipó!... ¡Sabe su pena,
que en la noche de calma
acaricia en sus ojos su desmayo:
él es su amigo rayo,
si en el seno del alma
que la conciencia de la angustia llena,
aún afecto inspira
lo que de el rencor muere o respira!

... ...

Llevas la angustia en la abatida frente
como una noche, errante peregrino:
¡el sol de tu destino
se hundió ya en occidente
para no alzarse más en tu camino!

II

Sobre la inmensa llanura,
sobre la pampa desierta,
en la noche solitaria
el casco de un potro suena.

¡Un jinete! ¡Campo abierto
al rumbo de su carrera!
Los ojos que así relucen
la muerte en el alma llevan.

¡La muerte, sola esperanza
que a aquel corazón alienta,
cruzando como un espectro
sobre el polvo de la tierra!

III

¡El es! Tan honda amargura
sólo vierte su mirada,
mirada inmóvil, que llora
todas las penas del alma.

No es el rayo de la luna,
que en redor incierto vaga,
la palidez que su rostro
melancólico desmaya.

No son la herencia del tiempo,
no son del vicio la marca
las hondas huellas que surcan
su frente desesperada.

No es la aureola del martirio
que ciñe la sièn escuálida
cuando el corazón rompieron
las tempestades del alma;

cuando el pesar incesante
despliega en torno las alas
y por siempre de los ojos
el amigo sueño aparta;

¡cuando el porvenir sombrío
la mente desesperada
ve, cual noche sempiterna,
sin un rayo de esperanza!

La maldición que se anida
en el fondo de aquella alma
y que el mundo ante sus ojos
de sombra y de nieve baña,

no es el amor marchitado
al soplo de la desgracia,

no es la ilusión de la vida,
que el desencanto arrebata.

No es la ambición, no es el odio,
no es pasión del alma humana
lo que en aquel seno mudo
tan horrendo abismo cava.
¡Ay! es la soledad, es el desierto
que se extiende en el alma del suicida;
esa completa ausencia de esperanza,
ese invencible hastío de la vida;
ese abandono yerto
en que el alma se entierra,
y sin buscar donde su rumbo alcanza
se arroja en el naufragio de la tierra:
¡aquel hondo desdén donde se arrumba
el hombre sin destino
que busca en cada palmo del camino
el miserable albergue de una tumba!

IV

Él amó a una mujer, porque en la vida,
íntima vida que contó a su oído
la voz de esa mujer enternecida,
halló el ángel caído
que a confundirse alcanza

con ese ensueño de la edad primera,
porque Lucía era
el tipo celestial de su esperanza.
Imagen de dulzura,
visión de inmenso amor y de heroísmo,
de angélica piedad y de ternura,
él la soñó en el cielo,
él la buscó en el mundo,
en el insomne afán del desconsuelo,
y en el delirio del amor profundo.
Cuando la vida avanza
y el fatuo sol de la ilusión se aleja;
cuando el último rayo de esperanza
en el refugio del hogar nos deja,
él la buscó para la dicha sola
de un alma combatida;
él la soñó para el hogar sereno
donde el ideal de la ilusión se anida,
y la encontró—para su amor perdida—
en el sagrado del hogar ajeno.

Y así aquel solo y último y primero
lazo que ataba al mundo
su corazón inerte,
rompió también en su dolor profundo
para no hundir la luz de aquel lucero

en la eterna tormenta de la suerte.
Y huyó con el recuerdo dolorido
su tierno amor y su natal ribera,
con la conciencia de imposible olvido,
y a morir lejos de su hogar siquiera.

Pero al partir, su alma lacerada
estalló en el dolor que la roía;
y como último adiós, mandó a Lucía
las frases de esta carta desolada.

"Lucía:
"Oyeme por piedad.—Deja que lleve
sobre la onda de la brisa leve
que se estrella en tu oído,
el canto de este amor que mi alma bebe
en la fuente del cielo;
en ese insomne anhelo
de infinita ventura, que la mano
de Dios omnipotente
encendió en nuestra frente
como diadema del linaje humano.

"Creí que la celeste simpatía
que hasta tí me arrastraba,
era inocente afán del alma mía
que el valor de tu alma comprendía
y con sencillo afecto lo pagaba.

Creí después que tu inspirada frente
y la nobleza de tu rostro bello,
y aquel sublime escorzo de tu cuello,
y aquel fulgor ardiente
de tus ojos sombríos,
eran visiones de los ojos míos;
una ilusión ligera
de la amistad galana
que perfuma y que viste
al noble objeto de su fe primera
con el misterio de la tarde triste
y el purísimo albor de la mañana.

"Y en aquel insensato desvarío
donde el amor que empieza
confunde la amistad y la ternura,
el poder seductor de la pureza
y el prestigio fatal de la hermosura,
¡perdí mi corazón que te seguía,
perdí mi corazón que te soñaba,
y en torno de tu atmósfera vivía
y con tu dulce aliento me embriagaba!

"¡Y todo eso era amor! ¡Mi alma entera
se refugió en mi seno sollozando:...
¡Ah! ¡todo, todo era

éxtasis celestial del sentimiento
que en cada melodía de tu acento
iba mi corazón avasallando!

''¡Te amé! ¡Te amé en el alma! ¿Qué valdría
sin esa luz tu espléndida hermosura?
¡Lo que valdría el mármol de Carrara
en la veta más pura
antes que la creación de Miguel Angel
con su cincel divino lo animara!
''¡Tiempo de agitación! ¡Oh, cuántas veces
se volcó en un suspiro
la palabra de amor sobre mi labio,
y el temor del agravio
dándole en mi sonrisa extraño giro,
la refugiaba al seno
del miserable corazón amante
que te halló como un astro radïante
en el sagrado del hogar ajeno!

''¡Tiempo de agitación! ¡La vida mía
era como las olas del océano
que se destrozan sin cesar y en vano
en la roca sombría!
El mundo todo, la creación entera,
yo con tu imagen celestial llenaba,

y mi existencia era
como el reflejo de tu luz fulgente
que estrellado en mi frente
bajo mi sueño mismo centellaba.

"¡Pobre de mí! Bajo la luz incierta
del rayo melancólico y postrero
de una tarde de Enero,
te soñé adormecida,
y si eres bella como un sol, despierta,
oh! más hermosa te encontré dormida!

"¡Ah, con qué inmensa y celestial ternura
sonreía tu labio suavemente
irradiando en tu frente
el puro albor de tu infantil dulzura!

"Como una melodía era el murmullo
de tu leve respiro,
y era como el arrullo de un suspiro
de tu aliento purísimo el arrullo.

"En majestuoso escorzo inclinado
tu cuello de alabastro se doblaba;
y el brazo torneado
oculto en la hechicera

cascada de tu blonda cabellera,
tu frente pensativa rodeaba.

"¡Pobre de mí! ¡Tu palpitante seno
como la espuma de la mar en calma
se agitaba sereno,
y al dar cada latido
tu corazón querido
llenaba con su música mi alma!

"¡Y yo tu aliento angelical bebía
y tu inspirada frente acariciaba
y en ver me embebecía
que tu granado labio sonreía
si mi nombre a tu oído murmuraba!

"¡Sobre tu rostro bello
vagaba como un soplo el alma mía
y en tu dormido párpado posaba;
en torno de tu cuello
sus temblorosas alas oprimía,
y en mecer me encantaba
las ondas de tu espléndido cabello!

"¡Y cuando el alma loca
iba a posar su vuelo
en el risueño nido de tu boca,
como extraviada tórtola que gime,

se disipó mi cielo
y desperté de mi ilusión sublime!

"¡Y al despertar, creí que el pensamiento
era esclavo del alma, y que podía
dominar la razón al sentimiento:
y aquel demente amor que me agitaba
sofocar en mi seno prometiendo,
a buscar tu palabra me lanzaba,
en tu hogar codiciado me absorbía
e iba en aquella atmósfera bebiendo
el inmenso dolor que me embriagaba!

"¡Te amé! La lengua humana
a definir no acierta
este vago deliquio de ternura,
este secreto arrullo
de insólito murmullo
que con tu nombre al corazón despierta;
este insondable afán que el alma loca
me lleva sin reflejo de esperanza,
donde la fibra de tu carne toca,
¡donde tu luz de pensamiento alcanza!

"Qué agitación! ¿No viste la doliente
madre del moribundo
muda, pálida, inmóvil, azorada,

enterrar la mirada
sobre la mustia frente
donde un soplo mortal le roba un mundo?...
Y mira al hijo, y sin cesar le mira,
y no arranca un lamento,
ni llora ni suspira!...
Tiempo de horrendo afán! Tiempo de calma
que pesa sobre el alma
con el dolor de la existencia entera!...
Por fin el huracán del sufrimiento
saltando la barrera
que soporta en el alma duelo tanto,
con grito horrible se desborda en llanto!

''Así el intenso amor, así el intenso,
profundo afán inmenso
que rebosó en la valla
del sufrimiento mío,
rompe su dique de dolor, y estalla
en este pobre corazón sombrío
que le ocultaba en vano
olvidando que era
un miserable corazón humano!

''Así siento el amor!... Aunque mi alma
muerta para las viles ambiciones
y ardientes ilusiones

que brinda la vorágine del mundo,
parece emponzoñada y recogida
en el dolor profundo
donde el frío misántropo se encierra
para odiar en la vida
cuanto a sus ojos engendró la tierra...

''Si mi pálida frente
no surge en la marea del gentío,
es que no encuentro halago
en donde brilla la mirada ardiente,
donde suena el suspiro
donde se ostenta el aliciente mago
de un mundo de bellezas
que a los demás con su prestigio encantan
y que en mi alma, rota
a toda sensación que en tí no brota,
ni asombro inspiran ni ilusión levantan!

''Si la palabra mía
en el certamen popular no suena
donde la luz que el pensamiento alumbra
el corazón deslumbra
y en fuego se convierte,
que ofusca y enajena,
y arrebata a la gloria y a la muerte;
si mi alma impasible

a todo afán del suelo
jamás tendió tras la fortuna el ala
ni rastreó su vuelo
por donde el cetro del poder se escala;
si mi pie solitario
no pisó en el calvario
de aquellas tenebrosas ambiciones,
donde un mundo sin fin de sensaciones
lanza al que no halla, con tus ojos bellos
y con tu vida de su amor esclava,
satisfecha la sed de su riqueza:
es que el encanto de su mundo empieza
donde el encanto de mi mundo acaba!

''¿Qué guarda la fortuna,
qué promete la gloria
ni la vana ilusión del poderío?...
¿Un tesoro, un renombre, una corona?...
Oh! quede en paz el pensamiento mío,
si con la gloria y la fortuna entera
que sobre el mundo a recogerse alcanza,
no me es dado siquiera
levantar del abismo mi esperanza!

''Si te perdí en el mundo,
¿qué estrella de la suerte

puede alzarme a los cielos la mirada
desde esta urna de dolor profundo?...
si probé en mi existencia desolada
la inmensa desventura de perderte!...

"Tú no eres para mí!... y el alma loca
en tu redor enamorada gira,
y mi mano te toca
y mi trémulo labio febriciente
se nutre en el ambiente
donde tu aliento abrasador suspira!...

"Tú no eres para mí!... y el mundo, el cielo,
todo se me refleja en tu mirada,
y con febril anhelo
envidio el polvo del humilde suelo
donde deja su rastro tu pisada!...

"Tú no eres para mí!... y el pecho mío
donde golpea en vano
toda ambición del corazón humano,
tiembla como una gota de rocío
cuando en el aire leve
como el rumor de lánguido follaje
ondulante se mueve
el voluptuoso pliegue de tu traje!...

''Me siento vacilar! Un alma sola
con tan enorme tempestad no puede,
y ya la mía cede
al vaivén formidable de la ola!...

''Me siento vacilar! Escucho en calma
los huracanes que mi pecho baten:
el ángel y el demonio que combaten
por conquistar mi alma!...
Me siento vacilar! Mi mente avanza

al imán seductor de tu belleza,
y como un faro a iluminarse empieza
un siniestro reflejo de esperanza! ..

''Ah, no! jamás! La seducción cobarde
no profana la senda del martirio
donde reluce y arde
la religión divina de lo bello
que ha orientado mi planta en tu camino
al sublime fulgor de tu destello!...

''Sálvate! Adiós! La noche más oscura
enlute mi esperanza y mi existencia
antes que la pasión en su demencia
envenene la paz de tu alma pura!

''Adiós, mi planta de tu umbral se aleja,
y como aquel que para siempre deja
los templos de su tierra en lontananza,

mi corazón partido
deja a la puerta de tu hogar querido
el último fulgor de su esperanza!

”Mi corazón es fuerte,
porque su fibra se templó en el mundo
bajo el tremendo golpe de la suerte.
Mi alma recogida
en su dolor profundo
quede con el naufragio de mi vida.
Adiós! solo y errante
cruzaré sobre el polvo de la tierra
con máscara de dicha en el semblante
y sofocando un corazón maldito
que como atroz delito
el más sublime amor del alma encierra!”

V

Así escribió con mano estremecida
el doloroso afán de su destino,
y lanzó su camino
al azar miserable de la vida.

VI

El es, Ezequiel! Su rostro
un rayo de luna baña:

él es; que tanta amargura
sólo vierte su mirada.

Desierto sendero cruza
sobre el caballo que marcha
con la brida a la ventura
en el cuello abandonada.

Mudo, impasible, sombrío,
jamás los ojos levanta,
que negra tormenta abruma
la frente al pecho inclinada.

Acaso lejos su espíritu
a otros mundos arrebata,
acaso le abisma sólo
en la idea que le embarga:

acaso como las hojas
que el viento lleva en sus alas
sigue el impulso de vida
que sobre el mundo le arrastra.

Con la rienda a la ventura!
¿qué importa si al fin avanza
a algún palmo de la tierra
que no es tierra de su patria!

Y bosques, valles, colinas
y campos y campos salva,
que bálsamo de su angustia
creyó el tiempo y la distancia.

Oh! la quietud del retiro
y la soledad callada,
son las únicas dos fieles
amigas de la desgracia.

Que es dulce al insomne espíritu
con una memoria grata
llenar las horas del tiempo,
del tiempo sin esperanza!

Allí la imagen confusa
con nueva vida engalana,
suave armonía le presta
la luz que la iluminaba;

y al pulsar las muertas fibras
las sensaciones borradas,
vivo suspira en la gloria
de su dicha envenenada.

Más ay! de aquel sin ventura
que allá en su pasado guarda

sólo un recuerdo maldito
que en vano en borrar batalla.

La soledad y el retiro
que la fiebre intensa calman,
en la mente desarrollan
la honda idea que la embarga.

En vano entonces el que huye,
huye el siniestro fantasma,
que al corazón va ligado
como la sombra a la planta!

Pobre Ezequiel: su martirio
le sigue a tierras extrañas:
no está en su patria el recuerdo,
que va el recuerdo en su alma!

VII

De fatiga al fin rendido
su noble caballo *pampa*,
en el declive de un valle
el casco sonoro para.

Tal vez el suelo que pisa
o el aire que absorbe extraña,

tal vez el instinto solo
le ha detenido en su marcha;

y abre la nariz fogosa,
y el cuello altivo levanta,
y en el campo que atrás deja
los despiertos ojos clava.

Es el instinto salvaje
que en secreta voz le llama
al pisar la última legua
de su nativa comarca!

VIII

Paró. Del sombrío éxtasis,
vuelve Ezequiel, que le embarga,
y al fin la severa vista
en redor inquieto vaga.

¡Oh, cuán bello cuadro hiere
la última lumbre de nácar
de esa luna que semeja
que en el desierto rodara!

Allí la inmensa llanura
como una mar de esmeralda

en el confín del oriente
sublime y desnuda acaba.

Aquí el bosque gigantesco
borda la loma empinada
como desigual cadena
de ennegrecidas montañas.

Y el hondo arroyo tranquilo
que abre la tierra abrasada,
como herida de su seno
sin término se dilata.

Allá la huella tortuosa,
que del quieto valle arranca,
trepa la loma vecina
como una sierpe de plata,

y entre las yerbas ya oculta
muere trémula y borrada
en el miraje del campo
que finge arroyos de nácar.

Allá trepado a la cima
de su salvaje montaña,
como un genio del desierto
San Lorenzo se levanta:

y todo bajo aquel cielo,
todo en la armonía y calma,
todo en el suave desmayo
de la noche solitaria.

IX

Él no goza en su belleza,
y con decidida planta
y el caballo por la brida,
el bosque costeando baja.

Ha visto lumbre en un rancho
y hasta su puerta se avanza,
tal vez a indagar el rumbo
que ha descuidado en su marcha.

La humilde luz que ilumina
aquella fúnebre estancia
en el corazón de un bosque
sin sendero, abandonada;

y el pobre lecho que apenas
al débil fulgor se alcanza,
un ser humano traicionan
que habita aquella morada.

Entra, mas nadie responde
a su voz; de nuevo llama,
y el eco sólo repite
la nota de su palabra.

Y él, sin temor ni recelo,
sobre aquel lecho descansa,
esperando el rumbo fijo
que el destino le guardaba.

CANTO SEGUNDO

La Fuerza del Destino

I

Intimo y afanoso sentimiento
de extraña y melancólica ternura,
ráfaga de suavísima frescura,
armónico latir del corazón;
risueña imagen de soñada vida,
onda süave de insondable calma,
el seno misterioso de su alma
con desmayado ímpetu agitó.

Vaga, voluptüosa y conmovida,
leve y profunda languidez serena,
deliquio incomprensible, vena a vena
tembló en su sangre de la frente al pie:
hondo suspiro levantó su pecho,
errando sobre el labio vacilante,
y sintió por su pálido semblante
dos abrasadas lágrimas correr.

El tenebroso vértigo inclemente
que en su sombrío espíritu pesaba
sintió que de su seno se arrancaba
en pos de aquella lágrima fugaz;
y en plácida quietud la razón fría
y el corazón que emponzoñó el veneno,
a un tiempo, alegre, de ternura lleno,
sentía sollozando despertar.

Y era aquel germen de insondable encanto
como el secreto son de un eco amigo
que en el fondo del alma humilde abrigo
buscara a la promesa de su fe;
como un recuerdo misterioso y puro,
como infantil y dulce sentimiento,
nacido en algún otro pensamiento
que respondiese al pensamiento de él.

Y libre así del infernal hastío
que su abatido corazón desgarra,
pulsa una melancólica guitarra
que sola allí desamparada halló:
triste preludio, fúnebre preludio
arranca de la cuerda estremecida,
y con voz sollozante y conmovida
entona esta tristísima canción:

A Lucía

"¡Dame una lágrima, sólo una lágrima!
¡Ah, no; no puedo darte un pesar!...
¡Dame un instante de tiempo rápido,
yo que te he dado mi eternidad!

"¡Dame un recuerdo! ¡En él cuán íntimo,
íntimo piensa que es mi dolor,
cuando el futuro maldito y lóbrego
ya espera inmóvil mi corazón!

"¿Qué es el futuro?... ¡Es noche lúgubre,
noche en tinieblas, noche sin fin:
perdido y solo mi errante espíritu
se agita en ella sin porvenir!

"Allá en su eterna quietud fatídica
¡Oh, nada al alma conmueve ya,
—sólo un recuerdo,—recuerdo fúnebre,
como ella misma, siempre inmortal!

"Y no maldice: su gloria única,
—tu dicha—compra con su dolor:
¡tú te has salvado: errante y huérfana
busca ella el rumbo que se trazó!

"¡Ay! ¡donde lleve mi planta trémula,
con mis pesares arrastraré
tu sombra muda, que va en mi ánima,
tú, ni un recuerdo de mí tal vez!

"¡Dame una lágrima, sólo una lágrima!
¡ah! no; ¡no puedo darte un pesar!
¡Dame un recuerdo del tiempo rápido,
yo que te he dado mi eternidad!"

II

Con tímida y rasgada melodía
que suspende y oprime el corazón,
retemblando en la atmósfera sombría
triste sollozo de ansiedad rompió.

Un momento siguió de mudo espanto,
cual si una vida en él llevado hubiera;
profundo luego y comprimido llanto
estalló en una queja lastimera.

Llanto de honda emponzoñada fuente
que el pesar en secreto alimentó,
que como un manantial de lava hirviente
colmó de las entrañas el temblor.

Llanto de misterioso y escondido
amor, que el alma adormecida ignora,
y en apagado eco y abatido
sus triunfos canta y sus caídas llora.

Llanto que con el vivo pensamiento
rompe, que el alma atónita llenó,
penetrando en el rayo de un momento
de un mundo suspirado al corazón.

¡Mundo que en vago y nebuloso ensueño
miró y dejó el espíritu al pasar;
y ora que en él por fin despierta dueño,
sus dichas todas desparecen ya!

Llanto que el alma a enloquecer alcanza
con el bárbaro grito del dolor:
llanto de melancólica esperanza,
llanto de rota y última ilusión.

Y una voz dolorida y sollozante
que el caudal de las lágrimas cortaba,
así exclamó con eco penetrante
que el espantado corazón helaba:

"—¿Quién eres tú, que el alma estremecida
se refugia, al oirte, en la memoria,

buscando inquieta en la pasada vida
la misteriosa cifra de tu historia?

"¿Por qué tu melancólica mirada
siento que me acaricia el corazón
con la imagen confusa y agitada
de un sueño hermoso que en la noche huyó?

"¿Quién eres tú, que con poder secreto
encadenas a tí mi voluntad,
¡oh! y a encontrarte, en su delirio inquieto
mi espíritu me arrastra a mi pesar?"

Y del oscuro ángulo surgiendo
velada en negra ropa una mujer,
a su invisible fuerza obedeciendo
se abrazó a las rodillas de Ezequiel.

Las fibras todas de Ezequiel temblaron,
la voz a su garganta se anudó,
y en sus ojos sus ojos se enclavaron
con expresión de espanto y de dolor.

Miraba aquella aparición, miraba
aquella imagen mustia del pesar,
y nunca de mirarla se saciaba
en su profundo vértigo y afán.

Porque algo en ella misterioso había
que su alma y su memoria sondearon,
y que un recuerdo íntimo traía
de las risueñas horas que pasaron.

Y era de melancólica belleza
el rostro de la pálida mujer,
y un vagoroso rayo de tristeza
las dulces formas desmayaba en él.

Mustios los ojos del color del cielo,
preñados con sus lágrimas alzaba,
y eternas noches de ansiedad y duelo
en su mirada inmóvil traicionaba.

La tez marchita de la frente bella,
cual flor del aire que al caer se hirió,
árida y sola y enterrada huella
surcaba, contrayendo su dolor.

¡Oh, tanta pena y desventura tanta
un alma sola fatigaba allí!...
Al peso del dolor que la quebranta
ya la suya Ezequiel siente morir.

Y habló por fin, que el hondo sentimiento
más fugaz es cuando más hondo es;

que a no pasar, meteoros del momento,
¡ay! ¡matara el dolor como el placer!

"—¿Quién eres tú? Mi alma es fría y triste,
y en toda el área de la tierra oscura
un ser tan solo que conmueva existe
el seco manantial de mi ternura.

"Tu voz ha desmayado el alma mía,
tu pena me ha partido el corazón;
si eres Lucía, sombra de Lucía,
¿quién a mi ingrata senda te arrastró?

"¡Ay! ¿qué dolor inmenso tu hermosura
marchitó con tu alegre juventud?
¿Quién en sombría noche de amargura
hundió aquel astro de dorada luz?"...

Dijo; y el bronce de su ceño eterno
una helada sonrisa despejó;
pero era una sonrisa del infierno
que formaba en sus labios el temblor.

Sonrisa loca del feroz intento
que cumplido, al pensar, ha visto el alma
y jura en la conciencia el pensamiento
con invariable y espantosa calma.

El hastío a su alma dado había
fuerza para diezmar la humanidad,
y acaso en su desgracia combatía
la sorda voz que le llamaba al mal.

Pero ¡ay! ya del ser que ha profanado
lo que él en su desgracia respetó;
acaso el solo escudo levantado
en medio de su angustia y su furor.

No era ya el genio oculto del destino
quien su rigor en su ansiedad cebaba;
era un ser como él, que en su camino
provocando su cólera se alzaba:

frenético y sombrío sentimiento
que no ya sin temblar sondeó tal vez;
implacable y helado pensamiento
que un nuevo surco lapidó en su sien.

¡Ay! del que ya sin esperanza alguna
va errante en el desierto de la vida!
Pero ¡ay! de la mano que importuna
agitó la ponzoña de su herida.

Por eso una sonrisa el ceño eterno
de su pálida frente despejó,

pero era una sonrisa del infierno
que formaba en sus labios el temblor.

III

Hondo, fúnebre lamento,
queja del alma partida,
negra imagen de la vida,
breve historia del dolor,—
¡pobre mujer!—con las sombras
de su pasado en su mente,
así la angustia presente
de su seno la arrancó.

"—¿Ezequiel?... ¡Santo Dios! ¡Ah! tu voz era
que viene a despertarme en mi agonía!...
¿Por que en tí, vida mía,
la última, la sola, la primera
ilusión hallo al fin, cuando el impío,
el horrible tormento,
secó en mi corazón el sentimiento,
fatigó mi hermosura
y encadenó a la suerte mi albedrío?...
Cuando desprecio o lástima te inspira
la que finge esperanza en su quimera
su triste desventura,

y sola y verdadera
ahora entre los dos alzarse mira
insalvable barrera...

"¿Me amabas? ¡Es verdad! ¡Oh! la memoria
llora en mi alma afligida
la dolorosa carta de tu historia
que iluminó la noche de mi vida.
Tú en ella un meteoro,
un meteoro pasajero fuiste:
íntima era y ardiente
tu palabra de amor, pero tu frente
no sé qué horror secreto desmayaba.
Y yo que te adoraba
¡oí tu último adiós! El inclemente
tiempo corrió; corrieron
largos años con él, y ya mis ojos
a hallarte sobre el mundo no volvieron.
¡Te alzaste y te perdiste
en la noche de paz, meteoro triste!
... ...

"¡Ah! ¿por qué entre los hombres confundidos
seres arroja sobre el mundo Dios,
que con humanas formas concebidos
tienen todo de fiera el corazón?

"Entes sin alma, formas con instintos,
sarcasmos de la idea omnipotente
y que no llevan para ser distintos,
la eterna maldición sobre la frente.

"¡Julio! ¿Te acuerdas de él? ¿Por qué, Dios mío,
le entregué como esposa el corazón,
si el sacrílego monstruo, si el impío
a un abismo de infamia me arrastró?

"¡Ay! al correr de mi pesar la historia
estalla el alma de dolor transida,
porque se alzan con ella en mi memoria
las horas más horribles de mi vida!

"Escucha; la vergüenza y el despecho
mi sangre encienden que el pesar heló;
oye, que acaso en tu abatido pecho
dé un latido por mí tu corazón.

"Era ya entrada una noche,
la más siniestra y oscura
que sobre campo desierto
desplegó sus alas mustias.

"Triste mi alma y despierta
velaba con su amargura

en la soledad tranquila
de aquella estancia desnuda.

"De inquietudes y tormentos,
de terrores y de angustias
¡ah! ya mil noches como ella
pasé abandonada y muda.

"Yo no lloraba su ausencia
que me era ya una fortuna
desde aquel día funesto
que unió mi vida a la suya.

"Lloraba la crueldad sólo
de mi ingrata estrella oscura
que unió al suyo mi destino
con tal pesada coyunda!

"Hirió de pronto mi oído
una algazara confusa
donde escuchaba el acento
de su voz áspera y dura.

"Trémula y de horror transida
salté del lecho desnuda,
y ensordeciendo la planta
temerosa y mal segura,

"y ahogando, ahogando en el pecho
los suspiros de mi angustia,
escuché con toda el alma
estremecida en mis dudas.

"¡Qué horror! aquellas palabras
no dejan mi oído nunca:
Porque allí la muerte misma
no acabó mi desventura.

"Julio, sí, era él; su mismo acento
llegó trémulo y sordo hasta mi oído
sellando con horrible juramento
el pacto infame que escuché cumplido.
¡Qué horror! Aquella noche de tormento,
ya al juego todo su caudal perdido,
abandonada al sueño me creía
y a otro hombre miserable me vendía.

"¡Ah, no soñé! Despierta en mi pavura
sentí el siniestro recontar del oro
y en el misterio de la noche oscura
a aquel cobarde huir con su tesoro;
bien pronto hirió la fúnebre llanura
del caballo el estrépito sonoro
que al golpe de su casco me anunciaba
la infamia y el horror que me dejaba.

"Pero hay un Dios en el cielo,
que a los débiles ampara,
porque en ese instante horrible
dió fuerza y valor a mi alma.

"Corrí, corrí por los campos
loca, trémula, espantada,
al favor de las tinieblas
que protegieron mi marcha.

"Huí sin saber a dónde
ya mis plantas me llevaban,
por los ásperos senderos
que destrozaron mis plantas.

"No sé más. Desfalleciente,
con la primer luz del alba
desperté, bajo el amparo
de esa choza hospitalaria.

"A mi lado compasiva
hallé una noble paisana
que protegía mi sueño
como el ángel de mi guarda.

"Al borde de una laguna
me encontró ya desmayada

y entre sus brazos me trajo
a esta choza solitaria...

"Cuán eternas son las horas
que corren en la desgracia,
y en vano imágenes busca
para pintarlas el alma!

"La sombra de aquella noche
me sigue como un fantasma,
y no alejan sus terrores
ni el tiempo ni la distancia.

"¡Oh, déjame llorar, porque es mi suerte
llorar desamparada y escondida;
mi única esperanza está en la muerte,
porque huyó la esperanza de mi vida!
Tal vez un rayo de su luz, al verte
acarició mi alma estremecida,
—último resplandor de un astro amigo
que al separarte seguirá contigo.

"Y aunque siento, Ezequiel, que el alma mía
hoy que te pierde la infeliz, te adora,
no te pido el amor que sonreía
en tu mirada un tiempo abrasadora:
¡ay! que aquella Lucía, la Lucía

no es que abatida y miserable ahora
llora su angustia en el misterio impío
que separó tu corazón del mío.''

Y en un sollozo
la débil voz
entrecortada
desfalleció.
Sollozo íntimo
del corazón.

IV

Y él habló con dulce acento
de suave y tranquila calma:
oh! qué hondo sentimiento
vencía en aquel momento
la tempestad de su alma!

''—Hay un germen, Lucía, de ternura
en el seno del alma combatida,
que eterno mana misteriosa y pura
fragancia en ella de ilusión y vida;
ráfaga virgen de inmortal frescura
que en suave deliquio adormecida
con un soplo de Dios despierta en calma
en la primera inspiración del alma.

"Es el amor: como recuerdo vago
de única y pasada gloria incierta,
de amor ajeno al penetrante halago
con su escondida eternidad despierta;
misterio de dolor y encanto mago
que loca el alma a definir no acierta,
vagarosa, suspensa y recogida
en el secreto germen de otra vida.

"Y así te amé con la ilusión primera,
y así te amé con tan profundo anhelo,
como si el alma recordado hubiera
haberte amado ya bajo otro cielo,
y que proscrita allí, de allí trajera
con escondido afán entre su vuelo
la imagen ¡ay! que en su segunda vida
halló a tu imagen celestial unida.

"Y eras un ángel de inmortal belleza,
y era loco el amor del alma mía,
tu único tesoro la pureza,
mi único porvenir noche sombría;
noche ¡ah! de fatídica tristeza
en que, amándote, odiarte no podía;
horrendo abismo de insondable angustia
que abrió una maldición en mi alma mustia.

"Perderte u olvidarte fué la suerte,
el solo porvenir que pude darte;
y era inmenso mi amor para perderte,
y era inmenso mi amor para olvidarte;
y alejarme juré para no verte
y en mi desierta soledad llorarte
con la sola esperanza de la vida
que en ti cifró mi alma combatida.

"Partí, partí, turbando la armonía
que concierta las almas bajo el cielo;
un solo sentimiento sonreía
en la orfandad de mi profundo duelo;
él tan sólo en mi alma sostenía
el valor y la fe del desconsuelo:
—tú te salvabas,—y tu dicha sola
era de mi martirio la aureola.

"Te amé,—no llores ya. La noche triste
con que veló mis glorias el destino,
¡ah! no ya todo de tinieblas viste
el corazón del pobre peregrino:
un rayo melancólico aún existe
de aquel fuego inmortal, de aquel divino
primer amor, que en la desgracia ruda
más fuerte mi alma en tu alma anuda.

"¡Pero es fuerza partir! Oye; la suerte
pide un momento más, ¡alma querida!
¡Oh, sí! ¡Yo volveré! ¡Ya ni la muerte
podrá entonce apartarnos en la vida!
¡Adiós, basta, infeliz! El golpe fuerte
que abrió en tu corazón tan honda herida,
también ha entrado de mi alma al seno
volcando el manantial de su veneno.

"¡Déjame; ni una lágrima; es en vano!
Nada en el mundo a detenerme alcanza!
¡Oh! de aquel hombre la cobarde mano
arrancó tu esperanza y mi esperanza!
¡Déjame! Con esfuerzo sobrehumano
el demonio feroz de la venganza
me arrastra en fin hasta fijar mi suerte
y pongo a precio de tu amor su muerte."

V

Y a otros labios sus labios se apretaron,
la voz en ellos trémulos rompiendo;
labios que sin buscarse se encontraron,
a un misterioso impulso obedeciendo.

¡Qué gloria, qué deleite, allá en el cielo
guarda para las almas el Señor,

que no desflore en el perdido suelo
el primer beso del primer amor?

Errante el alma sobre el labio ardiente,
en otro labio otra alma en su ansiedad
recoge avara, y confundido siente
su espíritu en su espíritu inmortal.

Y desmayada de placer, suspira
en esa queja que en los labios suena,
y otra vez temblorosa se retira
y al corazón desierto se encadena.

Con música secreta de ternura
canta en el agitado corazón
la gloria de otro mundo y la ventura
el primer beso del primer amor.

VI

Pero al partir, fatal presentimiento
el alma hirió de la infeliz Lucía,
que en su débil aliento, ya el aliento
de la cercana muerte conocía:
la ansiedad, la desgracia, el sentimiento
avanzaron su muerte en su agonía,
y al partir Ezequiel, con un gemido

deslizó estas palabras en su oído:

"—¡Ay! en memoria del amor primero
que allá en la noble juventud me diste,
guardaba como él, pálida y triste,
esta marchita flor de resedá.
Aquel amor, del germen primitivo
más íntimo ha brotado y más sereno:
ella un germen también lleva en su seno,
que puede en nuevas flores respirar.

"Sea ella la imagen de mi vida:
¿ves ese ombú de mi destierro amigo?
Allí, bajo su sombra y a su abrigo,
al perderte a mis ojos la pondré.
¡Ay! cuando vuelvas, tumba solitaria
será el hogar de la infeliz Lucía
si esa flor de su esperanza, un día
hallas marchita al avanzar tu pie".

"—¡Adiós!"— Aún otro
último adiós
del viento en alas
cruzar se oyó:
luego el confuso
sordo rumor
del potro rápido

que se alejó,
y al fin perdido
como la sombra
del incesante
viajero errante,
en el incierto
triste desierto
negro horizonte
desapareció.

Rota la nube
que el furor
de los vientos
dispersó:
dolorida
ilusión:
promesa
querida
de amor:
último
rayo
de sol.

Y en la llanura,
como en el mundo
del corazón,

quedó tan sólo
silencio fúnebre
en derredor.

Brilló en el cielo
la luz de Dios;
y halló Lucía
como los rayos
de luna fría
su resplandor.

¡Ay! de su alma
el bello sol
ya en occidente
la hermosa frente
en sempiterna noche sepultó.

VII

Un ángel inocente de dulzura
allá en la virgen juventud fué ella,
como las brisas del desierto, pura,
como los astros de la aurora, bella;
pero era melancólica y oscura
de su destino la perdida estrella
y alumbró su existencia solitaria
como pálida antorcha funeraria.

Como un preludio el misterioso acento
de aquel que sólo la adoró en la vida
oyó en las alas de apagado viento
brotar y huir en él la voz querida;
el que dejó, confuso sentimiento,
en su alma serena y adormida,
no tornó más a despertar amante
aquel mágico sueño de un instante.

Y corrió el tiempo y la memoria luego
con él, del hombre que soñó olvidado,
y otro después con miserable ruego
le mintió el paraíso suspirado:
fuego no más, que chispeante fuego
prendió en un corazón desesperado,
forjando acaso la embriagada mente
amor en él, de ráfaga inocente.

Ella, ¡infeliz! el incitante y grato
vértigo, amor en su ilusión creía,
ligada para siempre al insensato
que el alma en su inocencia escarnecía:
ella al fin despertó, cuando el ingrato
sin comprender el alma que perdía,
un porvenir de infamia y amargura
en pago daba de la fe más pura.

La malograda juventud serena
corrió entonces, llorando, en la memoria,
y era de encanto y de dulzura llena
y de esperanza y de ilusión y gloria;
y allá, borrando su profunda pena,
en el recuerdo de escondida historia
el solo amor halló que en su desvelo
guiaba el alma al suspirado cielo.

Amor que bajo el rayo de la vida
no alcanzó a recoger la dulce palma,
porque en su primer ósculo prendida
se arrancó ¡ay! del corazón su alma,
huyendo de la cárcel corrompida
hasta un cielo de luz y eterna calma;
que virgen era, y en su seno era
virgen la fe de la ilusión primera.

CANTO TERCERO

LA VENGANZA

I

Monje de los altares,
muy larga es tu oración. La noche avanza.
¿Velas en ella tú, cuando descansa
de recuerdos el alma y de pesares?...
Muy larga es tu oración! Pasó la hora
del rezo y la plegaria;
la campana sonora
apagó ya su lamentable acento,
y en las tranquilas celdas del convento
reina la triste noche solitaria.

Extraña es tu plegaria,
y el claustro helado y lóbrego y desnudo
no es tampoco un altar: tú no te humillas,
no ruegas de rodillas
y estás de pie reconcentrado y mudo...

Fúnebre capuchino,
tú no invocas a Dios... marchas, te agitas,
te paras, vacilante en tu camino,
sonríes brutalmente,
te golpeas la frente
y meditas, meditas
bajo la angustia que tu alma ahoga
y tu soberbio corazón revienta:
¡ah! te conozco, masa de tormenta,
que sobre el mar de las pasiones boga.

II

El es fray Ezequiel. Su altiva talla
sobre el pilar del claustro se dibuja
entre sus blancos hábitos envuelta
como un fantasma de la noche oscura.

Sobre su pecho que el respiro agita
con salvaje ademán los brazos junta;
y fijando en la tierra la mirada
como la inmensidad sus ojos buscan.

Mirada de recóndito reflejo,
con que el recuerdo al corazón alumbra;
ojo de la conciencia que despierta
y la batalla de la vida cruza.

Mirada como el brillo del acero,
pálida y fría, penetrante y dura;
no mira con sus ojos, amenaza:
su rayo es un puñal que se desnuda.

Rayo que palidece cuando mira
como el fulgor que la tormenta anuncia
y en el primer relámpago que enciende,
la formidable tempestad derrumba.

III

¡El es! Sobre su frente tenebrosa
bajo el plegado capuchón, se alcanza
la arruga cruel que el pensamiento deja
como una cicatriz de su batalla.

Siempre severo, pensativo y solo
entre los claustros del convento vaga,
o caminando en su desierta celda
las mudas horas de la noche pasa.

Como un extraño entre los vivos vive
y en su fría reserva se amuralla;
no sonríe jamás su labio inmóvil
y es breve y altanera su palabra.

El consagra la misa sin reproche
cuando el servicio del altar le llama,
pero hay entonces en su aspecto rudo
como una distracción tenaz y extraña.

Cuando las horas de oratorio suenan
no se escucha su voz en la plegaria,
y en insondable reflexión perdido
queda cuando los otros se levantan.

Sólo el silencio le despierta entonces
y bajo un golpe de temblor se para
como si acaso, de su cuerpo ausente,
volviera a entrar a su conciencia el alma.

Inquietas son las horas de su sueño
y le abandona al despuntar el alba
que entra a su celda sorprendiendo a veces
la temblorosa luz de su velada.

No son el Evangelio, ni el Salmista
con lo que el tiempo de su insomnio mata;
son las mundanas hojas de la historia
o el relato infernal de las batallas.

Allí su frente lóbrega se anima,
rueda el ojo feroz brotando llama,

y al agitar la juvenil cabeza
derrumba el capuchón sobre la espalda.

Negro como sus ojos su cabello
en negligentes ondas se derrama
y las soberbias líneas del semblante
con salvaje vigor bajo él destaca.

El propio brillo de su vista, alumbra
el tinte americano de su raza,
que sobre el rostro pálido se cierne
para mostrar el temple de su alma.

A veces huye de su celda triste
con el primer fulgor de la mañana
y a largo paso infatigable trepa
la cima colosal de las montañas.

Y el panorama de Mendoza mira
o el espantoso abismo de la falda,
o inmóvil como el genio de las rocas
hunde en el infinito su mirada.

De allí retorna a su convento humilde
y en su más hosca agitación se entraña,
como si en las grandezas de la cumbre
algún soplo satánico aspirara.

El monje anciano con piedad le mira
y huye el novicio de él cual de un fantasma,
cuando en la tarde del tranquilo huerto
pasea en derredor su vista huraña.

¿Qué horrible pensamiento, qué desdicha,
cruza aquel corazón como una espada?
¿qué formidable golpe de tormenta
su vida entera sin reposo asalta?

Nadie a afrontar su intimidad se atreve,
su gesto es como el bote de una lanza,
y hay algo en él que revelar parece
que aquella tempestad le arrulla el alma.

IV

Su historia en el convento que le asila
es breve y tenebrosa y desolada,
dos años ha que una sombría noche
tocó Ezequiel a la pesada aldaba,

llamó al Padre Prior y en voz resuelta
le habló tranquilamente estas palabras:
"—Padre; sobre la tierra de los hombres
"mi vida es un naufragio de desgracias.

"Dos solos lazos en el mundo triste
"mi vida ataron a la vida humana:
"el más sublime amor del alma mía
"y el odio más tremendo de mi alma.

"El ya no existe: por la tierra entera
"lo buscó en vano sin cesar mi planta;
"y sólo a precio de su sangre infame
"juré comprar en Ella mi esperanza.

"Así, ya sin objeto sobre el mundo
"vengo a entregar a Dios toda mi alma,
"y aquí una celda miserable pido
"para huir del infierno que me llama.

"No, no quiero palabras de consuelo;
"todo es en vano cuanto digas; basta!
"no hay más que yo que sepa que mi angustia
"no cabe ya sobre la vida humana."

Así Ezequiel encadenó su voto
en los altares de la ley sagrada
para huir del infierno de la vida
en la celeste paz de la plegaria.

Ató a su cuerpo el cíngulo funesto
como un grillete que a los pies se amarra;

y al abatir su negra cabellera
su fuerza de Sansón cayó a sus plantas.

Y como el joven cóndor que aprisionan
arrancado a su nido de montañas,
con salvaje y magnífica tristeza
miró a los cielos y abatió las alas.

Así, como el galeoto miserable
que a la rejilla de su cárcel salta
y a través de sus lágrimas devora
el ave libre que en los cielos vaga,

así ya para siempre ante sus ojos
vió volar el girón de su esperanza,
como la nube que la tarde dora
y el soplo de los vientos arrebata.

En ese mundo recogió el recuerdo
y se hizo triste y tenebrosa el alma,
vagando en los espacios infinitos
de su desierta soledad callada.

El tiempo al fin con su terrible ciencia
le mostró allí su libertad esclava
e iluminó el naufragio de su vida
con el fulgor de la verdad amarga.

Entonces sobre el labio contraído
expiró la oración y la plegaria
y el inmenso dolor del desconsuelo
sobre su frente desplegó las alas.

El vigor de su espíritu soberbio
no exhaló con el llanto en queja vana,
y la presión del claustro aborrecido
como una fuerza concretó su savia.

Y creció poderoso en el abismo
que el pensamiento solitario cava
¡ay! pero en vez de levantarse al cielo
rastreó en el suelo su raíz amarga

como el potente roble que aprisiona
la grieta colosal de la montaña
y sin perder su robustez soberbia
el tronco dobla y la cerviz levanta.

En el retiro de su celda triste
refugió su conciencia desolada,
estudió el mundo y arrastró a su juicio
la miserable sociedad humana.

Y sólo vió oprimidos y opresores,
y él se miró caído entre la garra,

bajo el azote de la ley maldita,
que aprisionó sus carnes y su alma.

Entonces en su espíritu soberbio
pasó el soplo infernal de la batalla,
y levantó su lábaro terrible
en el brillo feroz de su mirada.

No era el ceño del odio que sonríe
al salto de la sangre y de la entraña,
ni el rencor era que burlando aspira
el alarido atroz de la desgracia;

ni la horrenda crueldad del alma fría
que templa su furor como una espada
en los humores de su herida propia,
para roer y emponzoñar la entraña;

ni el dolor ciego que el puñal desnuda,
ni el deleite infernal de la venganza
que saborea con paciencia horrible
el salvaje veneno que prepara.

Era el brillo acerado de la cota,
la muerta luz que en la tormenta avanza
y a cuyo lampo empalidece el mundo
esperando el azote de sus alas.

Era el dolor que a combatir se arroja,
la desesperación blandiendo el hacha
que hiere sin guardarse, invulnerable,
porque no lleva carne de esperanza.

Era la conmoción del estallido
que la potencia de opresión levanta:
era el cartel del implacable duelo
a que aplazó en un día su venganza.

Midió el alcance del poder ajeno
por la caída en que abismó su alma,
y encontró, blasfemando, que la fuerza
era la ley de la existencia humana.

Entonces, como el hierro estremecido
bajo el imán que en la tormenta pasa,
blandió en el aire su robusto brazo
agitando la cruz como una espada.

V

De pronto un paso furtivo,
cauteloso y fugitivo
sonar en el claustro oyó,
y vió el fantástico bulto
de un hombre en su capa oculto

que a su celda se acercó.

Y era siniestra y oscura
la sombría catadura
del que avanzaba hasta allí.
Y le vió con temblorosa
mano agitada y dudosa,
la pesada puerta abrir.

Y abrió: pero al entrar sus ojos vieron
el formidable aspecto de Ezequiel,
y con extraño ahinco lo midieron
ávidos de la frente hasta los pies.

Pero en las ropas de Ezequiel hallando
un pobre capuchino penitente,
así le habló con eco reverente,
y la rodilla en el umbral doblando:

"—Padre; perdón si mi llanto
turba la paz solitaria
de la devota plegaria
que levantas al Señor;
pero el crimen, el espanto
de mi alma pecadora,
me arrastra a tus pies e implora
tu consejo y tu perdón".

¡Ah! ¿por qué al son de ese acento
de súbito helada de la frente al pie
sintió con golpe violento
pararse en sus venas la sangre, Ezequiel?...

¡Ah! cuando en las horas puras de la vida
la gloria que el alma única forjó,
muere marchitada por siempre y caída
al injusto soplo de ajeno rencor:

y ya el desencanto, huérfana del mundo
la esperanza roba que no torna más,
y en una hora eterna de hastío profundo
se recoge el alma sola en su pesar:

cuando nada importa la ajena ventura
ni el dolor ajeno, ni aún él mismo al fin,
porque ni el presente la propia amargura
llora, ni el pasado ya ni el porvenir;

y ya envejecido y agostado vive
como en un sepulcro, roto el corazón,
y sólo desprecio por afán recibe
cuando de él las fibras a tocar llegó;

entonces la herida de traidora mano
que del infortunio la paz va a romper,

con ímpetu horrible, con furor insano
agita en el seno la dormida hiel.

¡Ay! triste el que entonces mira en su impotencia
huir impune y salvo al ser que le hirió
sin dar al orgullo la amarga conciencia
de vengar siquiera su inmenso dolor.

Sus días son noches, ¡ay! de insomnio eterno,
sus noches son siglos de eterna ansiedad
y es su vida toda tenebroso infierno
donde expira el alma sin morir jamás.

¡Ah! ¿no fué una sombra de loca quimera
el hombre que hallaba junto a sí Ezequiel?....
¡Era Julio mismo!—¡la misma voz era
que encerró en su oído su encono una vez!

El ser que en su seno ponzoñosa herida,
la última de su alma, la más honda abrió,
y del astro único de su oscura vida
en noche de crimen empañó el fulgor.

Ser que de su alma el odio profundo
despertaba en ella sin piedad ni ley,
y en quien ella todos los golpes del mundo
reunió que postraron su gloria y su fe.

Y anchos corredores que la noche viste
con sus hondas nieblas, recorriendo van:
reina allí el silencio, y en la inercia triste
sus dos corazones se escuchan pulsar.

Súbita aunque débil, suave y temerosa,
con incierto giro de extraño temblor,
de Ezequiel la mano crispada y dudosa
las flotantes ropas de Julio buscó,

como el que de un vago sueño poseído
duda y se pregunta si sueña en verdad,
o bajo el influjo de él adormecido
palpa los objetos que halló al despertar...

Al fin sobre el mundo se hallaban reunidos
los que juntó el odio sobre él y alejó;
los ojos en tierra de Julio vencidos
ante aquellos ojos que los más perdidos
misterios de su alma sondear sintió.

VI

"¡Padre! la fuerza invencible
de un hondo terror sin calma
lleva mis ojos al suelo
y me arrebata a tus pies,

en la noche más horrible,
la más negra de mi alma,
como ha sido para el cielo
la más oscura también.

"Ya el desmayo y la fatiga
de mi cuerpo dolorido,
ya la inquietud de mi mente
el reposo dispersó.
¡Piedad! escucha y mitiga
el terror desconocido
con que lucha tenazmente
en vano mi corazón.

"Yo, allá en mi patria, habitaba
una hermosa estancia mía
en la ingrata compañía
de una insensible mujer;
aquel día en que mi mano
la dí por mi mala estrella,
no recibí con la de ella
todo el caudal de su fe.

"Su pecho mismo guardaba
todo su amor para otro hombre;
EZEQUIEL era su nombre
que en sueños la oí nombrar:

mas él, olvidado acaso
o desesperado amante,
huyó desde aquel instante
del país por siempre ya.

"Tú puedes aquella vida
idear en tu pensamiento,
de fastidio y aislamiento,
de violencia y de rencor:
y yo que el alma soberbia
siempre eduqué en su albedrío,
la dejé sola a su brío
que el yugo al fin sacudió.

"Desde entonces entregado
al estruendo de la orgía,
tan sólo la luz del día
me hallaba en mi triste hogar:
y el juego, el juego que era
todo mi universo entero,
noche a noche en mi dinero
devoraba mi caudal.

"Una noche, en fin, lanzado
en la ambición del desquite,
al primer golpe de envite
alzar mi suerte soñé;

y a una carta tentadora,
sólo en una carta, en una,
el resto de mi fortuna
de un solo golpe jugué.

"¡Y perdí!... Desesperado
y en secreta calma impía,
volví al hogar que perdía,
lleno de envidia y rencor:
en mi cerebro demente
fúnebre plan concibiendo,
que iba doblando y creciendo
la fiebre del corazón.

"De pronto sonó a mi oído
una palabra altanera
que bien conocida era
y terrible para mí:
torné el rostro sorprendido
viendo acercarse a mi lado
al tahur afortunado
que me habló entonces así:

"—¿Quieres tentar un albur
"en una última jugada?...
"Entre toros no hay cornada;
"si no te conviene, ¡abur!

"Pero no sé qué has de hacer
"rodando en noches tan largas
"con dos horrorosas cargas:
"la miseria y la mujer...

"Pues déjame el campo llano
"y lleva esta bolsa de oro:
"¡lo que ha de comerse el moro
"que se lo coma el cristiano!

"No sé que mejor jugada
"caiga del cielo a un tahur;
"pero si eres tonto, ¡abur!
"entre toros no hay cornada".

"Y haciendo sonar su mano
la bolsa repleta de oro,
puso en la mía el tesoro
a cuyo tacto temblé:
y al influjo de su brillo
en mi vértigo cediendo,
con aquel tesoro huyendo...
vendí mi propia mujer...

"¡Ah! no mates mi esperanza
con esa mirada horrible
que bajo el ceño insensible

de tu frente se arrancó;
porque su rayo que alcanza
al fondo del alma mía,
deja en su fuerza sombría
todo el hielo del terror...

"No es este el crimen que agita
la conciencia de mi pecho
y en el refugio del lecho
viene mi sueño a turbar:
¡ay! en mi labio inseguro
y mi acento estremecido
lucha errante y combatido
por mi mengua y tu piedad.

"¡Oh monje! tú no comprendes
la tempestad que se agita
en esa pasión maldita
que ha roto en mi corazón;
porque tu alma piadosa
alza su vuelo del mundo
y nunca al abismo inmundo
de las pasiones bajó.

"Y la mía, desde aquella
noche de miseria tanta,
donde ha pisado mi planta

se ha envilecido también;
y según lució mi estrella,
ya perdiendo, ya ganando,
fué entre pecho doblando
eternamente su sed.

"Vencido al fin por la suerte,
me arrancó un hombre la mía;
en esta noche sombría
le ha acechado mi traición:...
acabo de darle muerte
en el bosque de un camino...
¡Padre! ¡soy un asesino
que implora el perdón de Dios!..."

VII

Sin una nube en la frente
ni una chispa en la mirada,
ni una sonrisa en el labio,
ni en los miembros un temblor,
la voz de Ezequiel, doliente
y en suave acorde templada,
sin furor y sin agravio
estas palabras habló:

"—¡La sombra del pesar está en mi frente!
¿por qué entonces tu alma envilecida

cree que no alcanzó pasión demente
que agita aún las horas de tu vida...
En los días profanos
de mis goces mundanos
también una pasión bramó en mi seno,
también el sueño me robó y la ca'ma,
también su embate conmovió mi alma,
también virtió en mi vida su veneno!...

"Donde no lleva tu ansiedad sombría,
donde el amor impávido no alcanza
ni el furor de los celos,... allí guía
la frenética sed de la venganza...
Al través de extranjeras
cien lejanas riberas,
todo en la mía con mi amor dejando,
indiferente para mí ya el mundo,
sin otra fe que mi rencor profundo,
seis años fuí... su huella rastreando.

"¡Piedad! ¿piensas, infeliz, que ella
de Ezequiel cabe en el precito seno?
seis años ha que tu maldita huella
sigue mi corazón, de tu odio lleno.
Hoy al fin, asesino,
te encuentro en mi camino...
Para vengar a la infeliz Lucía
precisaba el rugido de tu muerte:

álzate, miserable, porque al verte
se arranca de furor el alma mía!..."

VIII

En el furor de la mortal contienda
los dos contra la lumbre se estrellaron
y el cuadro así de la matanza horrenda
en medio de las sombras sepultaron.
Sólo el rumor se escucha
de enardecida lucha:
luego un instante de silencio inerte;
luego un hondo y frenético gemido;
luego el golpe de un cuerpo que ha caído,
y sólo al fin ¡la calma de la muerte!

Y de pronto una lumbre repentina
hiere de aquella oscuridad el manto,
y con un rayo trémulo ilumina
la escena del combate y del espanto.
Firme la mano alzada
con la luz agitada
y la feroz sonrisa en el semblante,
sigue Ezequiel en su ansiedad impía
del moribundo Julio la agonía,
inmóvil ya sobre la tierra humeante.

Miraba en él, miraba aquel sangriento
trémulo labio de la inmensa herida,
como esperando en su feroz contento
el paso de aquella alma aborrecida.

IX

Cuando la luz de la aurora
a la celda penetró,
los monjes horrorizados
cayeron en oración.

En balde a Ezequiel buscaron:
sólo el eco de su voz
con aquel nombre terrible
en los claustros resonó.

Pasó un día, pasó un año,
y un año y otro año en pos,
y ¡jamás a su convento
el fraile Ezequiel volvió!

CANTO CUARTO

El Amor de la Patria

I

¡Una vez más la planta
del fogoso corcel, con rumbo cierto
guías sobre la arena del desierto?
Ni el polvo que levanta
te es ya conocido:
¡todo, todo lo muda
el tiempo asolador, viajero triste!
y muchos son los años
que en su vuelo han corrido
desde la vez postrera
que en la loma desnuda
en que hoy fijas tu pie, tu pie pusiste.
¡Todo, todo lo muda
el tiempo asolador, viajero triste!

Sí; y en tus mismos ojos
aquel intenso resp'andor sencillo
de tu pesar, es ora

salvaje, inmóvil, nebuloso brillo
que suspende en la faz la aterradora
calma feroz del alma
que recuerdos no oprimen
porque su sólo goce está en su crimen.

En un tiempo que huyó que huyó inclemente,
se levantó un asilo misterioso
en ese valle lúgubre y sombrío;
el bramador torrente
y el huracán bravío
han cruzado en él ya; su ronco vuelo,
su marcha destructora
del hogar de Lucía no dejaron
un solo rastro en el breñoso suelo...
¿qué busca entonces tu mirada ahora?...

¡Él es, sí, Ezequiel! Profeta el alma
siente acaso y espera
ya la herida postrera
con que abatirla al fin debe el destino...
El ombú se levanta
allá sobre el camino,
pero inmóvil la planta
del sombrío Ezequiel, allí en el suelo
han clavado la duda y el anhelo.

Rompió: ¡corta es la senda!...

y así sólo el instante de un gemido
que separa la vida de la muerte,
¡ay! en el corazón estremecido
más amargura vierte
que de la vida todos los pesares.
Rompió: sus patrios lares
dejó una vez, errante y peregrino;
triste fué su camino;
mas, ¡ay! que en la postrera
breve extensión al fin que recorría,
más dolorosas rémoras había
que en la distancia de su huella entera.

Rompió: ¿por qué se para?
Caer toda la sangre yerma siente
al frío corazón, y a su despecho,
firme en la tierra el pie; ruda tormenta
abate, abate la oprimida frente:
los brazos sobre el pecho
con desmayada languidez asienta,
y cual la imagen del dolor sombrío
queda inmóvil allí, pálido y frío.

Fijos los ojos, su mirar de calma
esa enclavada vaguedad tenía
que en el último instante de agonía
deja al partir de su prisión el alma.

II

Al pie de aquel ombú y en aro unidas,
cuatro musgosas piedras se enterraban;
en el centro, del tronco se elevaban
los brazos de un arbusto seco ya:
algunas hojas pálidas, caídas
en los espacios de la piedra oscura,
mostraban que la planta en su frescura,
fué de Lucía el triste *resedá.*

III

¡Ah, qué ofrece en su páramo la vida
qué la ilusión y la esperanza trunca,
cuando pesa en el alma estremecida
todo el horror de esta palabra—nunca!

"¡Nunca!" que si hay un prometido cielo,
no vive el alma en la pasada historia,
porque abandona, al desatar su vuelo,
en su desierta cárcel la memoria.

Y es en vano llorar: ¡oh! y es en vano
el maldecir también; que lo que ha sido
no alcanza el genio del poder humano
a arrancar de la muerte y el olvido.

Sólo queda al espíritu en su seno
un insondable y espantoso abismo,
donde de inercia y de desprecio lleno
se recoge en misántropo ostracismo.

IV

Héle allí aún inmóvil, mudo y frío,
en el lugar que le fijó su anhelo;
ni despeja en su frente el ceño impío
ni alza los ojos que enclavó en el suelo;
ni del intenso vértigo sombrío
le vuelve la ansiedad al desconsuelo,
porque es mortal la herida de su alma
y no dejó al caer furia, ni calma.

¡Siempre allí, siempre allí! ¡Oh! ¿ni a qué intenta
huir de allí con su dolor profundo
si es muy feroz de su alma la tormenta
para ahogarse en las ráfagas del mundo;
si en el silencio del destierro aumenta
del corazón el eco moribundo;
si, en fin, caído al golpe de la suerte,
ni le importa la vida ni la muerte?

V

No miró, porque en su alma pesaba
ya su fúnebre vértigo cruel,

una hueste que el llano bajaba
entre nubes de polvo a sus pies;
ni el monótono golpe escuchaba
en la tierra, del brioso corcel;
ni el crugir de las armas prendidas,
ni el gemir de las trompas heridas.

Viejos, jóvenes, todos mezc'ados
en columnas simétricas, van;
sobre el bravo corcel los soldados
en profundo silencio mortal:
pero alumbra sus ojos turbados
la embriaguez de la gloria en la faz;
que en un sueño de amor y alegría
a morir por la patria les guía.

Para súbito, inmóvil ya aquella
ondulante columna sin fin,
como un bosque llenando la huella
con alegre y siniestro matiz,
a la lumbre del sol que centella
en las armas, se ve relucir
como trémula, inmensa laguna
donde rompe su rayo la luna.

Dos ginetes, del centro surgiendo,
recorrieron la hueste en redor,

y al lugar que dejaron, volviendo,
todo en mudo silencio quedó:
luego inmenso, con hórrido estruendo
como el canto del mar, un clamor
gritó: "¡viva la patria!" y el eco
llenó rápido el cóncavo hueco.

VI

Y de la inmensa voz al hondo acento
el alma estremecida despertó
con un nuevo y extraño sentimiento
cautivo y arrobado el corazón.

Como si de él sintiese en su tristeza
caer la tempestad que le oprimía,
y que en pesada y áspera corteza
al sonar de la voz se desprendía.

Y en inocente calma enternecida
brotar en él un manantial de amor
que las pasadas penas de su vida
con su murmullo trémulo adurmió.

Y una fuerza después, irresistible,
y ardiente como el soplo de un volcán,

que con secreto ímpetu invisible
de allí le arrebataba a su pesar.

Que iba siguiendo su alma enagenada,
confusa, aérea, mágica visión
que de vírgenes glorias coronada
a él perpetuas glorias le brindó.

Triunfos que su alma a definir no alcanza
y huyen del alma si a tocarlos va,
pero que en alas ¡ay! de la esperanza
a su esperanza sonriendo están.

Amor también que a regular no acierta,
que no fija un objeto al pensamiento;
cierta seguridad y duda cierta,
feroz y enternecido sentimiento.

Amor salvaje que en su mustio seno
las hórridas pasiones sofocaron
bajo el mar palpitante de veneno
que el odio impuro y el dolor brotaron.

FIBRA SALVAJE que en furtiva calma
el nombre eterno de la patria hirió,
y cuyo timbre puro llenó el alma
con una intensa ráfaga de amor.

Y vió la pobre patria conquistada,
mustia a sus pies la libertad cayendo;
y miró aquella hueste que esforzada
marchaba a la batalla sonriendo.

Y era su patria misma; que el proscrito
una tierra natal tuvo también
que un día, libre del dolor maldito,
con venerado afán amó tal vez.

Y despeñado de la loma al suelo,
al frente del magnífico escuadrón,
como un cóndor audaz que cae del cielo
el frenético *pampa* sujetó.

"—¿Dónde se muere por la patria?"—dijo,
soberbio alzando la mirada fiera,
y el fuego todo de su rayo fijo
de su patria en la impávida bandera.

"—¡Bajo su sombra!"—respondió un valiente,
"—¡Yo por ella también quiero morir!"
(clamó, agitando la sombría frente)
"¡una lanza! ¡una lanza para mí!"

VII

Cae siempre, al fin, el opresor tirano.
¿Veis?—el campo fecundo

tinto con sangre está, pero ¡no en vano!...
De San Martín la formidable espada
en aquella jornada
dió libertad a un mundo.

Rasgada y vencedora,
en la cima humeante
se enc'avó la bandera
que el azul mismo del cenit colora.
Cadáveres sangrientos la rodean
sobre el suelo sagrado
que en suelo de venganza trocó Marte.
¡Ah! pero tú ¿quién fuiste
que en el campo caíste
al pie del melancólico estandarte?

Tu ropa no es la ropa del soldado:
bárbara herida parte
tu macilenta frente, pero en ella
otra más honda y dolorida huella
¡ay! enfierece tu postrera calma,
porque fué de la herida de tu alma.

La palidez sombría
que se cierne en tu faz sobre la muerte,
la frescura serena
es de la loca juventud ardiente
que marchitó el infierno de la pena:

y su limpia pureza
traiciona al hijo en tí del pensamiento,
cuyo campo no era
el campo de batalla.

Mas si lo hollaste, no lo hollaste en vano:
mucha es la sangre extraña
que el polvo a tu alredor humeante riega
o seca tiñe tu crispada mano;
y la feroz sonrisa
que aún tu labio amoratado pliega,
(labio tal vez que ennegreció el encono),
¡oh! que no siempre ha reposado en calma
tu formidable brazo
muestra, y que en tu regazo
desmayó antes que el furor de tu alma.

VIII

Una vez más los ojos
te encuentran, Ezequiel, pero ¡caído
en sangrientos despojos!
¿Por la patria también tú has perecido?..
¿Qué era ella para tí, mudo viajero,
cuando ya el mundo entero
con todas sus caídas y victorias,
sus lágrimas, sus glorias,

su vida y su esperanza,
en tu alma sensible
al golpe del dolor, tan sólo alzaron
el odio mudo y el desprecio horrible?

¿Por la patria también, mudo viajero?
¿lo sabías tú mismo?...
¡Silencio! a tanto la razón no alcanza.
¡El corazón del hombre es un abismo!

¡Oh! si sólo la sed de la matanza
te arrebató al campo de la muerte,
mi alma que valora
el salvaje dolor de tu alma triste,
una lágrima vierte
¡sola como tu amor!—¡Al fin caíste
bajo el paterno lábaro de gloria,
en nombre de la patria combatiendo
y por la eterna libertad muriendo!

LÁZARO

DEDICATORIA

Cuando en la noche de sombría calma
me despierta el sollozo a mi quebranto,
mi arpa pulso y a su acorde canto
para engañar a soledad del alma.

Temo que en mi vigilia hasta la aurora
me arrastre la aflicción a la locura,
si hundido en el recuerdo y la amargura
me abandono al pesar que me devora.

Así fué que arrullando mi memoria
con la voz de mis cantos fugitivos,
llené para tus ojos pensativos,
las páginas sombrías de esta historia.

¡Oh, para ti, no más!—Por eso en ella
el pesar de mi alma se ha volcado,
la desesperación que la ha cruzado
con tan rasgada y dolorosa huella.

Aquel profundo hastío de la vida
que todo el cielo a oscurecer no alcanza,

cuando por fin la última esperanza
se desprende del alma estremecida;

aquel inconmovible abatimiento
que pesa sobre el alma como un mundo,
aquel salvaje vértigo profundo
que envuelve la razón y el sentimiento.

¡Oh! la desgracia de la vida entera
que cruza el corazón como una espada,
—el corazón misántropo—que nada
busca en el mundo ni del mundo espera.

¡Nada!—vuelve tus ojos a las huellas
que parten a la gloria y la fortuna,
y no hallarás perdida entre ninguna
la estampa de mis pies cruzando en ellas.

¡Nada!—que yo no encuentro sensaciones
donde los otros en su afán se agitan,
donde las fuerzas de su alma excitan
buscando desengaños o ilusiones.

Yo no parto su gloria, su riqueza,
su dicha, sus pesares ni su hastío
a cambio solamente de que el mío
no vengan a turbar con su franqueza.

Nunca habrás visto blanquear mi frente
cuando tus ojos con afán vagaron
y de extremo en extremo la buscaron
entre las oleadas de la gente.

Yo vivo en el hogar de mi destierro,
sin misión sobre el mundo en mi caída;
solo, con la desgracia de la vida,
entre mi propio corazón me encierro.

Ya ves entonces que el afán de gloria
no ha llenado mi libro con mi canto
que es ya en el mundo para mí su encanto
como un girón de miserable escoria.

Canto, porque en mis noches de desvelo
se engañan mi recuerdo y mi amargura;
para robar mi alma a la locura
que se agita en el fondo de mi duelo.

Canto, para que sepas que en mi frente
no se rebulle el alma de un idiota,
aunque vencida y agobiada y rota
se abisma en su ansiedad tan hondamente.

Canto, para enseñarte que en la tierra
crecen dolores que el amor no calma,

por más que en ese amor que arrulla el alma
su única ambición el alma encierra.

¿Y no penetras la mortal congoja
que tu recuerdo mismo me envenena,
y vertiendo el horror de que está llena
verso por verso va y hoja por hoja?

¡El peso de un fatal remordimiento!
—esta espantosa llaga de la vida,
que en lo más hondo de mi ser caída
hace de mi conciencia su alimento.—

Nada ya de mi espíritu agitado
disipará esta sombra de la muerte;
el golpe irremediable de la suerte,
que me apartó por siempre de tu lado.

Deja entonces que huya de mí mismo
para arrancarme del pesar eterno;
el más cruel demonio del infierno
vive de mi memoria en el abismo.

¡Deja que cante!—Si nací poeta,
arrullaré tu sueño desolado:
guarda esas tristes flores que he arrancado
del roto corazón, grieta por grieta.

Y vale más que en mi dolor profundo
pueda mecer mi pena el canto mío,
¡ah! que si no, para engañar mi hastío,
¡qué me da ya sin tu recuerdo el mundo!

CANTO PRIMERO

I

Del noble Roca en la morada suena
el magnífico estruendo del festín;
la noche de su júbilo es serena
con la diáfana luna en el zenit.

Música alegre de incesante danza
del castillo en redor el aire hiende,
sobre el campo sin término se lanza
y en vibradoras ráfagas se extiende.

Despierta entre las selvas sorprendido
el eco de la virgen soledad,
y el fragor del insólito estallido
de bosque en bosque remedando va.

El ave que arrullaba adormecida
del viento entre los árboles la queja,
se atropella en las ramas aturdida
y el grato abrigo de las hojas deja.

Ladra el mastín errante en la espesura,
y espantados los potros en tropel
huyen, estremeciendo la llanura
bajo el sonoro golpe de su pie.

Y en la estancia feliz del poderoso
todo a la vida despertar se siente,
sin que del alba el resplandor dudoso
colore aún la franja del oriente.

Plácele la quietud de la campaña
y habita la suntuosa propiedad
sobre los campos vírgenes que baña
el riego del salvaje Paraná.

Mas hoy las glorias de su Rey adula,
Rey que pisa en dos mundos soberano,
porque el lábaro audaz de España ondula
bajo el hermoso cielo americano.

Por eso el ruido del festín aplaza
la severa quietud de su mansión
que con toda la pompa de su raza
a los señores del hogar abrió.

II

Se alza el castillo de soberbia cumbre
en medio de la espléndida cuchilla,
y colgado de antorchas, a su lumbre
como un palacio de luceros brilla.

La prez de la hermosura y la nobleza
baila y se agita en las crugientes salas
que el impávido orgullo y la riqueza
visten allí con asombrosas galas.

Mujeres de fantástica hermosura
como la mariposa reluciendo,
en torno giran de la lumbre pura,
el suelo apenas con la planta hiriendo.

Hombres de aristocrático linaje,
girasoles idólatras de ellas,
engalanados con vistoso traje
siguen el laberinto de sus huellas.

Cruzan en encontrado remolino
pajes en lo interior y servidores,
y de pie y deslumbrado el campesino
se agrupa en los inmensos corredores.

Luces, colores, brillos y reflejos,
roce de voluptuosa sedería,

tapices de oro y tul, muros de espejos,
aromas de suavísima ambrosía;

el eco de la risa y el murmullo
del habla, de la música el estruendo,
del aire hendido el tembloroso arrullo,
el vaivén de las ropas sacudiendo;

el prolongado son y el incesante
choque de la gentil cristalería;
del repentino brindis la ondulante
ráfaga de frenética alegría;

todo en extraña confusión asombra
saltando a los sentidos de repente,
como de un sueño mágico la sombra
que ve en conjunto, al despertar, la mente;

todo en febril animación se mira,
cuadro que nunca a compendiar se alcanza,
y que en redor como encantado gira
en el vértigo insomne de la danza.

Del noble Roca en la morada suena
el magnífico estruendo del festín:
la noche de su júbilo es serena
con la diáfana luna en el zenit.

III

¿Quién es el que impasible y recostado
contra el pilar del ángulo sombrío,
no toma parte en el festín brindado
ni se mezcla a la turba del gentío?
Solo y distante, mudo y concentrado,
de allí contempla, impenetrable y frío,
el voluptuoso círculo de vida
que en placer rueda y al placer convida.

Es arrogante y varonil su traza
en la inmovilidad de su apostura;
la raza de los nobles no es su raza,
pero es noble y gallarda su figura;
porte que no envilece ni disfraza
la rara y desenvuelta vestidura
que lleva con descuido soberano
el intrépido gaucho americano.

Bajo el sombrero que inclinó a la frente
nublando de las luces el destello
y al redor de la barba que naciente
sombrea apenas el altivo cuello,
reposa sobre el hombro negligente
en separados rizos su cabello

que encierra en blondo círculo ondeante
el óvalo gentil de su semblante.

Ciñe con abandono y galanura
los pliegues de su ancha *camiseta,*
el *tirador* que envuelve la cintura:
sobre cada puntada una peseta;
y el puñal de luciente engastadura
de la mano al alcance atrás sujeta,
que sobre el talle con desdén cruzado
asoma de un costado a otro costado.

La manta de *vicuña* recogida
bajo aquel aro de cambiante brillo,
del *chiripá* en los pliegues compartida
se envuelve en el cribado calzoncillo:
el *poncho* leve que arrolló y descuida
cuelga en la empuñadura del cuchillo,
y en los caireles de su fleco suena
la estrella de la hermosa *nazarena.*

No es el gaucho insolente de la pampa
que de la noble sociedad se aleja
y donde el rastro de su potro estampa
si no deja rencor desprecio deja;
no es el rudo salvaje que se *empampa*
ante las maravillas que refleja

de golpe el cuadro que asombró su mente
y esclava allí del esplendor la siente.

No lleva él las prendas de aquel traje
que destaca del muro sus colores,
con toda la arrogancia del salvaje
y aquella majestad de los señores;
y es único padrón de su linaje,
el sello de los seres superiores
que en el primer relámpago adivina
el ojo observador que le examina.

De su mirada en el fulgor sombrío
hay la intensa quietud de un pensamiento,
hondo como el desmayo del hastío,
fijo como fatal remordimiento:
rastro indeleble del afán impío
o del triste y profundo sentimiento
que en mansa paz o en tenebrosa calma
habita lo más íntimo de su alma.

IV

El espíritu del hombre
su tierra natal refleja;
cada rasgo de su índole
un perfil retrata de ella.

Bajo un cielo transparente
de suavísima belleza,
donde la noche sublime
tiende su manto de estrellas;
sobre una planicie virgen,
siempre verde, siempre inmensa,
siempre inmóvil y desnuda,
siempre callada y desierta;
entre un aire que perfuma
la primitiva pureza
y templa el plácido rayo
de inmutable primavera;
sin más Dios y sin más ley
que su albedrío y su fuerza,
sin más tesoro visible
que su caballo y sus *prendas*,
rey de todo lo creado
sobre la llanura eterna,
errante, solo y sombrío
el *gaucho* su vida lleva.

Siempre el desierto a sus ojos
su plan infinito muestra
donde el ombú solitario
se empina de legua en legua;
siempre aquel mismo horizonte

donde el sol tan sólo llega,
siempre el mismo panorama
de adormecida belleza,
siempre aquella inmensidad,
cielo, cielo, tierra, tierra:
inmensidad que dilata
el corazón que serena
y en cada respiro el aire
le trasmite su grandeza.

Aquel es el primer cuadro
que su espíritu refleja,
cuando con la luz del alba
como el pájaro despierta,
y al galope del caballo
las llanuras atraviesa
al compás de las pisadas
cantando amorosa décima.

Aquella es la impresión última
de la silenciosa vuelta,
cuando el fúnebre crepúsculo
de la tarde le rodea,
y ya cediendo al suave
cansancio de su faena
y al desmayo misterioso
que el sol al hundirse deja

torna callado y tranquilo,
más sensible el alma lleva
concentrada en el abismo
de su memoria secreta,
o el cuadro de la mañana
mirando con gracia nueva
cernido en la media lumbre
del día y de las estrellas.

Así respira su alma
la misteriosa tristeza
que está esparcida en el aire
y está arraigada en la tierra;
la soledad y el silencio
de pensamientos la llenan
y concentrada en sí misma
su mundo incrusta y refleja.
Mundo de pasiones vírgenes
como la naturaleza,
que en el corazón palpita
bajo esta calma sin tregua:
mundo de nobles instintos
que el sentimiento gobierna
porque es sentimiento todo
cuanto el corazón encierra:
sentimiento que en lo íntimo

de la vida se aposenta
y que el pensamiento educa
y agranda y ahonda en ella;
por eso en sus horas tristes
cada gaucho es un poeta,
poeta que canta trovas
de misteriosa cadencia
en las que lleva una lágrima
cada pie de cada décima,
sin más arte que su alma
que en la soledad le enseña
a sentir lo que retrata
y a retratar lo que sienta;
arte que escribió con llanto
las trovas de Santos Vega.

Espíritu concentrado
de extraña naturaleza,
con la malicia del mundo
en su salvaje inocencia,
porque da la inspiración
la llave del alma ajena.
Espíritu que se basta
fiado en su sola fuerza,
en el dolor y en la dicha,
en la calma y la tormenta.

Corazón valiente y noble
ni provoca ni tolera,
que en sí a respetar aprende
el valor y la nobleza:
impenetrable y callado
doquier estampa su huella
voluntad y sentimiento
su extraño porte refleja,
porque en la expresión sombría
de su semblante les lleva;
rastro de un alma profunda
que en la inmensidad alienta.

Su alma es alma de héroe
lanzada en la noble senda,
y en la pendiente del crimen
sabe de hierro volverla,
que la pasión que la absorbe
se extiende y confunde en ella
como en su pampa salvaje
la sombra de la tormenta.

Ese es el gaucho de raza
que las soledades puebla,
rey de todo lo creado
sobre la llanura inmensa:

ese es el ser misterioso
que aislado y mudo contempla
en el palacio de Roca
la agitación de la fiesta.
El corazón de aquel hombre
una tempestad encierra;
pero ¿qué espíritu alcanza
al fondo del alma ajena!
Una misma es la sonrisa
que imprimen todas las penas,
y siempre a través del velo
de amargura que hay en ella,
el ojo audaz que a estudiarla
adelanta más de cerca
tan solo una maldición
a medio formarse encuentra.

V

El está allí contra el pilar desierto
aunque toca a su término la fiesta,
que ya del alba el resplandor incierto
colora de los álamos la cresta.

Y bajo aquella impenetrable calma,
tras la muda expresión de aquel semblante,

hunde a un infierno de ansiedad su alma
la desesperación de cada instante.

Infierno que en el fondo de su vida
como la lava del volcán se encierra
y sólo su ceniza entibiecida
lanza a la superficie de la tierra.

Rastro que apenas el dolor creciente
deja en la palidez de la mejilla,
en el ceño convulso de la frente
o en la luz muerta que en los ojos brilla,

Y ni un suspiro allí, ni un movimiento
le arranca en su quietud meditadora
a ese cáncer del alma—el pensamiento—
que cráneo seca y corazón devora.

Que aquella paz que en la ansiedad le alienta,
es el dominio de las almas grandes
que saben reposar en la tormenta
como el altivo cóndor de los Andes.

Fuerza de voluntad que solamente
doblega el alma a su poder rendida
¡ay! cuando al fin el corazón ardiente
se ha roto en los escollos de la vida.

Cuando reconcentrado en su ostracismo
medita el mundo y su vileza alcanza,
y esconde de los otros en sí mismo
su desesperación o su esperanza.

¡Oh! la incurable y dolorosa herida
que han abierto los hombres en su seno,
le enseñó en el destierro de su vida
a comprender el corazón ajeno.

Que ellos sobre su espíritu hacinaron
la impiedad, el oprobio y el ultraje,
y un ser nacido para el bien, trocaron
en un triste misántropo salvaje.

VI

El, al nacer, del alma en lo profundo
trajo la inspiración de la pureza,
sello que imprime el Hacedor del mundo
en toda creación de su grandeza...

Y al impulso frenético impelido
de la inexperta juventud ardiente,
de fe y nobleza el corazón henchido
tomó el mundo por suyo el inocente.

Y un hombre halló en sí mismo, que los hombres
como él a ellos respetar debían,
y soñó que las glorias de los hombres
por las prendas del alma se medían.

Y en cualquier circunstancia en que la suerte
arrojó a su camino un ser humano,
ni al débil oprimió ni cedió al fuerte,
que en todo semejante vió a un hermano.

¡Pero era ilusión!—que todo era
de su infantil candor hermoso engaño,
y cogió en pago de su acción primera
premio de ingratitud y desengaño.

El no era igual, que la nobleza sola
no da valor al alma bajo el cielo,
ni la rara virtud que la acrisola
hace ley de igualdad aquí en el suelo.

No; sobre el mundo, el que robó más oro
mejor escudo de nobleza alcanza;
quien pone en la balanza su tesoro
inclina de su lado la balanza.

El sirvió al hombre, y cuando al hombre un día
llegó como un igual, fué escarnecido;

por muro de insalvable altanería
se halló entre los esclavos confundido.

El furor, la insolencia y la amenaza
en el ceño encontró de los señores,
porque era un gaucho de salvaje raza
sin herencia de oro ni de honores.

Y él, que su noble espíritu sentía
libre como los vientos del desierto,
vió que hasta entonces el orgullo había
con desprecio su afán forzado y muerto.

Su afán, que alzaba una sonrisa, y era
del insolente orgullo la alabanza,
era el ceño del amo, que se altera
cuando homenaje de su siervo alcanza.

Entonces fué cuando absorbió su alma
esa desolación de la tristeza,
presagio mudo de abatida calma
con que la ruda tempestad empieza.

Pálida y triste y árida y oscura
la tierra halló que a los demás reía;
él, la dicha del mundo y la hermosura
al través de una lágrima veía.

Lágrima que en sus órbitas temblaba,
la luz del sol a su través nublando;
tromba del corazón que se avanzaba,
el cielo de su vida sombreando.

Solo y callado entonces y abatido
reconcentró en su angustia su existencia,
que él se halló entre los hombres maldecido
y huyó la humillación de su insolencia.

En el desierto y soledad, sustento
dió a aquellas horas de animada muerte,
y en la cárcel del alma el sentimiento
rompió con llanto que culpó a la suerte.

¿La suerte? No; los que su alma hirieron,
los que su corazón emponzoñaron,
los que como a un reptil le escarnecieron,
los que como a un leproso le arrojaron;

eran hombres no más, seres mortales
que hallaba de su vida en el camino,
déspotas sin piedad de sus iguales
que se alzaban entre él y su destino.

Satélites de un rey aventurero
que unció un mundo a su cetro con cadenas,

de un rey vampiro, avaro y extranjero
que se hartó con la sangre de sus venas.

Extranjeros también, y dominaban
donde a él la luz le amaneció del día,
y de su misma tierra le arrojaban
y proscrito en su tierra se veía.

¡Basta!—que ahogó sus lágrimas de niño
sonriendo el gaucho que nació salvaje,
y la piedad que en él abrió el cariño
en odio inmenso convirtió el ultraje.

Odio que no se exhala en maldiciones
ni en terribles miradas se divisa,
no da soberbio orgullo a las acciones
ni en el sarcasmo va de una sonrisa.

Odio que llena el corazón demente
y nunca en vano a traslucirse alcanza
que sólo salta a ennegrecer la frente
en el día sin sol de la venganza.

Día que entre las brumas del futuro
soñó surgir su espíritu sereno,
y al alcanzar su luz durmió seguro
y guardó su furor entre su seno.

¡Oh! y es aquella la funesta calma
con que ha lanzado en el festín sus ojos,
sin nada al parecer, que allí en su alma
alce la tempestad de sus enojos.

VII

Miraba sin cesar, pero caído
en la enajenación del pensamiento,
como reconcentrado y absorbido
en fijo y doloroso sentimiento.

Vibración de su alma que no era
el sofocado encono de la envidia,
ni el goce inquieto de intención rastrera
que adelanta impaciente la perfidia.

Ni el desconsuelo del dolor presente
que en la impotencia su desquite alcanza,
y a tiro fijo de la mano siente
la codiciada presa de venganza.

No, ni al palacio fué de los señores
aquella noche del festín, buscando
despertar en su pecho sus rencores,
que estaba entre ellos su dolor llorando.

No; la crueldad del corazón ajeno
y el golpe de su propia desventura,
dejaron sin romper entre su seno
una fibra sensible a la ternura.

Fibra que el alma en la impiedad sofrena
y con el mundo a reanudarla alcanza,
mientras que en el infierno de la pena
vive aún sollozando la esperanza.

Fuerza que hasta el palacio aborrecido
su pisada soberbia conducía
y presa allí de afán desconocido
toda el alma en sus ojos recogía.

Toda, para buscar con su mirada
el bien soñado de su mente loca,
la realidad de su ilusión dorada
que halló en la hija del altivo Roca.

¡Oh! y al verla cruzar se ha estremecido
como un cristal al retumbar del trueno,
y helado el corazón y suspendido
siente desfallecer entre su seno.

Rápido y nebuloso torbellino
como el embate de encontrados vientos,

con salvaje vigor y en remolino
arranca de tropel sus sentimientos:

el concentrado amor que para ella
creció en las horas de pesar, en calma,
último resplandor con que su estrella,
mantenía un crepúsculo en su alma;

el odio mudo del furor oculto
que la presencia redoblar hacía
de aquellos que al desprecio y al insulto
encadenaron su existencia un día;

la fija y melancólica amargura
del que vencido en el dolor se siente
y en toda su extensión su desventura
ya en su conciencia sondeó la mente;

la angustia, en fin, del que en su propio pecho
sobra de alma y corazón encierra,
y siente su derecho, y su derecho
desconocido ve sobre la tierra;

y aunque entre hombres como él se halla,
se mira por los hombres arrojado,
y a la maldita esfera del canalla
por su orgullosa voluntad lanzado;

y él que heredó en su pampa un mundo entero
se encuentra sobre el mundo sin guarida,
que es en su misma patria un extranjero
y de extranjero rey sierva es su vida;

y mira en los festines de un magnate,
compartiendo su encanto y su ventura
¡oh! también la mujer para quien late
su corazón con íntima dulzura;

¡ay! aquella mujer, en los rigores
y en el destierro del dolor amada,
y que lejos de él, a los señores
dirige sonriendo su mirada:

que ella quizá también bajo aquel traje
con que en un día le encontró a su paso,
en él tan sólo sospechó un salvaje,
si su mirada en él detuvo acaso;

y ve que aun cuando imaginó sufrido
del último pesar el golpe recio,
faltaba por sufrir, y ve caído
¡ay! el golpe también de su desprecio.

Así su alma entonces sacudía
el choque de encontrados sentimientos

y en espirales ráfagas sentía
vagar sus agitados pensamientos.

Así de su ansiedad la fuerza ruda
de golpe al corazón y a un tiempo lanza
el odio y el amor, la fe y la duda,
la desesperación y la esperanza.

VIII

El, a la sombra del pilar esquiva
la luz de los brillantes reverberos;
del alba aún la claridad furtiva
no apaga el resplandor de los luceros.

¿Qué luz entonces al cruzar refleja
tan honda palidez sobre su frente?
no es luz, que es sangre que su rostro deja
cayendo al corazón como un torrente.

Relámpago fatal del sentimiento
con que rompe el furor dentro del alma;
y alumbra como hoguera el pensamiento,
así formado con salvaje calma:

"Los que se llaman reyes y señores
mi raza condenaron al dolor,

para pasto, al nacer, de sus furores
también caí sobre la tierra yo.

''Como si un monstruo maldecido fuera,
me acosan y desprecian sin piedad;
no tengo más guarida que la fiera
que perseguida por los perros va.

''La última esperanza de mi vida
estaba en el amor de una mujer,
¡oh! pero en esta hora maldecida
me la arrebatan sin piedad también.

''Porque a mirar mi raza la enseñaron
como un objeto pavoroso y vil;
sus ojos al mirarme se apartaron
y desprecio también encontré allí.

''¡Basta! si un Dios se esconde tras del cielo
también desde el nacer me abandonó;
si no hay más Dios que el hombre, sobre el suelo
mi Dios yo mismo y mi justicia soy.

''Para sembrar la muerte y la venganza
en medio del estruendo del festín,
¡oh! si el puñal de Lázaro no alcanza,
de sobra a su alrededor hará blandir.

''Los que comparten mis amargas penas
y sufren la vergüenza y el dolor,
como trahilla de salvajes hienas
caigan sobre el palacio del señor''.

Y él se destaca del pilar sombrío
como un fantasma de la noche, ausente,
y con pasmosa agilidad y brío
salta sobre su potro febriciente.

Un instante no más y en el desierto
como un meteoro romperá en su huída,
pero un hombre hasta él, con paso cierto
avanza y toma a su corcel la brida.

¡Atrás el insensato!... Mas ya siente
la punta del puñal en su garganta,
y antes que el golpe amenazado asiente
su voz con una súplica adelanta.

—''No hieras, Lázaro; para,
que el tenerte no es agravio;
las palabras de mi labio
palabras amigas son;
siervo soy del noble Roca,
¡oh! no desprecies mi ruego,
que aunque le invoco, no llego
en nombre de mi señor.

''La súplica que me guía
hasta cruzarme en tu senda,
no hay alma que no la entienda
porque voz de un ángel es;
cede, que no hay ser humano
para quien su amor no sobre,
para el rico, para el pobre,
para el siervo y para el rey.

''Para cumplir su deseo
no es mucho si a ti me avanzo.
con él al infierno alcanzo
sin fatiga ni temor,
que aquel ángel bendecido
que el labio sonriendo invoca
sólo es la hija de Roca,
el magnífico señor.

''Plácela tu voz serena,
cuando en la noche de calma
los pesares de tu alma,
con trovas llorando vas;
al través de los señores
sus tristes ojos te hallaron
y sus labios me mandaron
la súplica a ti llevar.

"Antes que a la luz del día
cese el festín del contento,
en él se escuche el acento
del sombrío trovador,
ven al palacio de Roca
donde resuene tu canto,
que ojos hay que amigo llanto
derramen por tu dolor".

IX

Lázaro oye esta voz: enmudecido
abandona la brida del corcel
y en insondable reflexión caído
del paje sigue el presuroso pie.

Como que le impulsara parecía
fuerza de incontrastable voluntad,
y el rastro como máquina seguía,
tan olvidado de sí mismo ya.

Y va tras él sin descubrir la frente
al centro del magnífico salón:
preludia la guitarra tristemente
y al pecho arranca la inspirada voz.

Trova

“El hondo pesar que siento
y ya el alma me desgarra,
solloza en esta guitarra
y está llorando en mi acento:
como es mi propio tormento
fuente de mi inspiración,
cada pie de la canción
lleva del alma un pedazo,
y en cada nota que enlazo
se me arranca el corazón.

”Te vi, y aunque no sentiste,
en mi soledad te amé
con esa profunda fè
que hay sólo en un alma triste:
tú en un palacio naciste,
yo en un desierto nací
y aunque en el alma sentí
fuerzas para alzarme al cielo,
el hombre cortó mi vuelo
y hasta el infierno caí.

”La estrella de mi destino
—no importa—un rayo lanzaba
que a disipar alcanzaba

las brumas de mi camino:
ya ese rayo mortecino
para siempre se apagó
y sólo a alumbrar sirvió
esta eterna noche impía
cuando, en tu alma, la mía
también el desprecio halló.

''Como fiera perseguida
piso una senda de abrojos,
sin sueño para mis ojos
ni venda para mi herida,
sin descanso ni guarida
ni esperanza ni piedad,
y en fúnebre soledad
a mi dolor amarrado
voy a la muerte arrastrado
por mi propia tempestad.

''El cielo me ha maldecido,
el mundo me ha despreciado;
¿dónde, sin verme acosado,
sentaré el pie dolorido?...
No hay recuerdo, no hay olvido
para engañar mi aflicción,
sólo hay desesperación
para mí en el mundo ajeno.....

yo mismo huyo de horror lleno,
de mi propio corazón''.

X

Con un sollozo terminó su canto
y soltó la guitarra estremecida,
alzó la frente de pesar rendida
y el primer paso describió su pie:
¿por qué al partir inmóvil se detiene?
nadie opone a su marcha sus enojos
y aunque todos en él fijan los ojos
nadie su voz ha dirigido a él.

¿Nadie?... cual si la fuerza la atrajese
de aquella honda y fúnebre mirada,
una mujer con trémula pisada
se dirige hasta allí, donde él está:
lleva una flor que levantó del suelo
oprimida en la mano temblorosa,
y en el pecho de Lázaro la posa
con sencilla y serena majestad.

Y ella, la hija del altivo Roca,
la inocente y angélica Dolores,
se alza de entre la rueda de señores
y habla así al misterioso payador:

"Toma; guarda esta flor que de mi seno
cayó con una gota de mi llanto,
cuando el sollozo en que expiró tu canto
mi alma conmovida estremeció".

Y él guardó aquella flor; todos, sus labios
también entonces agitarse vieron,
pero si con palabras se movieron
ella sola no más las pudo oir:
honda, honda mirada en la mirada
dejó caer de la mujer querida,
y sin bajar la frente a su partida
como una sombra se perdió de allí.

XI

Y corta los inmensos corredores
sin mostrar cortesía ni cautela,
que ni aun por respeto a los señores
empina la rodaja de la espuela.

Nadie tampoco recordarle osa
que pisa en el palacio de un señor,
le abre calle la turba silenciosa
y murmura de él cuando pasó.

Villano y pusilánime murmullo
que no alcanza volar hasta su oído;

pero no es desprecio ni es orgullo
lo que imprime a su marcha su descuido.

No, que aquel porte de sombría calma
sólo el olvido de los otros es,
sólo el recogimiento de su alma
que arrastra como máquina su pie.

Y salta en el caballo inteligente
que modera el afán de su partida
porque sus flancos oprimir no siente
ni levantar la abandonada brida.

Así, como tocado de idiotismo,
Lázaro inmóvil sin guiarle va,
y lanzado del alma en el abismo
que pisa el mundo se olvidó quizás.

Y entre la opaca niebla que el incierto
calor levanta del naciente día,
se interna a la ventura en el desierto
donde el capricho del corcel le guía.

XII

Los que jamás lloraron
flores del corazón que se cayeron;

los que no maldijeron
que aunque sobre la tierra se encontraron
con alma sólo de reptil nacieron,
al través de la yerta
bruma que te rodea en el camino,
no seguirán tu rastro, peregrino
de la pampa desierta.
Su mirada no avanza
al fondo de tu alma combatida,
y al verla como pasto repartida
entre el amor y el odio,
la desesperación y la esperanza,
fantasma de mi sueño te creyeron
mal trazada y deforme
y de mi sueño informe
con sarcástica burla se rieron.
Ellos, que sólo tienen
la cavidad de un cántaro en el alma
ni más fuego contienen
que el fuego que da un fósforo encendido:
ellos que en paz y calma
su dicha y su dolor tienen medido
y con prolijidad y simetría
llorando o sonriendo los embocan
como en nichos separan y colocan
sus efectos de tienda o mercería;

ellos que solamente se conmueven
por quiebras o asonadas,
por los tiempos que secan o que llueven
o por modas salidas o dejadas,
ellos, jamás, en fin, del alma ajena
la tempestad mugiendo imaginaron,
porque a su propio corazón le hallaron
con válvula serena
en su más honda angustia que soñaron.
No puede junto concebir su mente
el caos de encontradas sensaciones,
ese sordo torrente
que en confusión revienta
con ola turbulenta
que arrastra en su camino las pasiones:
no llega su mirada
al abismo profundo
de tu alma educada
en esa reflexión de la amargura,
cáncer que en ella el sentimiento apura
y abre fondo en su seno para un mundo.

No alcanza a reflejar el sentimiento
lo que a sentir no alcanza:
la vorágine loca
que estrelló el corazón y el sentimiento
cuando inmóvil y mudo

contra el pilar desnudo
te amarró la ansiedad como a una roca,
sólo se ve sentida:
¡ay! entonces se sabe
que así como en el cielo
rompen las tempestades de la vida;
que el fúnebre rayo que las hiende
y todo a la vez y en confusión desciende
sombra y luz, fuego y hielo.
Sí, también con ellas
que descargan la nube de que nacen
en lluvias o en centellas,
en lágrimas o en sangre se deshacen;
después, el alma se refugia al seno
rugiendo o sollozando,
como el último trueno
que con sordo bramido
se aleja estremecido
en majestuosa postración rodando.
Así también partiste
del palacio brillante;
y entre la bruma densa
tu sombra muda, pavorosa y triste
llevando sigues por la pampa inmensa.
¡Oh! ¿por qué aún sobre tu frente oscura
la desesperación medita en calma?

¿por qué va en tu camino
siempre aquel abandono del destino?
¿por qué siempre el dolor dentro del alma?
Cuando, por fin, la suerte
la única ambición cumplir figura,
¿con esa honda postración inerte
responde el corazón a la ventura?

¿Qué hay entonce en tu seno
que a penetrar la reflexión no alcanza?
¿qué sonda de veneno
en tu maldito corazón se abisma
si la esperanza misma
cuando ha tocado en él no es ya esperanza?
Feliz quien no se avanza
a ese infierno del alma que no ignoro:
yo sé que puede compendiar la vida
su único tesoro
en el amor de la mujer querida;
sé que en sus ojos puede,
como a la luz del sol brilla la estrella,
derramarse el amor que al amor cede;
sé que los labios de ella
pueden llevar también hasta el oído
con su más dulce acento
la palabra de amor correspondido,
sin que el demonio cruel del sufrimiento

beba en su voz la calma,
sin que ese amor que la esperanza encierra
del cielo y de la tierra,
consuele el corazón y arrulle el alma;
¡el alma! el alma triste
que a tocar en la suya se desvía
volviendo a su infernal misantropía,
porque al tocarla alcanza
que mientras más amor la acerca a ella
¡ay! más se hunde su apagada estrella
y más se desvanece su esperanza.

En la vida, en la muerte,
tu primer ambición, tu último anhelo,
fué el bien que al fin te concedió la suerte
un pedazo de cielo;
cielo que fueron sus celestes ojos
donde la luz del sol el alma era;
por camino de abrojos
su ambiente virgen a aspirar llegaste,
y cuando hasta el ocaso del futuro
has mirado en su esfera,
el punto más oscuro
de la vida y la muerte allí encontraste.
¿En sus ojos?... ¡Mentira!
esta noche sin fin que el alma encierra
y a su sombra convierte

cuanto da resplandores,
está sólo en los ojos del que mira.
Crecen sobre la tierra,
sin remedio también, como la muerte,
pesares y dolores.

CANTO SEGUNDO

I

Es la mujer un querubín del cielo
en la aureola del amor caída,
para abrir en el páramo del suelo
el germen misterioso de la vida:
ángel de caridad y de consuelo,
de abnegación sublime poseída
va junto al lecho del mortal velando,
la vida hasta la muerte acariciando.

¡Oh! ¡qué sensible y dolorosa herida
curar no puede su piadosa mano,
qué pena el alma llevará escondida
que no consuele su fervor cristiano,
a qué ser, a qué idea engrandecida
no abre su noble corazón humano;
ni qué felicidad o desventura
no halla una bendición en su alma pura!

¡Una mujer! Tesoro inestimable
que el mundo ingrato a valorar no alcanza,
manantial de cariño inagotable,
de piedad, de nobleza y de confianza:
ella, sobre la tierra deleznable
es misterioso faro de esperanza
que con suave resplandor divino
de otro mundo mejor muestra el camino.

Ella no da en su espíritu guarida
a la sed de la gloria y la fortuna,
esas dos solas rutas de la vida
que no deja de hollar planta ninguna:
ella, si una corona suspendida
soñó bajo los rayos de la luna,
y la alzó al despertar, fué solamente
para adornar la sien de ajena frente.

Ella desvía la inocente planta
del huracán frenético del mundo,
de donde al hombre mísero no espanta
de las pasiones el aspecto inmundo;
donde puñal contra puñal levanta
él; y sobre el hermano moribundo
alza entre sangre, lágrimas y escoria
el sacrílego canto de victoria.

Ella desde los mágicos fulgores
del alba del Edén perdida y bella,
del nacer al morir riega con flores
de la cansada humanidad la huella;
y en cambio ¡ay! cadenas y dolores
el mundo nada más le guardó a ella,
sin quebrantar su fe, su fe que gime
en silenciosa abnegación sublime.

Ella corriendo el mundo zona a zona,
eterno campo de batalla horrenda
al rastro de la muerte se abandona
donde el rugido del dolor se entienda:
la alzada frente al vencedor corona,
la hundida frente del vencido venda,
que se basta en su amor desconocido,
ángel del vencedor y del vencido.

Ella en el alma del poeta canta,
del artista en el alma y del guerrero,
y del sabio el espíritu levanta
y el brazo del humilde jornalero;
del niño el primer sol riendo encanta
y encanta del anciano el sol postrero,
porque del cielo para amar caída
es el ángel de guarda de la vida.

La pureza, la paz y el sentimiento
velan entre su alma candorosa
y allí del mundo el corrompido aliento
desvanecen con ala presurosa;
y ella en su manso, íntimo aislamiento
se expande en otra vida silenciosa,
vida de amor eterno y bendecido
que es un reflejo del Edén perdido.

¡Una mujer!... Feliz el que en la vida
el alma de ella a comprender alcanza
y sabe abrir la senda florecida
que al cielo extraño de su mundo avanza;
cielo de beatitud desconocida
donde por fin reposa la esperanza,
arrullada en la gloria del presente
sin que otro cielo tramontar intente.

II

Ella, la melancólica Dolores,
aunque hija también del castellano,
miraba con pesar, de los señores
la bárbara crueldad para el paisano;
ella no compartía sus rencores
y llamaba al indígena su hermano,

que era como su madre ya perdida
bajo el cielo de América nacida.

En ellos, por el suyo, comprendía
su inmenso corazón triste y callado,
y en ellos, seres su piedad veía
indignos de aquel yugo tan pesado;
ni humillación ni honores exigía,
y el cariño en su senda derramado
la dió por fruto, donde fué su planta,
nombre y veneración y amor de santa.

Ella, cuando en la tarde silenciosa
la tierra de sus flores refrescaba
y allí como indecisa mariposa
en medio de los árboles vagaba,
¡ay! en aquella esfera misteriosa
extraño afán indefinible hallaba
que a un tiempo mismo al corazón le era
ráfaga dolorida y placentera.

Ella no era feliz, pero sentía
una extraña orfandad dentro del alma,
un punto sólo allí donde no había
la dicha entrado a conmover la calma:
última hoja desmayada y fría
de floreciente y olorosa palma

donde el rocío que la noche riega
por entre el seno capilar no llega.

Cruzar veía por el aire en tanto
sombras de fugitivos resplandores,
que remedaban en secreto canto
las palabras de amor de los señores;
y allí en suave, enternecido encanto
arrobando su espíritu Dolores
dormía y sollozaba y despertaba,
que árido aquel amor y frío hallaba.

Era el perfume del amor sereno
con que en íntima calma placentera
abre la flor que nace dentro el seno
con la lozana juventud primera;
intenso aroma de armonía lleno
que en torno al corazón forma su esfera
engendrando en su mundo enternecido
inquieto afán de amor desconocido.

Inmenso amor cuyo ideal hermoso
a mostrar en sí misma no alcanzaba
la palabra de amor del poderoso
que en medio de las fiestas resonaba;
su corazón altivo y vanidoso
lleno tan sólo del orgullo hallaba

y volviendo a su seno entristecida
soñaba el alma su ilusión perdida.

Así una vez cuando en la tarde bella
vagaba triste en su jardín florido,
sintió al extremo mismo de la huella
como el rayar de un potro suspendido:
volvió los ojos y en los ojos de ella
íntimo, concentrado y recogido
sintió cubriendo el tinte de sonrojos,
el rayo descansar de ajenos ojos.

¡Lázaro el payador!... Solo y callado
sin desmontarse del corcel ardiente,
un momento fatal allí clavado
la contemplaba así profundamente;
luego, como rendido y desmayado
inclinó al pecho la pesada frente,
con mustio brazo circuló la rienda
y se perdió por fin entre la senda.

¡Lázaro el payador!... Nadie aquel nombre
escuchó sin sorpresa en la campaña,
nadie miró el aspecto de aquel hombre
sin recogerse en impresión extraña;
que aunque jamás dió vuelo a su renombre
la relación de ensangrentada hazaña,

algo en él de terrible se escondía
que el corazón estremecer hacía.

Y ella, ni estremecida ni aterrada
en calma allí permaneció serena,
porque leyó en su fúnebre mirada
la historia sólo de escondida pena;
pena que hasta su alma inmaculada
y abierta siempre a la desdicha ajena,
llegó tocando de piedad la fibra
que al tono del dolor acorde vibra.

Y siguió con sus ojos impaciente
al gaucho aquel que a contemplarla vino,
deseando en su espíritu inocente
que se doblase el tramo del camino:
placíale el salvaje continente
del fúnebre viajero vespertino
y al corazón por él brotar sentía
íntima y deliciosa simpatía.

Y tarde a tarde a su jardín bajaba,
que tarde a tarde Lázaro caía,
del fondo del desierto se avanzaba
y al fin de la arboleda se perdía;
siempre tan hondamente la miraba,
siempre ella con sus ojos le seguía

brindando en ellos su inocente anhelo
o bálsamo de amor o de consuelo.

Así nació en su espíritu inocente
del alma juventud el amor puro,
amor que halla de su afán la fuente
en misterioso vértigo inseguro;
amor que recogido en el presente,
no llora ni sonríe en el futuro
y en concéntrica ráfaga camina
al resplandor de su ilusión divina.

Un día, en fin, que el castellano impío
con ella en los jardines paseaba
y vió cruzar por entre el soto umbrío
el gaucho payador que se alejaba,
rugó la frente con desdén sombrío
y marcando la huella que llevaba
clamó, como estallando en sus furores.
vuelto a los aterrados servidores:

—"¡Oh! si el gaucho otra vez, si el insolente
asoma del castillo al horizonte,
sin que descubra como vil la frente,
sin que como villano se desmonte,
soltadle la trahilla más valiente
que devora las fieras en el monte,

o juro ¡vive Dios! que yo a vosotros
mando que se os amarre en cuatro potros".

Y ella se estremeció; que aquel acento
cayendo sobre el alma comprimida,
trajo por vez primera al pensamiento
el espantoso cuadro de la vida,
y aterrada en su propio sentimiento
siguió su vuelo y se encontró perdida
en el abismo lóbrego y profundo
que entre Lázaro y ella cavó el mundo.

Y como entonces el dolor primero
que arrancó la ilusión a la inocente,
un rayo fué de luz, que en su reguero
transparentó de Lázaro la frente:
como al íntimo rastro pasajero
leyó en aquel espíritu demente
el insondable infierno que el destino
llevó en su maldición al peregrino.

¡Oh! ¡tarde ya!... La voz del castellano
marchitar ha podido la esperanza,
pero del melancólico paisano
el corazón a envilecer no avanza:
¡tarde!... que si el orgullo del tirano
en él un gaucho, nada más alcanza,

los ojos del amor, los ojos de ella,
alma le hallaron misteriosa y bella.

Y escondiendo en la suya estremecida
aquel primer amor desventurado,
íntimo compañero de la vida
que habita el corazón desesperado,
levantó en la memoria enternecida
ese mundo sin sol del desgraciado
donde si el alma en él ya nada espera,
¡ay! al menos por fin no desespera.

III

Ha destellado el sol su nuevo día
tras de la noche de la fiesta loca,
y el rayo de su luz más suave envía
porque su disco en el ocaso toca:
cesó el vaivén de insólita alegría
en el palacio del soberbio Roca,
y ya de la faena de costumbre
descansa la rendida servidumbre.

El lastimero toque de oraciones
ya cesa en la capilla tramontana
y del golpe postrer las vibraciones
extiende lentamente la campana;

todos alzan a Dios sus corazones
rogando por el día de mañana
y su descanso cada cual y asilo
busca en el seno del hogar tranquilo.

Tan sólo una mujer paseando queda
el parque del castillo silencioso
cuando en el corazón de la arboleda
ya el ave misma se buscó reposo;
ella va descendiendo en la alameda
con paso distraído y cadencioso,
hasta un banco de céspedes camina
y en él como cansada se reclina.

Mujer de leve y mística belleza,
extraña adoración secreta infunde,
que un rayo de misterio y de tristeza
como aureola a su alredor difunde;
tipo de aérea y virginal pureza
que entre el ángel y el niño se confunde
y de su suave atmósfera irradía
aroma y esplendor y melodía.

En la luz de su límpida mirada
se desborda su espíritu inocente,
y el calor del jazmín en la alborada
difunde a la mejilla transparente:

ondas la fresca boca enacarada
al respirar levanta sonriente
que en la blonda raíz de su cabello
despejan, al morir, su rostro bello.

Tan pura, tan sencilla, tan ligera,
de su blanco ropaje entre la nube,
parece el rayo de la luz primera
que por la franja de los cielos sube;
paloma que se anida en la pradera,
risueño y melancólico querube
que busca con los ojos desde el suelo
rumbo feliz para tender su vuelo.

La tímida y despierta mariposa
que liba el cáliz de la flor más bella,
no se mueve del pétalo en que posa
cuando a regar la flor se acerca ella;
y el ave que en la selva silenciosa
canta sobre la rama de la huella,
tampoco calla el comenzado trino
si es ella quien asoma en el camino.

¡Oh, qué invisible talismán abriga
que tan sincero amor tras sí levanta!
no hay labio que su nombre no bendiga
de bien prendado y de belleza tanta:

llámanla el rico y el señor amiga,
santa los pobres y los siervos santa,
porque igual a su angélica hermosura
es la piedad, el alma y la ternura.

Huye la ostentación de los festines,
que en medio del estruendo se atortola,
y halla mejor que el mundo sus jardines
cuando alza o cae el sol tras su aureola:
allí de la alameda en los confines
vagando entonces pensativa y sola
como una flor también, entre las flores
vive la melancólica Dolores.

Y cuando llega allí de la capilla
el toque triste de oración diaria,
también dobla en el musgo la rodilla
y alza a su Dios su íntima plegaria;
y antes que apague el sol su luz que brilla
tras la vecina loma solitaria,
deja el jardín y en el palacio hermoso
vuelve a la sociedad del poderoso.

Hoy ya en la tarde refrescó sus flores,
ya dijo su oración arrodillada,
y aunque la sociedad de los señores
espera en el vestíbulo su entrada,

ella, la hermosa y cándida Dolores,
en su banco de césped reclinada
del palacio y los huéspedes no cuida
en misteriosa reflexión caída.

Nunca aquella expresión de desconsuelo
cual hoy a contraer su frente vino,
ni esa intuición de inevitable duelo
ha alzado así su seno peregrino;
nunca sus ojos con tan vivo anhelo
fijó en el horizonte del camino
como el que ansía y teme cuando espera
cumplir la realidad de su quimera.

¡Rara esperanza es!... la senda aquella
conduce solamente a campo abierto,
y aunque a otra huella va, también la huella
arranca desde el fondo del desierto;
un solo ser no más cruza por ella
cuando declina el sol su rayo incierto
y el astro vespertino de topacio
cuelga sobre las cruces del palacio.

Si. *El* es el esperado, la esperanza
cumpla el inquieto afán del desvarío
porque la vista a distinguir alcanza
que asoma lentamente en el vacío;

es él, es él, que como siempre avanza
callado, melancólico y sombrío,
la barba sobre el seno recogida
y abandonada del corcel la brida.

El es... que de su lóbrega mirada
ha visto el rayo que adelanta el trueno,
alma terrible en el dolor probada
y ungida en el bautismo del veneno;
él es, porque a su aspecto impresionada
el alma se comprime dentro el seno
sintiendo a su pesar que él deja en ella
rastros más indelebles que en su huella.

¡El es!... que sólo él a hollar se atreve
los campos del palacio a su albedrío
sin temer la amenaza de la plebe
ni del amo el furor nunca tardío;
y allí donde la brisa no se mueve
sin voluntad del castellano impío,
él sin bajarse ni humillar la frente
pisa como en su hogar, tranquilamente.

¡Extraña realidad! Desde que asoma
no levantó la espuela ni la rienda,
y ya que entienda misterioso idioma
o que infalibles prácticas entienda

y aunque dos calles hay, el potro toma
del banco de los céspedes la senda
y relincha al llegar, como advertido
de un punto de reposo conocido.

Sí, porque tarde a tarde en su camino
se desmonta allí mismo el caballero
y sobre el tronco del ombú vecino
correr deja el crepúsculo postrero;
luego, cual descansado peregrino,
torna a seguir en calma su sendero
y hasta llegar al punto más distante
volviendo muchas veces el semblante. .

Hoy no hay reposo allí, que el potro siente
que a animarle la espuela se prepara
cuando allí como ayer pausadamente
bajo la sombra del ombú se para;
y antes que toque de la espuela el diente
veloz en su abandono se repara
y dejando la yerba que mordía
busca de nuevo la tortuosa vía.

¿Y mira y pasa él? ¡Ah, no! que siente
que en vano al corazón mandar intenta;
le llama esa mirada que doliente
al través de una lágrima revienta:

¡atrás!... él vuelve la sombría frente
y el pie de golpe sobre el musgo asienta,
que a desatar un lazo de esperanza
la desesperación tan sólo alcanza.

Y arrancando del alma estremecida
la entrecortada voz del sentimiento,
al alma en fin de la mujer querida
el abismo enseñó del pensamiento;
cuadro desesperante de la vida
que en el oído compendió su acento
cual náufrago infeliz que llora y cuenta
la pasada ansiedad de la tormenta.

IV

"Juré, Dolores, callando
morir sólo con la pena
que me va como gangrena
toda el alma devorando;
hoy llorando... sí, llorando,
crucé a verte en la oración
para cumplir la intención
más fija del pensamiento,
pero al fin el sufrimiento
estalla en el corazón.

''Ya ves; me tengo en tu huella;
toda el alma te debía;
tómala, no es culpa mía
si hay sólo veneno en ella:
tan oscura fué mi estrella
que para privar tu aprecio
paga, como el mundo, a precio
de lágrimas tu favor,
pero yo tengo valor
para sufrir tu desprecio.

''Sé que callando y muriendo
pude aliviarte un pesar
que a veces suelen llevar
las horas que van huyendo,
y al menos, hoy que estoy viendo
que ya todo lo he perdido,
así no hubieras sufrido,
no hubieras llorado así,
y quedaban para mí
el desprecio y el olvido...

''Pero era entonces preciso
que yo no te hubiese amado,
ya que un ser tan desgraciado
el mundo volverme quiso;
la gloria del paraíso

es infierno envilecida,
y el amor que hace en la vida
de un hombre un ser sobrehumano,
no alcanza a hacerle un villano
ante la mujer querida.

"Esto está escrito en mi frente;
mira, no sé quién lo ha escrito,
pero aquí dice "maldito"
aunque soy sólo inocente:
lo lee todo ser viviente
y huye con horror de mí:
yo también, y conocí
en mi reflexión primera
que fuí poco para fiera
o mucho para hombre fuí.

"Mi corazón arrojado
de toda honorable senda,
a la orfandad más horrenda
se encuentra al fin condenado:
yo mismo me he despreciado,
tan despreciado me hallé
y a mi corazón bajé
con el odio más impío
para llenar el vacío
que en toda mi alma encontré.

"En fin, hasta la esperanza
de salvación me quitaron,
que el camino me cerraron
del bien, que hasta el cielo avanza;
el alma a explicar no alcanza
tan implacable crueldad
y sólo la realidad
del desprecio y los rencores,
me han enseñado, Dolores,
que es una horrible verdad.

"Tiene el hombre todo un mundo,
tiene la fiera el desierto,
tiene el ave el cielo abierto,
tiene el pez el mar profundo;
y Lázaro el vagabundo,
como una fiera acosada,
no halla sólo en su jornada
un seno amigo, un hogar
donde poder reposar
la frente desesperada.

"Gaucho el mundo me ha nombrado
y me arranca de su seno
como planta de veneno
que mata al que la ha pisado;
canalla, en fin, me ha llamado

con toda su indignación,
y en toda la creación
con mi angustia y con mi vida
no tengo ya más cabida
que mi propio corazón.

"Sólo de común me aferra
entre los seres humanos,
el hambre de los gusanos
que han de comerme en la tierra;
nada que encanta o aterra
penetra a la soledad
de la sombría orfandad
donde mi dolor profundo
ha levantado su mundo
fuera de la humanidad.

"Con un grito de venganza
mil gauchos levantaría
y al Señor hundir podría
entre el fuego y la matanza,
pero en mi labio se avanza
y se cambia en maldición;
que en la horrenda confusión
de oprimidos y opresores,
veo hombres, no más, Dolores,
que me han roto el corazón.

"¿Por qué tu alma se llegó a la mía
si cuanto toco lo envenено yo?
nada más que tu amor me sonreía,
ya todo lo he perdido con tu amor...

"Sí, lo he perdido... Lázaro el salvaje
no puede amarte sin vergüenza tuya,
y es mucha la barrera del linaje
para que un pobre gaucho la destruya.

"Y aunque tu amor tan valeroso fuera
que te arrojaras a seguir mi pie,
¿dónde ha de reposar, que no siguiera
de los señores el furor tras él!

"Guarda entonces tu alma de dolores
que llega acaso a comprender apenas;
sólo puede domar sus sinsabores
quien como yo se arrastra entre cadenas.

"Guarda ese amor que brinda tu mirada
a ocultas, como goce de ladrón;
para absorber mi alma concentrada
el amor de un esclavo es poco amor.

"No; yo tengo en el fondo de mi alma
un mundo de ventura recogido,

mundo aparte del mundo, en honda calma,
que es un compendio del Edén perdido.

"Mundo de inmensa dicha que no cabe
en la tumba sin luz de una prisión,
cielo cuyo camino sólo sabe
quien nace con un alma como yo.

"Mundo que no es la esfera vagarosa
donde se arroba el niño enamorado,
es el último tramo en que reposa
el corazón de un hombre que ha llorado.

"De un hombre maldecido que a la tierra
ni un lazo tiene que le junte ya,
y tierra y cielo sobre el mundo encierra
en las cuatro paredes del hogar.

"¡Ay! pero aquel hogar caído en ruina
encuentra hoy del hombre a la pisada,
cuando a su puerta el infeliz camina
guiando a la mujer idolatrada.

"Era el último albergue de esperanza
donde llevaba a descansar su pie
y allí también le sigue la venganza;
Dios lo ha querido así: ¡cómo ha de ser!

"No puedo hacer mi dicha ni la ajena,
tan implacable fué mi maldición,
y para último colmo de mi pena
soy el demonio en fin de tu dolor.

"¡Adiós! pero perdona al gaucho rudo
que no pudo a tus ojos ser un vil,
y porque más que un hombre ser no pudo
para romper su espíritu y morir.

"¡Adiós!... con la fortuna y los amores
te sonríe en la tierra la esperanza;
tú puedes ser feliz, tú sí, Dolores,
la maldición del mundo no te alcanza.

"¡Adiós!... yo sé la historia de la vida,
yo sé medir la fuerza del pesar;
para cerrar los labios de tu herida
bálsamo el tiempo y el olvido dan.

"Solo yo seguiré, que sola puede
el alma con su inmensa pesadumbre;
ni cede al llanto, ni a la furia cede:
el hombre hasta el dolor hace costumbre.

"¡Todo es lo mismo!—siento que al perderte
me ha vencido el dolor al idiotismo—

sí, la vida, Dolores, y la muerte,
la dicha y el pesar... ¡todo es lo mismo!

"¡Basta!... ya sabes lo que en mi alma había,
Dolores, deja que te diga adiós;
¿por qué tu alma se llegó a la mía
si cuanto toco lo enveneno yo!"

V

Ella escuchaba, la infeliz, llorando,
escuchaba hasta el fin ¡pobre Dolores!
y sufriendo y callando
iba al seno inclinando
la atormentada frente sin colores.

Cargada de pesar y estremecida
con el sollozo que en su pecho ahogaba,
al fondo de la vida
el alma recogida
en el dolor inmenso se abismaba.

No podía en su espíritu inocente
con el ajeno y propio sufrimiento,
y con la palma ardiente
oprimía la frente
como para tener el pensamiento.

En insensato vértigo aturdido
giraba el corazón con tanta pena,
y sentía al oído
el rasgado estallido
con que la arteria reventada suena.

Y a él los ojos inmóviles alzaba
como ignorando allí que le veía;
mirándole callaba
y lloraba, lloraba
caída en su fatal melancolía.

Sólo cuando ya Lázaro rompiendo
con el último adiós pisó la huella,
de su dolor volviendo
tristemente siguiendo
hasta cruzar su marcha se alzó ella.

Pero aquella ansiedad que en la partida
trae la desolación del sufrimiento,
ahogó la voz sentida
y en el alma afligida
turbó la inspiración del pensamiento.

Y allí sin voz, sin fuerza ni albedrío,
con el renuevo del dolor postrada,
tendió el brazo tardío

buscando en el vacío
donde ayudar su trémula pisada.

Giró dos pasos y en sus pies perdida
se postró sobre el césped de su asiento,
esa eterna partida
mirando así, caída
en el más espantoso abatimiento.

Y él ha dicho su adiós, su adiós postrero
y marcha abandonado a su destino:
¿marcha?... no, que al sendero
salta el Roca altanero
con su turba de esclavos al camino.

Y con la voz que entre los labios traba
el creciente furor que el alma llena,
habló al gaucho que odiaba,
al que allí le esperaba
con planta firme y voluntad serena.

"¡Has dicho adiós!... tu corazón, villano,
da al mundo en ese adiós tu despedida;
¡oh! no le has dicho en vano,
ya estás bajo mi mano
y en el último instante de tu vida..

"Era mi hija, ¡miserable!... piensa
cuánto debe mi alma aborrecerte;
¡oh! mi cólera inmensa
tan vergonzosa ofensa
puede lavar apenas con tu muerte".

VI

Y Lázaro sonriendo
en su reposo salvaje,
iba del audaz ultraje
en calma el furor siguiendo.

Y cuando el noble cruel
cortó el insulto en el labio
hallando el último agravio
de mandar armas sobre él,

Lázaro, en toda su alma
su odio estallar sintió,
pero otra vez sonrió
volviendo a su extraña calma.

Y en Roca fijos sus ojos
de tenebrosa pupila,
respondió con voz tranquila,
sin temor y sin enojos:

"¿Me ves?... tu ultraje no alcanza
a despertar mi furor;
espero un día mejor
para cumplir mi venganza.

Que aunque sólo es justa en mí
la razón de este odio impío,
no sé qué fatal hastío
siento hoy en matarte a ti.

"Sí, más justa es en mi vida,
tú alcanzas esa razón,
y ¡basta! que al corazón
no quiero tocar mi herida.

"¡Mandas matarme! ¿Por qué,
si no es por aborrecerte?
¿por qué hizo en tu hija la suerte
la mujer a quien yo amé?

"Roca... de Dios hasta tí
en mí sólo hallé mi amo,
y libre aborrezco y amo
lo que amé o aborrecí.

"¡Esclavo yo!... ¿de qué grey?
si alguien lo de esclavo toca

es a ti mismo, a ti, Roca,
que eres esclavo del Rey.

"Yo soy sólo un hombre... sí,
un hombre igual a cualquiera
pero a un hombre que no fuera,
Roca, semejante a ti.

"Hombre como los que ignora
tu raza de orgullo necio,
porque ninguno hace aprecio
de joya que no atesora.

"No me alcanza tu razón;
soy el hombre americano
sin más Dios ni soberano
que su propio corazón.

"Guarda entonces tus furores
que ya sabes lo que sé;
amo a esa mujer que amé
aunque es tu hija Dolores.

"Guarda... no turbes la huella
que está abierta a mi camino;
repara que es el destino
quien me va guiando por ella.

"Que aunque sólo es justa en mí
la razón de este odio impío
y no sé qué extraño hastío
siento hoy en matarte a ti,

"y aunque hasta un día mejor
te guarda su odio el salvaje
adormeciendo el ultraje
la fe de estrago mayor,

"soy un hombre a otro hombre igual,
mi mano es pronta y segura
¿no ves?... y acá en la cintura,
va colgado mi puñal".

VII

¡A él!—gritó el Señor—¡al bandolero!
y atropellaron todos contra él;
pero el primero que llegó, el primero
fué que cayó de Lázaro a los pies.

Y rápido y sereno y atrevido
al medio mismo del tropel saltó,
entre la mano su puñal asido
y describiendo campo a su alrededor.

Y el poncho vuelca sobre el brazo fuerte
y quita y vuelve y se revuelve y da,
y en cada golpe de puñal, la muerte
lleva del que ha tocado su puñal.

Ya entre gritos y votos y gemidos
cuatro se azotan contra el suelo allí,
sin que los más serenos y atrevidos
le logren nunca con su arrojo herir.

Y él con vista y manejo y avisado
aunque mueve entre un círculo sus pies,
hace volcar el círculo de un lado
como para saltar en su corcel.

Y cerca ya, con tan tremendo brío
vuelve a esgrimir de nuevo en su furor,
que el diámetro fatal del aro impío
doble distancia del terreno abrió.

Pero el último golpe que triunfante
descarga por la ansiada libertad,
trae el conflicto del postrer instante
que vuelve al enemigo más audaz.

Y en él todos a una comprendiendo
que es muerte fija batallar así,

ya de súbito el círculo oprimiendo
juntos todos sobre él cargan por fin.

Y aunque en su propia sangre enrojecido
otro entre los cadáveres cayó,
él ya está sin puñal, débil y herido
y amarrado a un cordel como un ladrón.

Roca le vió vencido y jadeando
y cuando inerte le miró caer,
a su postrada hija abandonando
atropelló hasta Lázaro también.

También... y ante él con su furor se encara
¡oh! y a aquel hombre que postrado está
le cruza con su látigo la cara
que cubre honda palidez mortal.

VIII

¡Ah! ni el frenético acento
de marcada maldición
que traiciona el sufrimiento
cuando el último tormento
ha caído al corazón;

ni aquella seca mirada
que salta de la pupila

con el furor arrancada
sobre el aro destacada
del párpado color lila;

ni aquel sudor de la frente
ni la palidez mortal
de ese rostro maldiciente
que cruzó tan hondamente
aquel látigo brutal;

ni de aquel seno crispado
la trémula ondulación
que ahoga al desesperado
porque helada se ha agolpado
la sangre en el corazón;

ni el sombrío abatimiento
con que cae el que es vencido
con doble aborrecimiento
por ser al golpe violento
del que vence aborrecido;

nada en fin de cuanto puede
mostrar que en el alma ajena
la vida a la muerte cede
con un martirio que excede
la medida de la pena;

nada a los ojos de Roca
su odio a llenar bastó,
que en cada angustia que toca
su alma implacable invoca
la afrenta que recibió;

nada, porque nada alcanza
ninguno de ellos, que acierte
a rematar su venganza:
los dos sólo en la esperanza
viven de la ajena muerte.

IX

"¡Al virrey, al virrey!" Tal fué el mandato
con aterrante prontitud cumplido,
y a la ribera Lázaro traído
a bordo le arrojaron de un bajel;
allí con otros viles y ladrones
que el noble Roca a la justicia envía
mandó al gaucho infeliz que aborrecía
pasto para la espada de la ley.

"¡Al virrey, al virrey!"... Criollo y villano,
crimen para morir de sobra era,
por eso la justicia les espera
con viles horcas levantadas ya;

dos días más, su vida es su camino,
que al tocar en la tierra conquistada,
cuervos para sus ojos en bandada
nublando el cielo de su patria están.

"¡Al virrey, al virrey!" que mientras tanto
sobre las ondas el navío avanza,
Roca, seguro ya de su venganza,
manda al olvido del pasado allí;
manda, y al angel inocente vuelve,
¡ah! con sus besos de perdón la llena,
y en el palacio renovar ordena
el magnífico estruendo del festín.

CANTO TERCERO

I

¡Cómo se aleja rápido
el español crucero
que lleva hasta el patíbulo
al gaucho prisionero!...
¡avanza! ¡avanza! ¡avanza!
sin rumbo de esperanza,
sin puerto de piedad.

Con el sereno ímpetu
llena la limpia vela,
es semejante al pájaro
que majestuoso vuela
a flote de la espuma
donde la blanca pluma
humedeciendo va.

En él navega Lázaro
el Paraná salvaje
bajo la eterna bóveda

de fúnebre ramaje
con que unen las riberas
las mustias cabelleras
del sauce secular.

¡Oh! quien cruzó esas márgenes
sin lastre de cadena,
perdonará esa lágrima
que la pupila llena,
allí donde murmura
la más tranquila y pura
aura de libertad.

Allí donde su espíritu
sintió elevarse al cielo
tras de la mente espléndida
que sobre el patrio suelo
para mostrarse quiso
de nuevo el paraíso
de la creación alzar:

y allí cayó esa lágrima,
porque al juntar las manos
las encontró entre cárceles
de hierros inhumanos,
y se miró en la tierra
que para él no encierra
ni una esperanza ya...

Entonces en el vértigo
de su dolor profundo
bajó la frente lóbrega
dando un adiós al mundo;
adiós que a su esperanza,
adiós que a su venganza
gimió su libertad.

Y tras la borda húmeda
del español crucero,
postró su cuerpo exánime
el gaucho prisionero,
más que al de sus cadenas
al peso de sus penas
vencida el alma ya...

II

El dormía... soñaba
que era una tarde bella
y los campos sin término corría
sobre el potro frenético que amaba;
de súbito una huella
que sin fin se tendía
se abrió, cercada de árboles y flores,
y era el mismo camino
donde al bajar el astro vespertino

hallaba tarde a tarde a su Dolores.
¡Ah! su potro demente
la furia extraña a su pesar doblando,
iba, como fantasma pavoroso,
bajo sus pies la huella devorando;
él sentía en su frente
la ráfaga del viento proceloso
dividirse rugiendo,
y allí donde en la senda
el banco de céspedes tocaba,
en su ansiedad sintiendo
que su *bagual* la rapidez doblaba,
bajó su mano a rescatar la rienda;
y ¡oh! ¿qué poder sublime
juntó a su corazón aquella prenda,
esa prenda que adora,
si al corazón la oprime
y la siente y la ve tan sólo ahora!

¡Ella, Dolores, cielo!
contra su propio seno se abrazaba
y él con salvaje anhelo
oprimida en sus brazos la miraba:
"Sálvame, vida mía,
sálvame", le decía;
y él, lleno el corazón de afán profundo,
"sí, no llores, no llores,

nadie de aquí, Dolores,
alcanza a arrebatarte sobre el mundo''.
Y sin piedad entonces ni cautela,
mientras más a su seno la apretaba,
hundiendo en el hijar toda la espuela
por la senda fantástica volaba.

. . . .

El soñaba y dormía,
pero el dolor interrumpió su sueño
al sentir que una mano con empeño
sus pesadas cadenas removía;
y con un rayo de furor mirando
al que osaba colmar su desventura,
echó la mano atrás y a la cintura
su daga ausente con afán buscando;
y al encontrarse inerme y prisionero,
con salvaje y magnífica tristeza
alzó los ojos, contempló un lucero
y abatió sobre el pecho su cabeza.
Pero de pronto levantó la frente
ya tranquila y serena
y habló así, como un gaucho y un valiente,
al que vino a tocar a su cadena:

''Mire amigo, que el Señor
no está de balde en el cielo;

voy a pedirle un consuelo
¡despéneme, por favor!"

"¡Cállese, por caridad!..."
respondió el otro en seguida:
"vengo a ofrecerle la vida
y a darle la libertad.

"Somos diez de corazón
que van cuarteando la muerte:
morir por morir, la suerte
se nos brinda en la ocasión.

"Si usted es hombre de agalla
como su fama lo menta,
pegue el grito, y a la cuenta
nos va a ver esta canalla.

"No hay ni para comenzar
con toda esta gallegada:
como a tropa de carneada
los vamos a acuchillar.

"Después, a sitio certero
llevaremos el navío;
yo sé las vueltas del río
porque soy del Baradero.

"Allá no más llego a ver
tras de aquel monte un islote
donde a son de camalote
nos podemos guarecer.

"Diga si es de corazón
para mandar esta buena:
ya le alivié la cadena;
tome, guarde ese facón".

. . . .

Lázaro alzó la mirada
y registró a aquel paisano
hasta el más oculto arcano
de su conciencia velada.

Y viendo sobre su frente
aquella serena calma
que se refleja del alma
cuando el corazón no miente,

"—el que quede ha de contar,
(dijo), si soy hombre, amigo;
pero oiga lo que le digo:
ni uno solo ha de escapar.

"No se trata de esperanza
de libertad ni de vida:

no tengo en mi alma cabida
sino para la venganza.

"No la venganza vulgar
que un resentimiento encierra:
la venganza de la tierra,
de la patria y del hogar.

"Siento acá en mi corazón
yo no sé qué rabia santa;
creo que me lo levanta
un grito de la Nación..."

III

Espectáculo horrible
es siempre de un combate el cuadro impío,
¡ah! pero es más sangriento y más terrible
sobre las escotillas de un navío.
Allí es golpe de muerte
todo golpe que postra o embaraza,
igual es el herido y el inerte,
y al muerto y al herido
los arrojan al mar... para hacer plaza;
allí no hay el refugio de la huída,
ni sirven estrategias de combate;
es cada cual el jefe y el soldado,

mata o muere callado
y sabiendo se bate
que alcanza la victoria el que más mate.
Allí se ve relampaguear el brillo
del hacha y del cuchillo;
la mecha, nada más, arma es de fuego,
y ¡ay! si su luz ardiente
en el último instante se difunde,
porque es en vano del cobarde el ruego,
cuando en la Santa Bárbara la hunde
la desesperación de algún valiente.
¡Oh! y así batallaban
esos que ayer ceñía una cadena,
y hoy, entre un mar de sangre la arrastraban
pero de sangre ajena.

Guardas y marineros
en círculo imprudente
a la ansiedad del naipe abandonados,
sólo vieron llegar los prisioneros
cuando entraban allí, como un torrente,
por el terrible Lázaro guiados.
La desesperación de la sorpresa
comenzó la derrota,
al verse todos de la muerte presa;
y con golpe funesto

que la aterrada súplica no embota,
hizo el puñal el resto.
Los demás, que esparcidos
acá y allá sobre cubierta estaban
y en reposo velaban,
con sus armas se alzaron
al fragor del combate sorprendidos;
y aunque ya menos—si llamarse menos
puede un número igual—de furia llenos
cual ola contra ola se estrellaron:
y era tarde; su gloria
fué sólo perecer y en más impía
y más horrenda lucha, al que vencía
dilatar el laurel de la victoria.
Tarde;... los otros su puñal alzaban
como incansables máquinas de muerte;
vencer o sucumbir igual les era
sólo con tal que fuera
después de ver inerte
muerto caer al último que odiaban;
era mucha su sed, de sangre mucha,
y a matar por matar se atropellaban.
¡Oh! cuando así se lucha
no es el triunfo tardío;
en la mano reposa
bien pronto el arma ociosa,
¡dueño de la victoria el más impío!

IV

El combate concluyó
con el último extranjero,
y ni un solo marinero
a la matanza escapó.

Los cuerpos despedazados,
rojos de sangre caliente,
fueron entre la corriente
por las aguas dispersados.

Entonces Lázaro allí
alzó su frente serena
y con voz de calma llena
habló a sus hombres así:

"La estrella de nuestra suerte
no ha cambiado de rigor
por más que nuestro valor
hoy nos salva de la muerte.

"¿Adónde podremos ir
bajo la luz de este sol
sin que el tirano español
no nos llegue a perseguir?

"En este día maldito
su autoridad soberana
nos priva de ley humana
y nos consagra al delito.

"Pues sigamos la partida
donde su crueldad nos lanza,
y hagamos por la venganza
lo que hicimos por la vida.

"La suerte está ya tirada;
¡adelante, y hasta el fin!
caigamos en el festín
como tigres en majada.

"Y como primer laurel
de este combate primero,
les brindo el palacio entero
con todo lo que hay en él".

"Con todo—salvo el primor
que es prenda de mi caudal;—
Roca para mi puñal,
Dolores para mi amor.

"¡Guerra a muerte y sin piedad!
en ella está nuestra suerte.

¡Sólo buscando la muerte
se encuentra la libertad!"

V

Con un clamor impío
la venganza de Lázaro aplaudieron
dando rumbo al navío,
y en la más honda reflexión cayeron.
¡Oh! cada cual entonces apartaba
allá en su fantasía,
la prenda más lujosa,
la mujer más hermosa,
y en su insensato afán no se olvidaba
de aquel Señor que más aborrecía.

El hombre es una fiera
como el tigre salvaje;
mata la vez primera
por rechazar el golpe o el ultraje;
¡ah! pero al fin, después, cuando ha aspirado
el vapor de la sangre que le embriaga,
es el tigre cebado
que mata con placer, sin que al sangriento
flojo labio sediento
el manantial más hondo satisfaga.

VI

Llena con el fragor de la alegría
está de Roca la morada bella,
porque el festín que ha renovado en ella
acaba sólo con la luz del día.

Pero ya en la ribera silenciosa
la ensangrentada nave se azotó
y Lázaro y su turba pavorosa
corren como una plaga en derredor.

Eternamente, como ayer mañana,
al lado del placer y del contento
la desesperación y el sufrimiento:
éste es el cuadro de la vida humana.

Sí, que llenos de sangre y de venganza
pisaban ellos sobre el suelo allí,
donde el vaivén de la incesante danza
redoblaba el estruendo del festín.

Donde la inquieta luz de la bujía
y el pacífico rayo de la luna
no herían, al caer, frente ninguna
que no resplandeciese de alegría.

¿Ninguna?... no, que la infeliz Dolores
tenía desmayado el corazón,
que al golpe de tan hondos sinsabores
trastornarse su espíritu sintió.

Y huyendo al corredor más silencioso
respiraba la atmósfera serena,
sin que hasta el alma de martirios llena
descendiese la noche su reposo.

Una fiebre mortal, devoradora,
le palpitaba en torno de la sien,
fuego de intensa llama abrasadora
que consumía el pensamiento en él.

Y así, ya casi la razón perdida,
sobre un asiento se arrojó llorando,
lágrimas de dolor que iban brotando
por las puntadas ¡ay! de ajena herida.

Por él, que entonces cual rabiosa hiena
derramando el espanto en el festín,
lleno de propia sangre y sangre ajena
atropellaba con su turba allí.

Ella, transida de terror y angustia,
vió alzarse su puñal sobre el primero

que, más audaz llegando al bandolero,
rota dejó a sus pies la frente mustia.

¡Oh! y esa frente tan altiva y fiera
que ha partido de Lázaro el puñal,
la frente misma de su padre era
allí postrada para siempre ya...

Ella le vió caer, el sufrimiento
llenó con este golpe la medida
y ella cayó también desvanecida
arrancando el más íntimo lamento.

Bastaba en fin... despertará mañana
lejos ya del alcance del dolor,
¡ay! porque aquella angustia más que humana
la había confundido la razón.

Y él, que otra vez en su furor sangriento
levantaba su brazo enfurecido
al horrible clamor de aquel lamento
soltó el puñal, como del rayo herido.

Porque aquel eco de tan honda pena
se enterró entre su alma al respirar,
y con su inmenso amor el alma llena
serenó la sombría tempestad.

Y al rumbo de la voz rompe su planta,
como una exhalación en su caída,
llega a aquella mujer desfallecida
y en sus robustos brazos la levanta.

Y allí solo con ella y olvidando
los que al saqueo y la matanza guió,
la senda de la playa va pisando
del espantoso incendio al resplandor.

¡Oh! de esa hoguera que en volcán convierte
aquel castillo que a las llamas dieron
cuando ya harta en su impiedad sintieron
la sed de la codicia y de la muerte.

VII

Y dan rumbo a la isla salvadora
con el primer crepúsculo del día;
pero en la nave ahora
no va aquella quietud aterradora
ni aquel silencio horrible que traía.

El cantar y el reir de los bandidos,
de las cautivas al doliente llanto
a la vez confundidos,
retumban en las playas repetidos
como un coro infernal de inicuo canto.

Y él, sombrío Lázaro, no siente
lo que él tan sólo a contener alcanza;
¡oh! su alma hondamente
gusta, reconcentrada en el presente,
el fruto del amor y la venganza.

Y allí sobre la popa reclinado,
contra su corazón oprime y cierra
aquel ser adorado
en quien su alma lóbrega ha cifrado
la última esperanza de la tierra.

Sus ojos sobre pálido semblante
con intensa ansiedad la vida espían,
y otra vez un instante
contemplan el incendio devorante,
y otra vez sobre el rostro se desvían.

¡Oh! para siempre... pero al fin vengado,
se aleja, pero al fin correspondido,
de aquel suelo arrasado
donde con toda el alma había amado,
con todo el corazón aborrecido.

CANTO CUARTO

I

Plácida y sin dolor corre la vida
en el hogar de la amistad pasada,
aun para esa banda foragida
en su salvaje isla refugiada.

¡Plácida y sin dolor!... el alma mora
un mundo aparte de la tierra allí
y arrojando su máscara traidora
se abre a la noble intimidad sin fin.

¡Oh! nunca en ella la mirada ajena
toca que no derrame simpatía
en su sombrío crimen y en su pena
o en su pura virtud y en su alegría.

Y aquellos hombres cuyo impío seno
no abriga compasión de los demás,
le sienten para sí piadoso y lleno
con la sincera fe de la amistad.

Ellos se aman... la igualdad de suerte,
de peligro y fortuna y esperanza,
ató en su corazón lazo tan fuerte
que su puñal a dividir no alcanza.

Se aman... y en la lucha se sonríen
diciéndose palabras de valor,
en el reparto de las presas ríen
y amigos fieles en el ocio son.

Ellos se saben sin cuartel buscados,
más del aviso allí ninguno cuida,
que aunque están todos a morir llamados,
es pensar en morir roer la vida.

Sorpréndales la muerte en el contento
—ellos apuran la alegría en él—
y luego de morir vendrá el momento,
que es el momento de matar también.

¡Oh! mas por eso en su prisión salvaje
el cobarde temor no les sujeta,
y hacen la vida allí del vandalaje,
como las olas de la mar inquieta.

Que ora sobre la isla guarecidos,
ora bogando al rumbo más feliz,

o reparten la presa los bandidos
o persiguen el rastro del botín.

Y así, partiendo entre el amor su vida,
la amistad y el peligro y el reposo,
truecan aquella cárcel escondida
en su risueño paraíso hermoso.

Allí no dan asilo entre su mente
al tiempo que vendrá ni al que pasó;
lleno con la alegría del presente
rebosa su aturdido corazón.

II

Hoy en la tarde serena
la turba impía descansa
sobre el césped florido
de la alfombra de esmeralda.

Ayer su frente encendía
el furor de la batalla,
y hoy la brisa pasajera
le lleva fresco en sus alas.

Ellos, en círculo todos
a la sombra de las ramas,

con misterioso deleite
tienen arrullada el alma.

Escuchando al payador
que tristes décimas canta
con melancólico acento
y al compás de la guitarra.

Décima que trae recuerdo
de aquella perdida pampa
donde el frenético potro
también ellos gobernaban;

porque es un cuento de amores
en que un gaucho de su patria
iba a las sierras huyendo
con la mujer adorada.

¡Oh! muy triste es esa historia
que así el corazón ablanda
de aquellos que hacen la vida
del saqueo y la matanza;

pero no hay alma insensible
al recuerdo de la patria,
cuando el pie tan sólo cubre
el polvo de tierra extraña.

Y él, en fin, Lázaro, ¿dónde
de allí tan lejos se aparta
que no llegan a su oído
las voces de la guitarra?

La décima entristecida
ya no deleita su alma,
esta pasión en el gaucho
más fuerte que la venganza.

No; su espíritu oscurece
la sombra de la desgracia,
de un pesar que sobre el mundo
ya nada a engañar alcanza.

Y él no parte los placeres
en que se aturde su banda,
y ellos que saben su pena
ni le brindan ni le extrañan.

Sólo divide con ellos
el día de la batalla,
cuando es difícil la presa
que la victoria retarda.

Venle entonces complacidos
que en raro encono se ensaña

atropellar el primero
sobre la nave que asaltan,

y enfurecido cruzando
la carabina a la espalda
alzar con gritos de muerte
aquella terrible daga,

aquel puñal que al vencido
jamás un golpe descarga,
pero que postra al más bravo
con sólo un golpe a sus plantas.

¿Por qué luego de la presa
su mejor porción no aparta
y el brindis de la victoria
él no gusta que la alcanza?

¿Qué horrible furor le absorbe,
que sin codicia en el alma
a lo más duro se arroja
de la implacable matanza?

¡Oh! de su pena terrible
a sus secuaces no habla,
y ojalá que aquel infierno
con silencio se ocultara;

pero a los ojos de todos
es patente la desgracia
¡que entre el odio y el amor
tiene partida su alma!

Siempre, en el ocio se pierde
en la selva más poblada,
cual hoy que sus compañeros
con sus placeres se embriagan,

y allí las horas, los días
que nadie a turbar se avanza,
vive, hundido entre los bosques
como una fiera acosada.

¡Allí está!... Mudo y sombrío
sobre la raíz descansa
del ombú que nubla el cielo
bajo el manto de sus ramas;

apoya en su carabina
la mano que hunde en las barbas
y oculta tiene en los rizos
la frente desesperada.

¡Oh! no duerme... de sus ojos
el rayo intenso descansa,

sobre otros ojos que anublan
los cristales de una lágrima.

III

Ella, como la sombra de su amante,
va siempre la infeliz tras su pisada,
buscando eternamente su semblante
con aquella fatídica mirada.

Mirada de recóndita amargura
que alumbra una sonrisa de contento,
como sarcasmo atroz de la locura
que turbó en aquella alma el pensamiento.

¡Ay! ella ignora que de amor vencido
sigue sin tregua a Lázaro su pie,
no sabe que es su Lázaro querido,
y le pregunta sin cesar por él.

No conoce la voz que está escuchando
ni atina a las palabras de su amor,
y pregunta otra vez, y huye llorando
porque le dice a él que él le mató.

Y otra vez vuelve y a su pie se sienta
con la sonrisa sobre el labio ahora,

la historia triste de su amor le cuenta,
soñando aún que en su palacio mora.

Y acaso a él como a su padre llama,
y le aparta los rizos del semblante;
y acaso le repite que le ama
por ser con su querido semejante.

Y de nuevo por Lázaro pregunta
cayendo en la más íntima ansiedad,
y alza los ojos y las manos junta
y rompe, de rodillas, a llorar.

O teniendo de súbito su llanto,
corre y arranca la silvestre flor,
y torna a él con infantil encanto
y la anuda en los rizos que apartó.

Ella así, vagorosa y delirante,
entre la espuma de su tul vestida,
parece al caminar estrella errante
que no apagó su lumbre en su caída.

Eterno girasol de su mirada,
no se aparta de Lázaro un momento;
siempre con él siguiendo su pisada
va como su inmortal remordimiento.

¡Ah! todo así... pero aterrada cuida
que ni a sus ropas él la toque allí,
porque entonces se aleja estremecida
sin quitarle sus ojos la infeliz.

Ojos que le reflejan hondamente
de su espíritu el pánico terror;
pero él sólo una vez besó su frente,
que aquel estrago de sus labios vió.

Mas desde entonces ¡ay! sus ojos bellos
están con la vigilia empedernidos,
porque no duermen ni se inquietan ellos
en las violadas órbitas hundidos.

Insomnio eterno que a postrar su vida
ayuda con la fiebre a la locura,
por la plaga de sobra consumida
de aquella irremediable desventura.

No duerme ya, pero las noches vela
sentada de su Lázaro a los pies,
cuando más fuerte en fin que su cautela
el sueño bienhechor le vence a él.

No se sonríe entonces y no llora
ni le acaricia, ni habla de su amor;

sólo con la mirada le devora
de aquellos ojos que el pesar hundió.

Así, como la rosa del camino
donde el fuego del sol mata sus flores,
el azote cruel de su destino
va marchitando la infeliz Dolores.

¡ Ay ! vanos son razones y consuelos
cuando es vano el amor que al amor calma:
nada puede arrancar los dos flagelos
que comen de su cuerpo y de su alma.

Lázaro la contempla día a día,
¡ ay ! para siempre ya morir la ve,
disputando su fuerza la agonía
que no puede arrancar sus ojos de él.

La ve morir, y desmayado él mismo
con el último golpe del pesar
siente que encaminada al idiotismo
su alma a paso de gigante va.

Ella no siente al fin vigor bastante
para seguir de Lázaro la huella,
¡ oh ! pero sin cesar llama a su amante
porque es ahora él la sombra de ella.

Y busca conmovido y diligente
la selva más lozana y más florida
donde la brisa de mejor ambiente
pueda alentar a la infeliz la vida.

Y todo en vano, en fin; que bajo el cielo
consuelo no hay que calme su pesar,
¡ay! aunque ese tesoro de consuelo
entre sus almas palpitando está.

Bajo la selva fiel que les abriga
corre el tiempo mortal para los dos,
carcomiendo sus almas que fatiga
la desesperación de igual dolor.

IV

Una tarde, en fin, sentía
que ya la muerte la ahogaba,
cual la noche que apagaba
la luz última del día.

El, inmóvil y abismado
en su salvaje dolor,
a aquel ángel de su amor
velaba, insomne a su lado.

Le vió ella y sonriendo
con tristísima dulzura,
a él la mano insegura
tendió su mano pidiendo.

La llevó en su ardiente palma
hasta el seno comprimida,
y le habló con voz traída
de lo más hondo del alma.

"No sé qué fuerza íntima
de incombatible empeño,
viene a cerrar mis párpados
con misterioso sueño;
y el alma se me parte,
que no podré mirarte
cuando dormida esté.
"Siento una flébil música
que el corazón me encanta,
como la voz de Lázaro
cuando sus trovas canta:
en su onda estremecida
mi alma suspendida
quiere volar también.

"¡Ay! si me tienes lástima
no duermas, vida mía,

porque este sueño insólito
no acabará en el día;
no sé qué voz me advierte
que acaso no despierte
por una eternidad.
"¡No duermas!... ¿quieres?... vélame
sentado aquí, mi amigo,
como en la noche lóbrega
velaba yo contigo:
¿me ves?... estoy llorando
en el horror pensando
de tanta soledad.

"Enjúgame esta lágrima
porque mi vista ofusca;
no sé... su rayo trémulo
en vano ya te busca
perdido entre la densa
fúnebre sombra inmensa
que cae a mi alredor.
"¿No estás?... ¡ah, sí!... Buscábate
y aquí tu mano estrecho...
¡oprime! que mi espíritu
se arranca de mi pecho:
no siento en mí ya el alma:
¡qué oscuridad! ¡qué calma!
¡Lázaro!... ¡ay!... ¡adiós!"—

¡Nada más!... Estremecida
la mano en el seno hundió
y un suspiro la arrancó
su último soplo de vida.

Aquel lamento profundo
llevó su espíritu al cielo
alma que en tan hondo duelo
había abismado el mundo.

¡El miraba allí!... Miraba
aquel semblante ya inerte
donde el dolor de la muerte
tan honda ansiedad dejaba.

Miraba petrificado
en la pena que le embota,
miraba como un idiota
allí inmóvil a su lado;

sin arrancar en su duelo
de aquella mano tan fría
la mano que le oprimía
como un grillete de hielo.

¡Oh! ¿qué espera entonces ya
en esa mansión de muerte,

si allí para siempre inerte
su sola esperanza está?

¿Qué espera?... Nada... ¿Y qué espera
tampoco fuera de allí?
¡Nada también!... ¿por qué así
no ha de estar de esa manera?

Para él, ya iguales son
la muerte como la vida,
después que la última herida
le ha rasgado el corazón.

Cualquier pedazo de tierra
le es igual a su pisada;
si allí no hay nada, ya nada
toda la restante encierra.

Y si no hay razón a fe
que lo que ha sido deshaga,
tampoco hay fuerza que haga
arrancar de allí su pie.

Un sol y otro sol pasaron
desde la noche fatal,
y allí inmóvil y allí igual
siempre a Lázaro encontraron.

Pero al fin su banda fiel
con la ausencia sorprendida,
pisó la selva tupida
resuelta a llegar a él.

¡Oh! ¡le amaban! Su pesar
conmovió sus corazones,
y con amigas razones
le lograron apartar.

Y haciendo brazo piadoso
del brazo que da la muerte,
a aquel bello cuerpo inerte
dieron en tierra reposo.

V

¡Ay! para siempre la infeliz Dolores
duerme bajo la tierra funeraria;
allí marca su tumba entre las flores
la cruz que se levanta solitaria.

Flores que nadie de la rama inerme
corta jamás con mano inadvertida,
porque los restos ¡ay! de la que duerme
son los que alientan su inocente vida.

Y en bóveda caídos, la ribera
con su ramaje lánguido decoran
sauces de destrenzada cabellera
que en el sepulcro reclinados lloran.

¡Oh! muchas veces a la sombra de ellos
Lázaro se refugia tristemente,
cuando con sus más débiles destellos
va declinando el sol al occidente.

Allí, sentado allí sin movimiento,
fija sobre el sepulcro la mirada,
como abismado al hondo pensamiento
de su lóbrega frente atormentada.

No habla, no se mueve, no se azora;
él mira, nada más... mira sombrío;
la salvaje ansiedad que le devora
parece que anonada su albedrío.

Luego, cuando el crepúsculo ya expira,
se aleja de la fúnebre espesura
y por las huellas solitarias gira
como un fantasma de la noche oscura.

¡Oh! siempre así... que en su dolor alienta...
y al fin, si al menos su ansiedad no calma,

su desesperación ya no se aumenta...
porque no cabe más dentro del alma.

VI

En tanto allí la banda foragida
por mar y tierra asola
con su terrible estrago la comarca;
no hay una nave sola
que no pague tributo a la partida;
el paso del canal es su guarida
y desde el Plata al Paraguay abarca.

Ellos viven dichosos
en su insensata libertad salvaje,
ricos y poderosos
sin ley ni pesadumbre;
la vida del saqueo
pueden abandonar y el vandalaje,
no es fuerza, no es deseo,
pero roban y matan... por costumbre.

¡Ah! pero la alegría o la riqueza
que compra el miserable
con sangre ajena y con ajeno llanto,
suele no ser durable,
y antes a veces de gustar su encanto

en llanto y sangre a convertirse empieza:
ellos gozan, y en tanto
escatima el verdugo su cabeza.

El virrey orgulloso
sabe de su guarida y sus horrores
cuando sopla el espanto en sus oídos;
ya los buques mejores
y el jefe más famoso
están a su palabra prevenidos;
la formidable flota
desprende ya sus anclas de la arena
y en la noche serena
a la guarida, en fin, sus cascos bota.

El juró por Santiago
volar aquel peñón de bandoleros,
y a sus bravos guerreros
habla de horrendo y de implacable estrago.
¡Nada quede con vida!
El mismo así lo manda...
¡Oh! sobre todo, la primer herida
al formidable jefe de la banda.

VII

¡Una vela! ¡otra más!... Los bandoleros
las ven y el grito de su alerta lanzan;

ya desprenden los botes más remeros
y en ellos juntos de tropel se avanzan.

Bogan sin reposar... "¡es presa, es presa!"
con agitada voz claman en coro,
"rumbo y al abordaje: ¡a priesa, a priesa!
¡son naves del virrey cargadas de oro!"

Y les ofusca tanto la codicia,
que ni un presentimiento les advierte;
pero carga de oro su avaricia
las naves que el virrey cargó de muerte.

Muy cerca están... ¿Qué súbita tormenta
mancha con nubes el cristal sereno?
¿es esa luz el rayo que revienta?
ese fragor ¿es el fragor del trueno?

¡Ah! ¡son cañones del virrey!... Bramando,
fuego y metralla al abordar vomitan
y las audaces lanchas enfilando
barren sin compasión y precipitan.

Una sola libró, la más pesada,
que aunque veloz y poderosa era,
para llevar los últimos dejada
esperó mayor tiempo en la ribera.

¡Ah! ¡cómo en toda su verdad pesaron
aquel revés terrible de fortuna
y rotos y perdidos se encontraron
sin esperanza de vencer, ninguna!

Y aunque allí cada uno era un valiente
y de tentar morir hacía alarde,
allí rumbo volvió, volvió la frente
como hace en las batallas el cobarde.

Volvieron... ¡ay! pero al volver, jurando
dar muralla de pecho a su guarida,
y en los tupidos bosques batallando
con estrago mayor vender la vida.

Y bajo el humo del cañón que impera,
burlando la metralla de la flota
tocan por fin, saltando a su ribera
en esa confusión de la derrota.

VIII

¿Y Lázaro?... ¡cosa extraña!
solo en la isla quedando
no quiso tomar el mando
en aquella última hazaña.

Al marchar les habló así:
"Id, lo que es yo, yo me quedo:

quien piense que abrigo miedo
venga a decírmelo a mí.

"que si alguno a trance tal
osa arrojar su demencia,
le hará mudar de creencia
la punta de mi puñal.

"Sobra con vuestro coraje
para el triunfo... Ved, que quiero
que mande aquel que primero
pise un puente al abordaje.

"Si mala seña se advierte,
que vuelva un aviso aquí:
muy cerca están, yo iré allí
para hacer cambiar la suerte".

Y queda en su desconsuelo
como siempre, al caer el día
bajo la rama sombría
del sauce que toca al suelo;

la barba en el arcabuz
sobre la mano apoyada,
y aquella honda mirada
en la solitaria cruz.

Allí para él el mundo
sintió del alma borrado,
en el dolor abismado
de su martirio profundo.

Ni el rugido del cañón
llegó a despertar su oído,
tan hondamente absorbido
estaba su corazón.

¡Oh! ¡no pienza en ellos más!...
al que lanzado a un abismo
no le importa de sí mismo,
¿qué le importan los demás?

IX

¡Ay! como vivos despojos
del estrago de la flota,
los que huyeron en derrota
miró de pronto a sus ojos.

El primero se avanzó
con paso postrado y lento
y en su conmovido acento
estas palabras habló:

—"Lázaro, tú lo has mandado,
traemos parte, ya ves;
¡ah! pero somos los tres
los únicos que han salvado.

"¡Qué importa la descripción!
los demás han perecido;
lanchas y todo ha barrido
la metralla del cañón.

"Las naves que tan apriesa
entrar al canal miramos
y que en mala hora soñamos
la más magnífica presa,

"son una flota atrevida
de invencible intrepidez
que avanza en fin de esta vez
a volar nuestra guarida.

"Hemos huído al enemigo,
porque luchando mejor
y entre un estrago mayor
queremos morir contigo.

"¡Basta!... La tarde es oscura,
la lucha al valor da creces

y vale un hombre diez veces
batallando en la espesura".

Y en verdad, tiempo ya era,
que en torno a la isla salvaje
las lanchas del abordaje
tocaban a la ribera.

Tiempo ya, que reventaban
algunos tiros certeros
que al grupo de bandoleros
por las voces asestaban.

Y una bala de arcabuz
por medio de ellos silbando
atravesó, derribando
sobre el sepulcro la cruz.

X

Cuando el angustia que el alma llena
ni alivio busca ni encuentra ya,
sin que el exceso de tanta pena
halle un imbécil al despertar;

¡oh! ¡cómo vuelve cansado y frío
para su odio, para su amor,

la mano lánguida con que el hastío
oprime entonces el corazón!

En desmayada quietud sombría
la carne postra y en languidez,
y acaso el alma la fuerza ansía
que en los instintos pese también.

Venga la vida, venga la muerte,
que igual fortuna promete allí,
con tal que aquella quietud inerte
tras de su ráfaga no agite al fin.

Es que la tierra llama a la tierra
cuando este barro del corazón
carcome el lazo con que la aferra
fuera del centro su odio o su amor.

Así ya Lázaro, que le aniquila
siente una extraña fuerza tenaz,
y en esa inmóvil quietud tranquila,
tan fija muerte soñó esperar.

¡Oh! pero ¿y ellos?... Jamás, no puede
sino entre bravos morir también;
y aunque a su peso su alma cede
se alza y les guía con firme pie.

Mas no es ya entonces aquel salvaje
Lázaro intrépido, vivo y feroz,
que en los horrores del abordaje
llevaba el triunfo donde pisó.

Es del hastío la sombra ahora;
como una máquina siguiendo va,
porque la angustia que le devora
le es a la vida la muerte igual.

XI

¡Ay! la lumbre del día
antes sobre la isla tremolaba,
su cielo embellecía
y en ella despertaba
el inquieto rumor de la alegría.

Hoy, su horizonte dora
con el primer color que el alba vierte,
¡ah! pero sólo ahora
la quietud de la muerte
bajo los sauces agobiados mora.

La noche y la batalla
disipa el sol, y en el mortal sosiego
no silba la metralla

ni rompe el aire el fuego:
cuando el soldado cae, el arma calla.

Y ellos todos cayeron
vencidos por el número de esclavos
que cual niebla crecieron;
pero libres y bravos,
muertos y no rendidos sucumbieron.

Ruda fué la pelea;
la isla de cadáveres poblada
con roja sangre humea
y a balazos rasgada
la costra de los árboles blanquea.

XII

Mas, él, ¿dónde ha caído
que nadie en torno su cadáver halla?
¡Es extraño!... no ha huído,
pues su voz se ha sentido
hasta el último instante en la batalla.

Pero ya cuando en ella
las armas con el triunfo enmudecían,
del fondo de una huella
tras de la selva aquella
las balas más mortíferas partían.

Tal vez el bandolero
era, que en retirada descargando
disparo tan certero,
por oculto sendero
iba refugio o salvación buscando.

De ribera a ribera
rastrearon palmo a palmo la guarida;
¡oh! todo inútil era
sin que Lázaro fuera
presentado al virrey, muerto o con vida.

Y en vano su pisada
escatimó a su rumbo el más ladino;
ni en la hierba marcada
ni con sangre regada
pudo ser descubierta en el camino.

¿En vano?... No, de cierto,
no ignoran que buscarle inútil sea
entre su hogar desierto:
no; ni herido ni muerto;
Lázaro no ha caído en la pelea.

Allá en lo más distante,
donde se alza una cruz en la colina,
como seña bastante

caliente y humeante
hallaron su terrible carabina,

y esa cruz que arrancada
fué por el plomo que silbó primero,
allí de nuevo alzada
dejó en la tumba helada
como última caricia el bandolero.

Era él... un soldado
de guarda en el más próximo navío
vió un hombre que arrojado
iba salvando a nado
sobre las ondas el canal del río.

Al través del ramaje
le vió saltar después en campo abierto
con pasmoso coraje
sobre un potro salvaje
que se perdió, bramando, en el desierto.

XIII

Las espantosas plagas de la tierra
el hombre todas a burlar alcanza;
un paso más sobre la tierra avanza
y un paso lejos de la muerte va:

¡ay! pero aquel pesar de los pesares
que se esconde en el alma estremecida,
¿quién puede sacudirle de la vida,
si en cada soplo de la vida está!

Nadie logra arrancarle de su alma
si no con el poder de la demencia;
la memoria, el sentido y la conciencia,
Lázaro, ¡todo eso es tu dolor!
¿Dónde irás, infeliz, que no te siga
el salvaje pesar que te enloquece?
La sombra de los pies se desvanece
¡ay! pero ella, la del alma, ¡no!

ÍNDICE ANALÍTICO DE LOS POEMAS

LA FIBRA SALVAJE

Canto Primero — El Alma Errante

Canto Segundo — La fuerza del Destino

Canto Tercero — La Venganza

Canto Cuarto — El Amor de la Patria

LÁZARO

Canto Primero

Canto Segundo

Canto Tercero

Canto Cuarto

ÍNDICE

"LA CULTURA ARGENTINA"

RICARDO GUTIÉRREZ

Poemas

LA FIBRA SALVAJE — LÁZARO

Precedidos de un estudio crítico por
JUAN ANTONIO ARGERICH



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1915